

Proyecto Territorio / Biblioteca Digital

Las 9 muertes del Padre Metri

Jerónimo del Rey





«Yo nací en una región argentina que se estaba haciendo, al borde del bosque virgen y del Paraná sin costas, y entre una humanidad también boscosa, que taladraba un poco a tientas sus picadas entre el garabato, guiada por el instinto, los pájaros y las víboras». Así refiere el Padre **Leonardo Luis Castellani (1899-1981)** los años de su infancia en Reconquista, su ciudad natal.

Castellani cursó el bachillerato en el Colegio de la Inmaculada Concepción en Santa Fe y al concluirlo ingresó en el noviciado de la Compañía de Jesús, en Córdoba. Dada su gran capacidad los jesuitas lo enviaron a Europa para continuar su formación. Primero estudió filosofía y teología en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, y más tarde psicología en La Sorbona, en París. Regresó al país en 1935 ya convertido en sacerdote. Entonces emprendió una colosal tarea como narrador, periodista, crítico literario, ensayista y teólogo, que signaría el resto de su vida. En 1946 se postuló como diputado por la Alianza Libertadora Nacionalista, motivo principal por el cual fue expulsado de la Compañía de Jesús, y privado de ejercer, en las dos décadas siguientes, el ministerio sacerdotal.

Un controversial signo militante —en línea con la tradición del catolicismo nacionalista, con fuertes tintes antisemitas y misóginos— domina gran parte de su obra. Lo más trascendente de su literatura, sin embargo, se vincula a la invención, al policial, género del cual fue un verdadero precursor en Argentina. Castellani publicó *Las 9 muertes del Padre Metri* en 1942. Una década más tarde, Rodolfo Walsh incluyó uno de esos relatos en la célebre antología *Diez cuentos policiales argentinos*. El autor aparece allí junto a Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares.

El Padre Metri, su detective con sotana, se parece (y mucho) al propio Castellani. El territorio en que se movieron fue el mismo: lo que se conocía entonces como el Chaco Santafesino, de Reconquista hacia el norte, extendiéndose incluso hasta Goya y Resistencia, con escapadas a Buenos Aires y Europa. Pero el centro de los sucesos lo ocupa el pueblo santafesino de San Antonio de Obligado, del cual Metri es en la ficción párroco y fundador.

Dentro de la numerosa obra de Castellani, caben mencionar sus libros de ficción escritos bajo el pseudónimo de Jerónimo del Rey, *Camperas*, *Historias del Norte Bravo* y *Nuevo gobierno de Sancho*; los de poesía *El libro de las oraciones* y *La muerte de Martín Fierro*; los de ensayo *Cristo ¿vuelve o no vuelve?* y *Doce parábolas cimarronas*; y la traducción anotada de la *Suma teológica* de Tomás de Aquino.



La presente edición electrónica de *Las 9 muertes del Padre Metri* se basa en la primera edición del libro, publicado en Buenos Aires por Ediciones CEPA en 1942. La ilustración de la tapa fue realizada por Otano.

A los fines de optimizar la fluidez de lectura, se decidió modernizar la acentuación ya en desuso de ciertos monosílabos y normalizarla allí donde aparece de forma irregular. Mientras que la puntuación, incluso en los casos más caprichosos y arbitrarios, se respetó siguiendo el original. Por último, se corrigieron las erratas evidentes.

Proyecto Territorio / Biblioteca Digital

Las 9 muertes del Padre Metri

Jerónimo del Rey

Al Dr. Luis O. Castellani,
para que vea por dónde han ido a rebotar las lecturas infantiles
de Nick Carter y Buffalo Bill.

ADVERTENCIA

Debo advertir formalmente a mis benévolos lectores que la figura novelesca del padre Metri, levantada aquí por mí, no tiene más de la figura histórica de fray Hermete Constanzi —tal como trabaja en diseñarla actualmente mi amigo el historiógrafo don Manuel Roselli (h.)— que el mero nombre, algunos sucesos, y los grandes lineamientos de su psicología; y también, que todos los personajes centrales son puramente imaginarios o al menos legendarios. Ese gran fantasma del extraño misionero del Chaco santafecino, envuelta en relatos y recuerdos familiares, me llegó a mí por la leyenda mucho antes que por la historia; pero leyenda e historia tendrán que atestiguar contestes esos perfiles de grandeza de alma, espíritu de empresa, extraña penetración de ingenio con erudición poco común, ferviente pasión por la justicia, porte y actitudes tal vez un poco excéntricos, y en fin aquellos excesos, aquellos extremos, aquellos generosos o impulsivos errores que hacen de él este dramático boceto de «santo a medio concluir» puesto en marco purpúreo por trágica muerte.

Esa figura soñé, lector. Debe advertirse también que el mismo marco de la figura, la escenería topográfica e histórica está falseada un poco, corrida hacia delante para mayor facilidad tuya, como si el padre Metri hubiese actuado más bien a principio del siglo presente que a fines del pasado.

Con esto te entrego a mi frailecico, lector.

Jerónimo del Rey

ASESINATO FRUSTRADO

«Como no llega todavía el momento de la acción, me limitaré a ligeras indicaciones. Aunque no sea Ud. el coloso de Rodas, entre cuyas piernas pasaban los mares, tenga un pie en cada margen del río, eche una mirada a las colonias, reúna cerca de la costa las fuerzas que pueda economizar, y tenga siempre en vista que puede ser necesaria su presencia con fuerzas en Corrientes o Santa Fe. Su gloria estará en acudir rápidamente a uno u otro punto y salvar la situación.

Es un dolor que nos hagan interrumpir nuestra bella obra de la frontera...; pero qué hacer contra los vicios de nuestra situación y de nuestra historia...».

Sarmiento (de la carta al coronel Manuel Obligado, 15 de mayo 1878, revolución de López Jordán).

Lo más difícil de este relato es comenzarlo: es decir, justificar cómo y por qué estaba fray Hermete Constanzi, misionero, a la orilla del Alto Paraná en la histórica noche del 6 de octubre de 18... Supongamos que fue la providencia junto con su afición a la pesca grande y con una de esas inexplicables melancolías que de tanto en tanto le hacían buscar la soledad y hundirse en el tempestuoso mar de sus pensamientos. El caso es que esta fue la noche en que el gobernador de Corrientes, Rozas Chico (D. Pedro Lozas Rico), cruzó el Paraná a cola de caballo a la altura de Goya, llegó medio muerto a Reconquista, y con un piquete de línea y algunos voluntarios en dos balleneras, alcanzó a los cabecillas Robertson, y los derrotó y apresó en medio del Gran Río, regresando así como triunfador a la ciudad de donde huyera aquel día como prófugo. Pero todo esto pertenece a la historia. Lo que esta no sabe es el crimen del padre Metri, a no ser por la leyenda.

Aquel hombre lo sabía contar con un temblor en las manos, diciendo que fue

la noche más negra de su vida a pesar de una clara luna, en que dos veces estuvo a punto de matar y tres veces de ser muerto, y cuatro veces fue auxiliado por el Ángel de la Guarda en forma de un caballo blanco. Este caballo apareció como un dragón marino o como un fantasma infernal en el medio del Río-Como-el-Mar, y fue el primer espanto de aquellas fiebrosas veinticuatro horas; y lo más enloquecedor fue que el padre Metri creyó que lo traía enganchado de su anzuelo, como si diabólicamente el seno fangoso del río estuviese recorrido por tropas de equinos de abracadabra con montura y todo.

Era noche plenilunar con nubarrones vagabundos que operaban una continua alternativa escenográfica, como a golpes de conmutador: el gran espejo alumínico del río se empañaba de golpe y las limpias siluetas negras de los árboles se difuminaban en fantasmas difusos, para volver al rato a su ser primero: noche oscura y plenilunio se alternaban brusca e imprevisiblemente, lo mismo que en la vida del fraile, pensaba él medio dormido, formada de grandes ímpetus hazañosos cortados de atroces intervalos de confusión, abulia y melancolía. Estaba por dormirse del todo, cuando sintió el gran chapoteo hacia la derecha y que la gruesa liñada se le iba de las manos. Empezó a recoger con furia y sintió el peso de la presa al mismo tiempo que el chapoteo se hacía enorme; y cuando creyó ver aparecer por el recodo algún surubí de dos metros o un yacaré suicida, casi se cae de susto al ver surgir del río y venir hacia él, tranquilamente, un enorme caballo tordillo, que abordó cerca de él dando un relincho. Pero lo que había pinchado su anzuelo era nada más una gran rama de ceibo. El caballo venía detrás, acezando.

Cuando agarró las riendas del bruto los dos temblaban. El animal temblaba de dolor de una enorme herida que tenía en la paleta izquierda, ancha y honda como dos puños, de donde corría, como doble cincha, una oscura faja de sangre aguada, y hacia la cual volvía con impaciencia la cabeza y los belfos temblones. El fraile se quedó mirándola hipnotizado. Ni una bomba era capaz de hacer eso. La carne había sido como macheteada, pedazos de cuero y músculos pendían deshilachados.

—¡Palometas! —dijo el fraile, y empezó a verter en el cruento hoyo el contenido de media lata de sardinas, al cual añadió su pañuelo hecho un bollo y empapado en vino, y una capa de tierra greda para sostenerlo, mientras su cerebro pensaba a toda marcha.

Las palometas no iban a morder un caballo nadando, y menos en la paleta, a no ser que... Apartó rápidamente el apósito y examinó de nuevo el boquete.

—¡Eso es! —dijo. En el centro de él se hundía un cráter pequeño, un agujero de bala. La sangre de esa herida inicial había atraído a las feroces pirañas de río, que habían empezado a devorarla viva.

Un momento después, la verdad empezó a estallar en el cerebro del fraile como una serie de explosiones. El matraqueo lejano de aquel atardecer, que él

creyó escopetazos de cazadores... La revolución de Corrientes, que les contó el chasque en el camino... La noticia de que Rozas Chico huía por agua a Santa Fe a buscar las fuerzas del Interventor Nacional... La montonera a caballo que se había visto cerca de Ocampo cruzar dos veces el Amores... El fraile vio como un relámpago que descubre un abismo el mensaje desastroso de aquel caballo herido. Sin duda posible el eximio gobernador de Corrientes había sido asaltado y vencido, quizá ejecutado, en mitad del río y de aquella noche propicia al asalto: la sublevación de los feroces hermanos Robertson era entonces un hecho irremediable. Este pensamiento lo puso sobre el caballo de un salto: desorden, ambición, codicia, despotismo, venganzas y revueltas sin término: eso era lo que significaba la sublevación victoriosa, ruinas y ruinas y más ruinas en el norte santafecino.

—¡Zanazzi! ¡Zanazzi!

Su compañero no daba señas. Se había marchado en la canoa a pesar de la prohibición. Metri vaciló. Empezó a examinar los anillos de su deducción instantánea. Un caballo herido de bala no se va a tirar al río: luego fue herido en mitad del río. Un tiroteo en mitad del río entre una lancha y hombres a caballo es un tiroteo a muerte. El jinete del tordillo había vencido y abordado la lancha; de otro modo no lo hubiera abandonado, se hubiera aferrado a las riendas y salvado o hundido con él; y además no hubiera retirado las pistolas de la cuja ni sacado el lazo: puesto que el lazo aparecía limpiamente cortado. Entonces la triste conclusión se imponía: el enérgico Rozas Chico, el pacificador y ordenador implacable y tenaz de la provincia vecina, había sido asaltado y vencido. Estaba perdido, y con él, veinte años de obra civilizadora.

—¡Zanazzi! —gritó el fraile desesperado.

Y al no obtener la menor respuesta, tomó la dura decisión: hacer a revientacaballo las cincuenta leguas a Reconquista y avisar del suceso al capitán del 11 de Infantería que allí hacía de jefe en nombre del Interventor Nacional. Casi antes de decirselo, había pisado el ligero y lujoso estribo chorreando agua y puesto el caballo al galope corto.

La luna se apagó de nuevo. El fraile no era jinete grande, pero sabía sostenerse y tenía mucho aguante. Refrenó su inquietud y la del caballo, sabiendo la jornada enorme. Se acomodó en la incómoda monturita inglesa, empapada. Andaba sin talaras, con un simple traje obrero de lona azul. Rumbeó el camino, taloneó al montado y se sumió en sus preocupaciones. Sintió que tenía el deber de avisar a toda costa. Se sintió capaz de morir en la empresa, su rabiosa pasión por el orden social inflamada de golpe a la idea del triunfo de los agitadores. Se paró a arrancar una rama espinosa para rebenque, previniendo apremios, y entonces oyó detrás el galope de otro caballo, y escudriñó la oscuridad recelosa: era seguido.

Al principio solamente oyó los cascos y vio una mancha blanca y espectral

que se le venía a la altura del pecho. «Parecía como una gran lechuza con las alas abiertas parada sobre un caballo invisible». La lechuza detuvo a su misma anca, y entonces vio el gran bulto de un caballo oscuro como el demonio con un hombre de negro en mangas de camisa. No era Zanazzi.

—¿Quién es?

Silencio. El incógnito lo único que hizo fue mantener su caballo al anca del otro, desasosegado. El fraile vio que en la mano le lucía un arma. Reiteró su pregunta sin resultado. Puso en marcha su montado y el otro lo galopó como su sombra, parando cuando él paró de nuevo. De nuevo increpó, enojado. Entonces salió la luna, y Metri examinó suspenso la facha bruta del extraño compañero.

Estaba empapado de arriba abajo, desde el cabello y barba negrísimos hasta el pie desnudo, pegada la camisa, una manga arrancada, sin montura ni estribos, descalzo. Los ojos le ardían en la oscuridad con una furia lívida. Sus labios rezongaban en lo oscuro: «¡Maldita pistola! ¡Maldita pistola!». Y su derecha sostenía una enorme arma de fuego, como un rifle de caballería o un Remington-Colí, que parecía a punto de descargar sobre su compañero. El fraile se vio muerto y castigó de golpe. Saltó el animal y se puso a la carrera. Sintió el estampido del disparo detrás suyo, y un momento después la persecución desenfundada. Se agachaba sobre el cuello, esperando el otro tiro que no vino. Vino una voz confusa:

—Párese o lo mato. Párese o lo mato. Párese o lo mato.

Había perdido los estribos, sentía que estaba por rodar, el otro caballo ganaba distancia. Se paró, ¿qué iba a hacer? El otro venía ciego de furor, lo encañonó un largo rato, se hizo un hielo el corazón de Metri delante del segundo cañón de una enorme pistola Montecristo. Clamó:

—¡Alto! Soy el padre Metri, soy un sacerdote. Por Dios no tire.

Pero le esperaba otra muerte. El bandolero lo desvió del camino monte adentro y, haciéndolo desmontar, lo amarró duramente con su propio rendaje a un guayacán, manos detrás y pies maneados.

Hay que saber que el camino pantanoso del Puerto de Reconquista estaba aquel entonces bordeado de frecuentes islas de arbolado, como la que hoy llamamos carbonera. Como a doscientos metros del camino amarró el bandolero al otro, que parecía más bandolero que él, y después hizo esta terrible e incoherente escena que heló hasta la médula de los huesos del aventuroso fraile, sujetado al palo.

Se le plantó delante pistola en mano izquierda. Se santiguó lentamente y empezó a rezar.

—Encomendate a Dios —le dijo— porque llegó tu hora.

Cambió de mano la pistola, la montó cuidadosamente y se la asestó al corazón, pronunciando en voz muy alta estas horribles palabras:

—En nombre de Dios Omnipotente y por mi propia autoridad yo te juzgo y

ajusticio por rebelde a la autoridad legítima, ambicioso, asesino, inobediente, ser socialmente dañino y depravado. Y que Dios te ayude.

—¡Tupá guazú —gritó el fraile con un alarido de terror— ina yutóri ume ume ntende!

Dos veces gritó la súplica guaraní. Pero el tiro no partió. Clicó el gatillo siniestramente tres o cuatro veces, pero la carga debía estar mojada. El bandido la arrojó con rabia, y se abalanzó sobre los dos caballos, diciendo:

—Ya lo preveía yo. Por eso te até primero. Querría ahorrarte la horrible muerte que te espera ahora, si Dios no te libra. No puedo hacer otra cosa y te la mereciste. Que Dios te ayude si quiere, yo tengo mi quehacer delante.

Y ante la desesperación del fraile enmudecido, el siniestro barbudo saltó el oscuro y se perdió en la oscuridad, llevando al tordillo de cuartago. El preso hizo un esfuerzo desesperado por romper sus ataduras. A lo lejos ladró el aguará dos veces. Salió la luna.

Las grandes crisis pasionales son sencillas y complicadas. Toda el alma profunda rebalsa a la conciencia derretida en afectos múltiples; pero hay uno de ellos que impera y a los otros digiere y subyuga. En las horas en que se agotó Hermete Constanzi debatiéndose contra sus ligaduras, su alma no era miedo, ni tristeza, ni desesperación, sino una formidable cólera desatada y rugiente como lava: todo su cuerpo era como un dolor difuso, pero su alma era como un palpitante hervor de impaciente impotencia, la rabia del vencido. Y su odio inconmensurable enfocaba a aquel horroroso desconocido negro, que aparecía a su rencor como un vivo símbolo del desorden y el mal que más había odiado en su vida.

Todos saben que la vida vehemente del padre Metri se agotó en una serie de comenzar grandes empresas malogradas: militar en Francia, fraile franciscano, profesor de Teología en Fiésole, misionero exclaustrado, párroco de San José de Flores, fundador de los Lanceros de San Antonio y cura de San Antonio de Obligado. Este continuo iniciar proezas sin rematarlas ha sido achacado a un desequilibrio nativo de su poderoso carácter, a algo de morboso y excesivo en ese temperamento cuasi doble, que habiendo heredado a la vez por junto las dotes del hombre de acción y el hombre de ciencia, parecía no haber podido llegar nunca a completarlas ni menos a armonizarlas. «Es hombre nacido para abrir picadas, y no para trillar caminos», decía de él su gran amigo el arquitecto-colono D. Leonardo Castellani. «Parece un tigre atado corto que se lastima por soltarse», dijo una vez de él un criollo, metáfora que en este momento era verdad literalmente. Por supuesto que sus enemigos lo tenían por loco de atar, y aun sus mismos amigos en algunos momentos.

No he dudado nunca que hubo algo de anormal en él —al menos si se entiende por anormal el no haber realizado en sí esa potente armonía de fuerzas dispares, que cuando milagrosamente se logra constituye el genio— pero estoy

cierto que al «fracaso de su vida», como él decía amargamente, contribuyó en gran parte el ambiente: Italia liberal y burguesa del siglo XIX, Chaco de principios del XX. Ninguno de los dos medios biológicos era para dar un gran conductor, un gran obispo por ejemplo; ni sabrían qué hacer con un gran obispo, uno por chato y el otro por caótico. Lo único que podían dar y pedir era un pionner, un bandeirante vagabundo y solitario, una especie de sir Galaad, o de Quijote, o de fray Castañeda, o de Savonarola (sin la religión, fuera un Robin Hood o un Diego Corrientes), un alma desesperada que se rompiese contra una muralla de desorden insuperable para dejar en ella una mancha de sangre y la forma del orden futuro. Un sembrador de ideas inflamadas traducidas en gestos extraordinarios y extravagantes de puro cuerdos. Un actor instintivo y potente de parábolas en acción. He dicho el nombre: un poeta de su propia vida. Pero un poeta trágico.

Esta definición la he hecho para explicar cuál era el odio que en este momento lo arrastraba y que explica, si no excusa, su momentáneo extravío. Era el odio inconmensurable —no de balde le llaman *odium teologicum*— a la injusticia metafísica, al desorden esencial, sobre el que surgía esta sociedad de la cual él era outlaw y que hacía derrumbar como arena la materia de sus creaciones. Sus construcciones se derrumbaban no por ruines sino por grandes, no por culpa del plano o los materiales, sino por lo deleznable del cimiento: su obra religiosa no prosperaba por falta de base natural. La fe supone la razón, la sobrenatura presupone la natura, el apostolado exige un mínimo de compostura social y orden político; no se puede enseñar a volar al que ni anda todavía. Así que la lucha del fraile no era contra la carne y sangre, sino contra las esencias invisibles y los espíritus rectores de la tierra que andan en el viento, contra las fuerzas tentaculares que rigen el orden moral invisiblemente. Nada extraño, pues, que al verlo dar mandobles al aire, el patán muchas veces lo tuviese por alucinado.

El demonio horrible de la ambición encarnado en aquel siniestro bandolero veía el fraile en este momento: el vicio capital que mantenía el norte en estado constante de motín, inseguridad, inquietud, esterilizándolo todo; el apetito del poder por el poder, la sensualidad del ordeno y mando, la odiosa insubordinación y caciquismo, hija corrupta de la antigua altanería española, que era la úlcera endémica de aquella tierra tropical y excesiva. La visión de ese espíritu malo, que desde que llegó a la Argentina se le había plantado en frente y malignamente había insidiado su afanosa obra de apóstol, adquirió en esos momentos contornos casi tangibles. Estaba allí atado y derrotado para siempre: moría a sus manos. Y lo que es peor moría también el gobernador Rozas Chico, don Pedro Lozas, el gran civilizador, el creador de Corrientes, alma gemela a la suya. Nunca lo había visto, y no lo conocía sino a través de su fama; pero la misteriosa voz de la sangre le había dicho con certeza al oír sus hechos que aquel machito admirado y odiado era de su misma raza.

Se sacudió con rabia sobrehumana. Temblaba de fiebre. Probó una vez más a romper sus grillos. Era inútil. Una manea trababa los pies y una soguita de cáñamo estrangulaba las muñecas ya desolladas y después enrollaba concienzudamente su cuerpo como una morcilla. Sudaba copiosamente; y el pensamiento se le iba, se le perdía en imágenes incoherentes. Entonces se puso a rezar el Rosario y se durmió.

Había pasado veinticuatro horas sin sueño; y esto de ahora no fue sueño sino una sucesión de semilúcidas pesadillas. Le pareció de golpe que estaba en las montañas de su infancia en Ramicale (Véneto) y caminaba en un caballo blanco por un pretil angostísimo al borde de un precipicio; se sentía sudar de miedo y el caballo resbalaba al borde mismo del negro abismo, mientras el temeroso resalto se iba angostando por momentos, hasta que llegó un punto en que dar un paso más era muerte segura. No pudiendo por la estrechura volver grupas, se tiró al suelo por ellas, para retroceder a pie limpio; pero le cerró el camino un repugnante negro, que era el mismísimo demonio, con un cañón de escopeta puesto al rojo fuego que lo atecía de angustia. Iba a saltar sobre él, presa de golpe de una desesperada ira, pero una mano lo sujetó de atrás diciendo: «No matar. Es tu hermano». ¿Era un ángel? ¿Era su madre? El caballo había se transfigurado en una figura blanca. Se sintió sujeto fuertemente e izado en el aire por debajo de los brazos; y un sentimiento refrescante de libertad comenzó a invadirlo. Pero la mano que lo agarraba oprimiólo hasta la asfixia, le cortaba las carnes, le aplastaba el pecho. Dio un grito y abrió los ojos. No quiso creer lo que ellos vieron.

El gran tordillo herido estaba de nuevo a su lado, apoyando en su pecho la cabezota blanca. ¿Cómo se había escapado? ¿Por qué lo había buscado? ¿Qué hacía?

El animal hizo un violento envión con la testa y el hombre atado sintió que todas sus ligaduras se apretaban cruelmente y sus costillas crujían. Dos ideas igualmente fantásticas cruzaron su fiebre como centellas: una, que la bestia era realmente un ser inteligente que estaba probando desatarlo, agarrando la sogá con los dientes. Otra, que el caballo era un espíritu maligno, ocupado sobre él en una misteriosa tortura. Pero en ese momento la luna llena bañó de nuevo el paisaje en su plácido mar de clara de huevo, como una buena hada con una linterna fosfórica; y el cautivo comprendió con un grito de alegría.

El animal sangraba otra vez cruelmente del cuello; y ¡oh asombro! el rolo del freno se le había enredado de la soguilla que engarabataba al fraile. Sin duda había venido a frotarse contra suyo, buscando que lo medicaran de nuevo —caído el rústico apósito—, y en esas el freno que era de filete se le había enganchado. ¿Y qué hacía el noble bruto? Como si tuviera inteligencia, estaba cortando la soguilla. Así como una cabra sabe roer una cuerda y un toro partirla a fuerza bruta, un caballo mañero sabe desgastarla rozándola contra la arista filosa de un

poste. Un rato después, que al fraile pareció un siglo, este angelito, que era canchero, consiguió su objeto. Sintió aquel un chasquido y que el atroz lazo de las manos se aflojaba de golpe; se dejó caer y soltó la manea de abajo incontinenti, y un minuto después estaba montado, pagando al pobre tordillo su milagrosa intervención con bárbaros huascazos. No había un minuto que perder. Debía alcanzar al sublevado, debía matarlo en el camino, debía salvar al gobernador de Corrientes. Su mano apretaba por el cañón, como una maza, el enorme pistolón de cabo de hueso y plata que el otro abandonara.

El fraile Metri supo decir después que en aquella noche descomunal aprendió él a andar a caballo ¡amén de otras muchas cosas! Había puesto a su montado al galope y no rodaba; y no solo no rodaba, pero se hamacaba en la silla, castigando metódicamente y cantando una vieja canción italiana que habían encontrado sus labios, y que traducida venía a decir más o menos:

«El budista se circunscribe,
pero el musulmán va a la Meca:
el que no hace nada, no peca,
pero lo que se mueve, vive...
Ayayay, que dijo el panzudo,
yo soy hombre correcto y recto
porque no hago nada.
Pero ríe el diablo coludo
que va montado en un insecto
y comiendo una empanada...».

Y entonces fue cuando casi rodó, y se topó con la parte más horrorosa de sus aventuras.

El caballo se había parado en seco, y olfateaba rumorosamente, las orejas tiradas atrás en viva alarma. Lo castigó con furor, y el animal se espeluzó sin moverse, y juntó las patas, pronto a encabritarse. A sus pies se extendía un charco ancho, pantanoso, sucio, y más allá hasta la lejanía una serie de charquitos con camalotes y juncuales, cortados de trozos de barrial luciente, poblado todo del cantar interminable de las ranas. Todo eso invitaba más vale a caminar por encima, como una alfombra, campo liso y mojado, en vez de las horribles güeyas gredosas del terraplén. Siguió la vista del caballo y vio, a los treinta metros en frente, un bulto negro sospechoso a modo de osamenta. Miró al cielo y esperó un momento que se descapuzase la luna. Pero la luna al salir le hizo una horrible mueca, se empezó a reír como una calavera y a gritarle desde allá lejos:

—¡Corrientes! ¡Muerte! ¡Perdón! ¡Me hundo! ¡Horrible! ¡Por Jesucristo! ¡Padre Metri!

Y la voz demoníaca bajó y se posó en el bulto allá enfrente. Era otra vez en

esa noche el bulto de un caballo viniendo sobre el agua; pero era un caballo negro y junto a su cabeza había una cabeza de hombre, barbuda. El fraile agarró con las dos manos la suya próxima a estallar; y un momento después la luz se hacía en él.

—¡El Pozo de Estero-Villaco! —dijo—. ¡Desdichado, estás perdido! ¡Ahora comprendo cómo se te fue el caballo blanco!

Del Estero-Villaco no queda en el camino que va de Reconquista al puerto más que el nombre. Pero en aquel entonces era un peligrosísimo tremedal alimentado de filtraciones del agua subsuelina más las lluvias del cielo. Excepto en el tiempo de seca, animal que entrara en el tembladeral hasta las rodillas estaba perdido, pues no se lo podría salvar ni con lazo; y a veces estaba tan hondo que literalmente lo engullía de a poquito hasta la cuerna, que ni la osamenta quedaba. Allí había caído el bandolero; y miraba llegar la muerte más atroz sosteniéndose como en una mísera isla sobre la cabalgadura enterrada.

—¡Socorro, socorro, socorro! —De allá venía una lamentable salmodia ininteligible, como un canto fúnebre ahogado por el croar insoportable de las ranas.

El fraile consideró la situación friamente. Materialmente no tenía medio alguno de salvar aquel prójimo; aunque lo tuviera, ello implicaría pérdida de horas que le faltaban a él para alcanzar al capitán Diez su vital mensaje; y aunque por imposible hubiera tenido lazo y tiempo, tan atroz era la ira que albergaba contra aquel protervo, que es posible... Pero no queramos entrar en corazón ajeno. Nosotros no sabemos lo que Metri sintió sino lo que Metri hizo. Y lo que hizo fue gritar al desdichado casi las mismas palabras que él usara un momento antes al abandonarlo a su suerte:

—Ojalá pudiera librarte de esa horrible muerte. No puedo hacer otra cosa, y la has merecido. Te dejo al juicio de Dios. Yo tengo mi deber en otra parte. ¡Tupá Guazú ina yutóri ume ume ntende!

Y cerrando sus ojos a la horrible visión de lo que iba a pasar, soltó sobre el lomo las riendas, confiándose al instinto del caballo. No se equivocó. El animal viró a la izquierda y empezó a rodear la ciénaga tentando cuidadosamente con las patas el barro chirle. «Sin duda —pensó el fraile—, este bruto es de por aquí, y tiene conocido ya este camino y este peligro. Su seguridad a la cual debo dos o tres veces la vida no se explica de otro modo». Entonces el caballo empezó a trotar y viose que salía otra vez al terraplén, sobre el que galopó pesadamente, acezando. Mas la luna se cubrió entonces, y el jinete sintió que la noche descendía también sobre su corazón, húmeda y triste. Quiso cantar y no pudo.

No estaba seguro de haber obrado bien...

El extraordinario proceso anímico que culminó en una alucinación al pie de un espinillo y que ocupó lo que podríamos llamar «el tercero y último galope del tordillo herido» es bien difícil de poner en palabras. El poco hábil jinete estaba cansadísimo y afiebrado; y el alma y cuerpo se le mescolaban en una única

angustia a la vez moral y física. «Toda mi conciencia estaba concentrada —escribirá él más tarde— en el estribo izquierdo, que arreo se me quería perder, a causa de la mala andadura del caballo, el cual herido y exhausto galopaba solo con los cuartos traseros trotando con las manos y martillándome el c... sobre el duro recado atrocemente. El cuerpo lo sentía como un dolor difuso. De vez en cuando un mal paso del galope me ramaleaba un pinchazo agudo, que de la nalga me subía a la nuca, como un relámpago de fuego. Pero lo peor de todo era el torcedor de mi conciencia».

Este torcedor de su conciencia consistía en definitiva en preguntarse si tenía derecho a matar a un hombre en algún caso y por ninguna causa, por importante que fuese.

En vano se respondía él que no había podido salvarlo. Lo que sentía allá adentro era que de cualquier modo había querido matarlo, si es que no lo había muerto de terror con aquellas palabras inexorables con que lo abandonó a su suerte. El fraile había sufrido una temporada de su juventud la enfermedad psíquica de los escrúpulos; y ahora trataba de persuadirse que esta terrible tristeza y agitación que lo inundaba por momentos no era más que un idiota escrúpulo. Pero en vano: toda su subconsciencia embestía contra su razón. Lo más curioso es que a causa de su estado psíquico exhausto (fiebre, sueño, fatiga) todo este proceso de remordimientos se desenvolvía no en forma abstracta en que lo pongo sino en semialucinaciones auditivas y visuales¹.

La primera alucinación fue ver de golpe que el tordillo que montaba volvía hacia él la testa y le decía con toda formalidad: «No lo mates: es tu hermano». Un momento después comprendió que era su fantasía la que había hablado (¡tan fuerte, Jesucristo!) y que los belfos del tordillo adonde tendían era hacia la pobre herida del cuello inflamada como un flemón cárdeno.

Después vio con toda precisión en su mente un libro abierto y conoció hasta la página y el párrafo: era la Moral de Bucceroni, donde estaba el problema de cuándo y cómo se podía infligir la muerte a un hombre —«numquam privata sed publica quidem auctoritate»—, y al mismo tiempo las palabras misteriosas del desconocido: «por mi propia autoridad y delante de Dios te ajusticio» le reñían en los oídos como si las estuviese oyendo.

—¿Qué autoridad pública desempeño yo para fallar que un hombre debe morir, por culpable que sea, aunque sea para salvar una provincia y un mundo? Pero por otra parte ¿no conviene que un hombre muera para salud de todo un pueblo? Pero, ¡horror!, estas son las palabras que dijo el hipócrita Caifás para condenar a Jesucristo. ¡Es que yo no puedo, no puedo hacer por él absolutamente nada! —balbuceó el fraile con angustia, y en el mismo instante

1. Uno que lo ve así a sangre fría dudar un momento de que había en su lugar de responsabilidad, pasión al galope por un camino hórrido.

su cerebro cansado le trajo vivísima una imagen del buen samaritano, alguna oleografía chillona que vio antaño quien sabe dónde. Todas estas imágenes se sucedían en su mente en tumulto, tal que ni siquiera notó que su caballo ya aflojaba el andar y solo trotaba penosamente. Lo castigó fuerte, y la única respuesta fue un ronquido estertoroso. Lo miró y comprendió que el nobilísimo bruto estaba reventado. Entonces otra imagen alucinante, la más viva de todas, lo deslumbró. Vio dos caballos igualitos en todo, alzada, raza y hechura, pero uno blanco y otro negro, que eran un ángel y un demonio: el blanco le había salvado la vida y el negro había hundido («¿qué tengo yo que ver en eso?») a su desdichado jinete en la ciénaga. En este momento, su caballo se paró del todo en la mitad del camino, y gimió.

Las narices le sangraban tocando el suelo y los cuartos traseros temblaban convulsos, mientras el tórax hipaba como un fuelle.

—¡Adiós mi plata! —dijo el fraile y se preparó a desmontar; pero inesperadamente el animal viró y se dispuso a bajar el terraplén en dirección al agua que resplandecía allá al costado. El cura conoció que estaba a la entrada del pueblo, cerca del Rancherío, en la alcantarilla del Pozo donde se ahogó Serafín, así llamado. Pero antes de poder resolver o prever nada vino el derrumbe: cedieron las rodillas del noble potro y rodó lastimosamente terraplén abajo con jinete y todo. Vio este millones de centellas repentinas y se sintió volar, caer, hundir interminablemente con muelle lasitud en el abismo blando, de olor a chinche y menta, mientras su mente se abandonaba en un deseo invencible de acabar de una vez y dormir para siempre. Así se durmió sin querer el padre Metri por segunda vez aquella insomne noche.

—Si se fijan bien —decía Metri más tarde contando el caso— verán que el tordillo al lanzarme de cabeza contra el tronco de un espinillo me hizo la cuarta gran merced de aquella noche: porque me proporcionó el sopor restaurante que mi testa a la deriva reclamaba. Yo no sé cuánto dormí desmayado en el suelo: creo que como dos horas de absoluta inconsciencia, pues cuando abrí los ojos se venía el alba. Entonces la última imagen que me estaba obsesionando al caer volvió a mi mente; pero esta vez mi mente estaba fresca, y vio lo que la imagen quería decir, y fue la salvación de todos.

El alba abría el cielo azulejo allá al este en una amplia laja roja. El enfermo se alzó pesadamente, y miró el cadáver del tordillo. Recordó otro cadáver, y el problema sordo que lo venía trabajando se formuló con rapidez en sus labios. ¿Por qué aquel caballo se precipitó a la ciénaga y este otro supo evitarla? Entonces la luz obvia y sencilla, facilísima, evidente rompió por todos lados en su alma y el fraile comprendió de un solo tiro todos los enigmas de aquella noche.

—¡Es un correntino! —gritó—. ¡Es inocente! ¡He matado a un inocente!

Si estuvierais allí hubierais visto la cosa más graciosa del mundo: un hombre embarrado y sucio, arañado, ensangrentado, con un horrible vestido de dril

azul, ponerse a correr a los gritos alzando las manos como si el mundo se viniera abajo, mientras el mundo se abría riente al frescor de la mañanita con cantos de pájaros y rumoreo de hojas. Es que comprendió de golpe que un caballo se había encenegado con su jinete porque ninguno conocía la región, porque eran los dos puebleros, forasteros; y que su tordillo lo había salvado porque era paisano, y por lo tanto era de un bandolero y el otro era un escolta correntino. El barbudo, que él reputara un chasque de los sublevados, era en realidad un hombre del gobernador. Pero en este punto el fraile detuvo su carrera loca, se paró y pensó de nuevo penosamente.

—Era él —exclamó—. Era él. No puede ser más que él. Dios me conceda salvarlo todavía. Ese gesto es de Él y de ningún otro».

La constatación de la verdad le produjo lo que un baldazo de agua fría a un borracho: ella implicaba volver camino y empezar ya exhausto otro arduo trabajo físico. Pero nada hay tan reconfortante como la certidumbre. El fraile volvió atrás al trocete recordando haber oído ladridos de perros allí cerca a la izquierda, allá en medio del sonambulismo de su noche agitada. En efecto, a poco andar dio allí mismo con una chacra; pero casi lo come vivo un enorme mastín barcino, por saltar la tranquera sin llamar, a causa del apuro. Tuvo que trepar la tranquera de nuevo y pedir auxilio a los gritos. Salió allá una escopeta por una ventana de la cuadrada casita de material donde partiera el perrazo, preguntando quién era. Después se abrió la puerta y salió una mujer con dos criaturas agarradas a la falda y una magnífica arma europea empuñada con una visible pericia que no prestaba a bromas. Hizo ella algunos pasos y gritó esta ingenua mentira:

—Mi marido está dentro, armado. No venga con bromas y váyase al momento, que no tenemos dinero ni nada que dar a nadie.

El otro comprendió que con su desastroso talante su identificación era casi imposible y el auxilio que necesitaba con urgencia...

Con una súbita inspiración sacó su viejo crucifijo de bronce y un escapulario del pecho y empezó a perorar con la elocuencia de la desesperación:

—Buena mujer, alma de Dios, que Jesucristo la salve, yo soy el padre Metri, el misionero: ¿no ha oído hablar del crucifijo del padre Metri? Me encuentro en la mayor aflicción y en tremendo apuro. Un hombre se ha hundido por mi culpa allá en Estero-Villaco y si ya no ha muerto, está en peligro horroroso. Y ese hombre es el gobernador de Corrientes Don Pedro Lozas. Necesito dos caballos y un lazo. Usted tendrá su recompensa, mayor de la que puede pensar, si nos auxilia. Pero si se niega, sepa que la maldición de Dios caerá sobre usted y sobre sus hijos y sobre mí, desdichado para toda la vida... sobre mí, desdichado —concluyó sollozando.

Media hora después salía Metri en un caballo fresco del todo aperado, llevando de cuarta otro caballito montado por el hijo mayor de la casera, un avis-

pado chirú de diez años, mientras una chiquilina de ocho salía en un petiso a toda huasca a buscar al padre que estaba afuera desbichando. A las leguas de camino tropezaron los brutos la ciénaga y empezó el prolijo rodeo capaz de enloquecer de impaciencia a un santo. Cuando llegaron a la mitad de él, el fraile empezó a llorar de alegría y a gritar como un descompuesto:

—¡Don Pedro Lozas! ¡Gobernador! ¡Un momento más y está salvo! ¡Perdón, gobernador, por lo que dije, yo lo creí un bandolero!

Sobre la faz horrenda del pantano emergía el busto de un hombre cuya cabeza había cambiado de color y estaba blanca como la nieve. Su cabalgadura se había hundido del todo, sirviéndole de pedestal subterráneo. Sus manos se aferraban desesperadamente de un manojito de paja, desollándose. No dio señal de reaccionar a los gritos, hasta que la armada de un lazo cayó cerca de él, entonces tan solo pareció despertar de un fatídico éxtasis, y se agarró de ella con un manotazo de animal. El fraile había entrado como quince metros en el pantano con el caballo que se resistía con toda su alma al terrible castigo, atado con el lazo a los tientos del caballito del niño, allá en la orilla. Después cincharon los dos despacio, y brotó con el ruido de un árbol que se desarraiga el otro hombre (o lo que de él quedaba) enyesado en un bloque de barro chirle. Patinó penosamente hacia afuera, medio hundido, abandonado y laxo. Antes de salir se revolcó en el agua verdosa de la charca. Sus primeras palabras fueron:

—Perdóneme usted, padre Metri. No sé cómo no lo maté. ¡Cómo hay que pensarlo bien antes de matar un hombre!

El chiquilín había traído una muda de ropa de hombre, y allá en su casa aguardaba al resucitado una batea llena de agua tibia. Cuando salió limpio parecía otro hombre, aunque la palidez mortal de su rostro y sus movimientos exangües atestiguaran de su aventura. Durmió dos horas, mientras el puestero volaba en su mejor flete a enterar de todo al capitán Diez en Reconquista. Cuando lo despertaron tomó casi medio litro de caña y dijo:

—He bajado hasta las puertas del infierno, como dice la Biblia, pero ¿qué importa si el triunfo es mío? ¿A que no sabe, mi amigo, cómo descubrí que usted era realmente el padre Metri, a pesar de que todo y todo lo acusaba, desde el caballo blanco que yo mismo balié hasta sus gestos de culpable y su sospechoso continente? Lo descubrí demasiado tarde, cuando me engulleron los labios inmundos del infernal barrial. Allí estuve pidiendo a Dios perdón de su muerte, y de todas las muertes precipitadas que a lo mejor he hecho en mi vida, y pidiéndole el milagro de no morir de aquel modo.

—¿Cómo lo supo? —interrumpió el fraile viendo que el otro empezaba a temblar de nuevo, pero con sacudones totales que tenían de convulsión y de bramido.

—Por su exclamación guaraní antes de quererse morir —dijo— que se me quedó en el oído retiñendo como una trompeta. Me di cuenta que era latín, y no

guaraní, que es el principio del rezo del breviario: «Deus, in adjutorium meum intende». Solo usted, fraile chúcaro, dijo «Tupá Guazú» en vez de «Deus», y lo pronunció medio en italiano medio en toba. Yo he estudiado latín con los jesuitas de Santa Fe —dijo—. Allí también hice mi Derecho.

Lo que siguió es sabido de todos. Postrado y medio muerto, el gobernador Lozas persiguió a sus enemigos con las dos balleneras y el piquete del capitán Diez, los cazó frente a Corrientes hacia la costa de Barranqueras y los aniquiló en pocos momentos. El menor de los hermanos Robertson murió en la acción; el otro fue procesado en Corrientes, habiéndose opuesto redondamente Rozas Chico a que fuese ajusticiado sobre el tambor como pedían la ley marcial y todo el piquete a gritos. Condenado por los tribunales, fue indultado por el gobernador, pero finalmente fusilado por el Gobierno federal con la convicción de crímenes comunes.

Rozas Chico se retiró de la vida pública y vino a Buenos Aires con la intención de educar a sus hijos: de él es el folleto titulado: «La Muy Noble Ciudad de Santa María y San Juan de Vera y Aragón de las Siete Corrientes», casi agotado hoy, que conocen como golosina y presa regia los bibliógrafos.

En cuanto a su eventual compañero y enemigo de una noche el padre Metri, cuando llegó a Reconquista el presente de quinientos pesos fuertes y una vaca mestiza que envió el gobernador como limosna a sus misiones, ya se había cortado el fraile para quién sabe dónde, y ninguno daba razón de dónde andaba.

CANCIÓN DEL AMOR PATRIO

Amar la patria es el amor primero
y es el postrero amor después de Dios
y si es crucificado y verdadero
ya son un solo amor, ya no son dos.

Amar la patria hasta jugarse entero
del puro patrio bien común en pos
y afrontar marejada y viento fiero
eso se inscribe al crédito de Dios.

Dios el que no se ve, Dios insondable
de todo lo que es bien oscuro abismo
solo visible por oscura fe,

no puede amar por mucho que d'Él hable
del fondo de su gérido egoísmo
quien no es capaz de amar ni lo que ve.

HOMBRE AL AGUA

«...sine templo et domo, sub diu, sine pecunia, adustus ardore diei et frigore noctis...» (sin techo, sin templo, sin dinero, a la intemperie, quemado del ardor del día y del rigor de la noche...).

(Carta de fray Bernardo Tríppin, compañero del P. Metri, al presidente Sarmiento).

Lector amigo:

En una gran sala rococó caoba y oro, amueblada con lujo pretencioso y que oscilaba lentamente como una muelle hamaca, había una vez un polichinela, un pierrot, una colombina, cow-boys, marqueses versallescos, gauchos con chiripá de percal, muchas damas en décolleté francés, algunos smokings en inglés, camareros de frac, un demonio, un gracioso disfrazado de fraile... y en una mesita rinconera había un hombre que sería máscara o no (no lo sé) pálido como un pierrot de mármol o un reo en el banquillo, sentado con rigidez delante de... ¡un fraile auténtico! Lo más raro del caso es que el fraile auténtico era mucho más raro —y por supuesto, más gracioso— que el fraile disfrazado. De modo que yo nunca lo creyera auténtico, a no ser por este diálogo camareril sorprendido:

—¿Pero es fraile de veras, tú?

—¡Y tantu! Si es el capellán de tercera, chicu. Cómo lo han dejau entrar, esu...

—¿Estará bebío, díme?

—No. Todos son así, chicu. Solo que este es más desembozadu que los otros. ¿Qué te piensas tú que no son de carne y hueso comu nusotrus?

Una pareja empezó a bailar un tango, y después otra, y otra. Los sentados en mesitas estallaban petardos rompiendo paquetes-obsequio con caramelos y chucherías y además tiraban confettis, reían a carcajadas, se calaban bonetes

de tonys, y hacían mil pavadas, con una desesperada voluntad de estar o parecer alegres. El fraile estaba perfectamente dormido al alboroto, con los ojitos vivos estudiando al hombre enfrente, como si soñara. En veces repetía meditabundo: «Chiquilines. Son todos chiquilines. Chiquilines y nada más. Dios lo permite así». Resonaba el lustroso local como un loquero; y la discordante gritería («¡Divino! ¡Divino! ¡Colosal! ¡Estupendo! ¡Bestial!») mezclada a los dulces valeses de Viena o tangos argentinos hacía un efecto en el alma como huevos quimbos con salsa de tomate. Entró una fila de cuarenta hombres de mandil blanco, precediendo a cuatro que traían en andas, como imagen de procesión, una enorme bandeja de helados con un cubo de champán; pero venían los cuarenta dando pasos de baile, sonando chirimbas y cantando en alemán, con esa poca gracia que tiene el alemán para los chistes, algunos tiznados de carbón, otros con escobas a guisa de fusil, todos con capacetes de papel-seda, y el jefe de fila, que era el steward, con caballito de palo y gorro con plumas, bellaqueando a lo loco con una espada de lata.

—¡Pero esto es un cuento de hadas!

—Lector, ¡un momento! Esto pasaba en una como tibia caja de peluche y oro, la cual estaba incluida en un inmenso cascarón de hierro, el cual a su vez estaba suspendido en el espacio entre dos abismos infinitos. ¡Oye, no te vayas! El primer abismo era el color morado, inquieto y rugiente arriba, y recorrido en su seno de monstruos enormes y de cadáveres de antiguas naves despanzurradas. En cuanto al otro abismo, más importante todavía, él era un cóncavo y altísimo cristal azul-laqué, con millares de ojitos parpadeantes que miraban imperturbablemente el cascarón mecánico cargado de insectos, en ese mismo instante en trance de cruzar la línea imaginaria (¿y por qué la llamarán imaginaria?) que corta perpendicular al eje la esfera terrestre, dividiéndola en dos hemisferios...

—¡Hombre! ¡Es el salón de invierno de un gran trasatlántico la noche de la fiesta llamada La Línea, es decir, a diez días de Londres y a dos días de Río!

—Exacto. Pero ¿te parece posible, amigo lector, que hombres y mujeres grandes hagan cosas como las mentadas?

—Perfectamente. Es lo más lógico del mundo.

—Me alegro. Porque entonces aceptarás (veo que tienes tragaderas) como posible lo que hicieron y dijeron esta noche el fraile y el hombre pálido, lo cual fue bastante increíble. Pero lo tengo de una persona que lo vio con sus propios ojos:

El fraile era un hombre fornido y malhábil, con cerquillo entrecano, barba cuadrada, manos y pies grandotes en sandalias enormes, todo saliendo desgarbosamente de un gran sayal franciscano. Le oí ser llamado padre Metri. El otro que calló su nombre (llamémosle Viajero) era de esos que no recuerda uno cómo estaban vestidos de tan bien que lo están. Pero lo que importa aquí era una mano nerviosa y larga y una cabeza notablemente inteligente, de frente abombada y ojos claros, delineada debajo por una regia curva de barbilla oval,

demasiado dulce para ser de un enérgico, pero demasiado pura para ser de un cualquiera. Entre los dos había dos tazas de té intactas y, cosa rara, un tosco crucifijo. Hablaban a cuatro ojos, casi sin gestos. Tan claro los veo que prefiero hacerlos hablar a ellos.

Viajero.—¿Me va a entregar?

Fraile.—Puede. Depende. ¿Qué obligación tengo yo de eso? No es mi oficio.

Viajero.—No entiendo cómo supo.

Fraile.—Ingenuamente usted me lo dijo.

Viajero. (*Ligero sacudón*).—Ingenuo... Ingenuo es usted que piensa que me tiene en sus manos. Se equivoca.

Fraile.—En las manos de Dios estamos todos; y usted y yo terriblemente en esta hora. Antes de una hora, uno de los dos habrá cambiado...

(El fraile habla siempre soñando, los ojos fijos en las cuatro extrañas flores del centro-mesa. El otro se calla, muy abiertos los ojos y el cigarrillo que tiembla un poquito en sus dedos de duque. El suelo se empieza a inclinar, a inclinar de lado como un sloggan. Los danzantes prorrumpen en chillidos y fintas de caerse. Pero el buque se endereza de golpe, con vasto tintineo de tazas, mientras una enorme ola se rompe con un bandazo tremendo, salpicando con cascadas de espuma las ventanas. Despiertan los dos duelistas, y de aquí adelante el salón de baile con todo su estrépito desaparece para ellos y para nosotros).

Viajero.—¿Cambiado? ¿Yo me volveré fraile, seguro?

Fraile.—Esto es como una capilla. Aquí está Dios. Hoy aquí se decide su destino para siempre.

Viajero.—¿Por qué no me llamó a su capilla? ¿Es aquí el lugar para una conversación secreta?

Fraile.—Justo aquí, hijito. ¿No ves que esta gente me es precisa para poder hablar en secreto?

Viajero.—No tengo tiempo para chistes.

Fraile.—No es chiste. Con un hombre como vos, crees que voy a elegir tu camarote o el mío para hablar de... ¿lo digo?

Viajero.—¿De qué?

Fraile.—¿De tu crimen? Ha llegado el momento de confesarlo, amigo.

(Silencio. El viajero no se mueve y el fraile espera. Una camarera al pasar entre los dos la bandeja, roza casi con la mejilla al hombre pálido, mientras le susurra algo al oído. Entonces pasa algo mágico. La cara ceniza se congestiona rojísima y el asa del pocillo que sostiene la mano fina se hace polvo, mientras el viajero susulta en una silenciosa vibración de ira. La muchacha se aparta vivamente).

Viajero.—¿Qué quiere usted de mí?

Fraile.—Cuéntame todo.

Viajero.—¿No lo sabe usted? ¿Y qué le importa? Le advierto que lo único sano para usted ahora es salir de aquí, y olvidar todo lo que sabe, sea lo que sea.

Fraile.—¿Por qué no sales tú, en vez? ¿Quién te sujeta? ¿Quién te forzó a venir?

Viajero.—Solamente la curiosidad. No le tengo miedo, cura, (y le ruego a usted que no me tutee) ni a usted ni a Dios, sépalo, cura. ¡Detective aficionado! Solamente la curiosidad de saber cómo hizo para desmayarme aquella noche, y qué pretende con su ridículo mensaje y su pretense secreto.

Fraile.—No es ya secreto para mí... La noche de la tormentita en el Cantábrico, a dos días de Southampton, desapareció un pasajero. Un rasgón de casimir en un garfio indicó el lugar de su caída al mar. Todo sugería un suicidio. Así se creyó en efecto. Fue un asesinato.

Viajero.—No fue un asesinato. Tenga cuidado. Miente usted y mintió en ese aviso idiota que me dirigió dándome cita. He acudido solo para exigir silencio. No saldré de aquí sin formal juramento suyo de sepultar en secreto de confesión lo que una maldita casualidad le ha hecho creer no sé cómo. Guay de usted si intenta bromear conmigo.

(El fraile calla. Mira como distraído un número del «Diario de Abordo» —«Fahrt - Nachrichten - Zeitung»— donde al lado del programa de la fiesta resalta un extraño aviso con letras rojas):

AVISO IMPORTANTE: AL ASESINO
EL FANTASMA DEL MUERTO
LO CITA AL LIVING DE 1.a
LA NOCHE DEL BAILE DE LA LÍNEA.
DISFRAZ DE FRAILE CON BARBA
SERÁ UNA TAL FIESTA
QUE OLVIDARÁ TODO
Y POR CONVENIENTE PRECIO
SE OBTENDRÁ ETERNAL SILENCIO.

Fraile. (*Risita traviesa*).—Sabía que vendrías. ¡Y pensar que si no venías, jamás conociera yo al matador de Francis Campbell!

Viajero.—¡Maldición! ¡Entonces dice Ud. que... no me conocía!

Fraile.—No tuve tiempo de fijar tu aspecto. Al rodar sobre la banqueta hiciste tal bochinche que yo huí a mi cabina, sintiendo venir al sereno. Te has traicionado tres veces. Eso prueba que sí, es verdad, no sos quizá... propiamente... un asesino. En alma proterva no hay remordimiento.

Viajero. (*Tono profundo y llano, casi quejumbroso*).—Acorralar a un hombre como yo es lo peor que hay... Silencio y mar... Él debía morir... El espectro, el vampiro de mi vida. Y se llamaba amigo, mi mejor amigo. Entre mi felicidad y la mujer amada.

Fraile.—Apareció ella.

Viajero. (*Acre*).—Usted no sabe lo que es eso. Cállese. Usted no puede comprender eso, y motivadamente son incapaces de matar a un hombre porque son incapaces de amar a una mujer. Se pasan la vida rezando y temblando.

Fraile.—En efecto.

Viajero. (*Soñando y quejándose de nuevo*).—Era algo tan execrable, ese hombre pesando como un anatema sobre mi vida, reja de cárcel delante mi dicha allí a un paso, y yo, malaventurado, muerto de hambre y sed. Insoportable sed. Sin quererlo ni saberlo él mismo, esto es lo más terrible, él era la reja. Romperla de una vez, todo salvado. Así lo creí. Volado el obstáculo todo debía aclararse y he aquí que todo se enturbia. Canalla, no quiere desaparecer. Parece que estuviera agarrado al mundo por innumerables raíces y al arrancarlo yo de la tierra se llevó un terrón macizo y dejó un boquete hacia el cual yo pendo, maldito sea.

Fraile.—El homicidio es un pecado grave, hijo. Después de los Tres de la Primera Tabla, es el más grave. Todo pecado grave abre un boquete en la tierra hacia el cual quiera o no quiera el criminal pende como un árbol hachado.

Viajero.—Ahogado el grito por el ruido de la maquinaria. Costumbre de inclinarse cada noche sobre la borda allí mismo. Fuera de la vista de toda ventana. Lejos de los extremos del corredor. Ocasión única, única, única. Hay que tomar una determinación. Mi vida empantanada, atascada. ¡Maldita sea mil veces mi estrella! ¡Un fraile bruto, el más estúpido animal del mundo, por arte del demonio sospecha de mí, me tiende una trampa y yo!...

Fraile. (*Como un relámpago*).—¡Un momento, hijo! ¿Quieres dejarme ver tu mano izquierda? Si no la sacas, grito. ¿Eres zurdo, verdad? ¡Las dos manos sobre la mesa!

Viajero. (*Obedece*).—¿Cómo sabe que soy surdo?

Fraile.—Así, querido. Si quieres que hablemos, las dos manitos bien quietitas sobre la mesa... siempre.

Viajero.—No intentaba nada.

Fraile.—Pero la gente nos ve. La gente nos ve, hijito, nos ve. ¿Ves mi picardía en traerte aquí? ¡Oh frailecito Metri, te valen tus mañas chaqueñas! ¡No por nada has domado indios! ¡No hay animal más bicho que el indio, y más sonso al mismo tiempo... como vos m'hijito... lo mismo... con perdón de la franqueza! Estoy aquí más seguro que entremedio un coro de ángeles. ¡Todos estos son ángeles, arcángeles y querubines, como dicen los gozos de San Antonio, y aquí está Dios, y hasta la Virgen María, hijo, entremedio el batifondo! ¡Y un amigo mío querido, que no quiere echar el veneno, que prefiere que lo descubra ahora mismo a aquel señor grandote (¿lo ves, m'hijito?... allá al lado del capitán... míralo disimulado...), aquel señor grandote que se hace el sonso siendo así que no es sonso! ¡Y prefiere callarse, o bien matarse, o bien matarme a mí, que quiero no más su bien, así Dios me salve, lo juro por la salvación de mi alma! ¡Oh Dios, cuando acabaré de tratar con indios bozales! ¡Crean que uno los confiesa para

hacerles daño! ¡Acaba hijo tu confesión que después te haré yo la mía! Amor con amor se paga.

Viajero. (*Mirando magnetizado al interlocutor increíble*)—. Ya está todo. Fuimos compañeros de colegio. Él de poco ingenio y estudio, pero avisado, vividor, de recursos. Yo terriblemente concentrado, soñador y estudioso. Primer premio en matemáticas, cero en lucha por la vida... Yo afectuoso y débil, él sanguíneo, instintivamente egoísta y aprovechador. Juntos por la vida como dos mellizos. Él me prestaba su despejo y osadía, yo pensaba por los dos. Subió, triunfó, escaló posiciones pingües, gracias a mí. Yo gozaba viéndolo subir con lo mío, en trabajar por él, en respaldarlo. Yo con mis libros, mi música, mi vida dormilona (¡viví siempre dormido, lo vi de un golpe el día que vino Ella!) no tenía ambición ninguna, tenía un pasar en el banco para todo evento... él me explotaba, sencillamente. Lo vi claramente. Y antes lo veía también vagamente, pero el cauce era ya viejo, la rutina antigua. Mas aquel día cambió todo. La vida se me reveló infinitamente apetecible, fuerte, magnífica, desmedida, inconmensurable. Yo soy casto, fui casto, nunca las mujeres... Pero Ella...

(*La vista del viajero se clavó en frente con fijeza repentina. El fraile volvió la cabeza medio sin querer, y vio allá en frente una bellísima muchacha, en atavío de baile, o por lo menos supuso que era bellísima, una especie de relámpago de blanco, rosa y oro, brazos y garganta desnudos, riendo a carcajadas.*)

Viajero.—¿No es divina?

Fraile.—Supongo... Del momento que te has ido al infierno por eso. ¡Qué no hacen los hombres por alcanzar ese bien —no se puede negar que es un bien— pero es un bien que se acaba!... (*dijo el fraile muy serio*). ¡Vaya un bien! ¡Y se me hace que no es muy inteligente, viéndola así de golpe! No hay que ser mal juzgado, pero... Tiene medio cara de ternera. Y la mujer que se enamora de un buen mozo —porque vos sos un buen mozo y nada más, no te ilusiones, un buen mozo y un chiquilín y basta, no te ofendas, hijo— la mujer que se enamora de un hombre hermoso solo porque es hermoso, ¡puah!, es casi como si de otra mujer se enamorase. Esas no son mujeres cabales. ¡Pero basta de mujeres! Entonces ella lo prefirió al otro y entonces, naturalmente, hay que asesinarlo, ¿no? ¡La felicidad! ¡Imbéciles!

Viajero. (*Sumiso*).—No. Es prima de él. El es casado... Era casado con hijos. Esto es lo espantoso. Por el mero hecho de existir me impedía llegar a ella. La reja... usted no puede comprender. ¿No ve que sin él era yo Sub-Jefe de compras? Y sin mí jamás él hubiera llegado. Y la familia de ella me tenía por loco bohemio soñador papaviento inútil... y ella estaba acostumbrada a una vida de lujo... y toda la riqueza del canalla me la debía, era mía, y de golpe esa riqueza que yo cedí a la amistad se volvió el precio sacrosanto del amor... y maldito sea mil veces, el canalla me dio la increíble, la enorme, la monstruosa patada. Hizo algo digno de muerte. Yo lo juzgué y lo condené. Juez fui, que no asesino. Juez

justiciero y estricto. Ni en el cielo ni en la tierra acepto otro juez de mi vida.

Fraile. (*Meditabundo*).—«¡La mujer a los veinte años es una ilusión; pero a los cuarenta es una necesidad»... ¡Nunca me olvidaré de esa frase de mi padre instructor! ¡No se fíen ni aunque sean viejos!, nos decía el buen Poulrier. No hay amor más volcánico que el amor de un casto. ¡Pero nunca te hubiera pasado de haber tenido fe en Dios, incauto! ¡Ni tampoco eras casto de veras, presumo! ¡Acidia es lo que tenías; acidia, que es uno de los vicios capitales!

Viajero.—¿Acidia?

Fraile.—Pereza intelectual, peor que la corporal. Candela debajo del celémín, habías puesto tu sede en lo mediocre, ¡y creías que Dios te iba a dejar dormir! ¡Te creías honesto porque no robabas, y noble porque tenías sentimientos finos!... ¡Y he aquí que ahora has matado, has robado y has perjurado! ¡Dejaste pudrir tu inteligencia, hecha para la creación estética o la acción política, en estériles placeres egoístas, y ahora tenés cara todavía de llamarte casto!

Viajero. (*Silbando muy bajito*).— ¿Y usted qué puede saber de eso, pedazo de memo?

Fraile.—Concedido. No sé nada. Absolutamente nada. ¡Pas du tout! (*barriendo el aire con un vasto gesto*). Absolutamente incapaz de amar ninguna cosa. Incapaz de ver siquiera una mujer. Las veo como bultos de colores, miope que soy, como bichos raros, como crisálidas de abejas de las que criaba en Fiésole, absolutamente la misma formita de guitarra redondeada, cintura estrangulada. Así son. Así están hechas y así están pintadas. Tienen esa forma y esos colores. ¿Y de ahí? ¿Enseguida hay que matarse por eso? Yo no conozco el corazón humano, pero debe de ser bastante sonso, para quien lo conozca. ¡Yo soy un pedazo de palo, un triquitraque con cuerda, eternamente ocupado en hablar latín, decir gorigoris y disparar del infierno! ¡Y miedoso sobre todo! ¡Y propenso al mareo en el mar, mareado la mitad de los días! ¡Y las noches! ¡Y la noche entera que pasé en el ansia... me ahogo en la cabina, salgo al fresco, medianoche era por filo! ¡Y veo de golpe a la luz de mi Galex un fantasma en la baranda mirando el mar, justo en el sitio en que se suicidó el finado Francis Campbell, que Dios tenga!

Viajero.—¡Sinvergüenza! ¡Me golpeó la cabeza, diga?...

Fraile.—¡No! ¡Me asusté yo, eso es lo que pasó! ¡Válgame que yo he sido profesor de Lógica, por suerte! «Ese fantasma acodado tiene que ser dos cosas —me dijo enseguida la lógica—: o es el fantasma de un suicida o el bulto de un asesino». ¡Silogismo disyuntivo, amigo! Pero dijo Roger Bacon, fraile inglés muy vivo, que no hay silogismo seguro sin la experiencia. La experiencia fue fácil, yo soy travieso como un indio. Me encogullé hasta la barba, abrí las dos ojeras, puse atrás la linternita, y mojando la mano en agua, te la pasé despacito en la nuca. ¡San Francisco me valga! ¡Qué respingo y qué alarido! Con la zurda me manoteaste, resbalaste en el piso de cabeza contra una banquetta, y quedaste seco. Yo temí y escondí el bulto, viendo venir al sereno. Al otro día, mareo

de nuevo. Pregunto al sereno a quién había levantado anoche; y el gallego se me cierra el negao, creyendo guardar reserva profesional sobre la curda de un señorón de primera. Resultado: necesidad del inocente lazo del aviso rojo. Esa es la historia. A la semana del crimen te vendiste tres veces. Una, yendo de noche al sitio. Dos, asustándote de un falso duende. Tres, viniendo mansito aquí a confesar conmigo. No sirves para criminal. Por eso justamente, hijo mío, pensé en invitarte a dejar de serlo.

Viajero. (*Con los ojos de loco, y un tartamudeo ronco, atropellado, hondo*).—¿Cuánto quiere?

Fraille. (*Sonriente*).—Mucha plata, mucha plata, más de lo que piensas. Pero no más de lo que puedes, Dios ayudando... Es necesario, hijo. Es para tu bien. ¿Has leído Platón? Dice Platón en el Gorgias (parte segunda, número 438) que es un bien para el criminal ser descubierto y castigado. Parece mentira, pero un crimen impune es más desastre para el mismo culpable que un crimen punido. Mi oficio no es castigar sino absolver. Eso quisiera, amigo mío. Pero... no se puede absolver de cualquier modo, has de comprenderlo.

Viajero.—No quiero bromas. Si no jura usted que guardará en secreto de confesión...

Fraille.—Depende de si aceptas la penitencia.

Viajero.—¿Tres padrenuestros al Sagrado Corazón de Jesús?

Fraille.—No blasfemes, desdichado. Eso es más de lo que yo te pido, pero no puedes darlo porque no tienes fe. En la Iglesia primitiva se daban penitencias bien fuertes. La mía es dura, pero justa. Es el precio inexorable de mi silencio. Está aquí en estos dos papeles. Este es para firmarlo vos, y este para anotar yo los tres puntos de la penitencia, tal como ahora lo hago...

Viajero.—A ver.

Fraille.—Primer punto: mañana romperás tus relaciones con la muchacha rubia de allá atrás. Le dirás que eres indigno de ella, lo cual es la pura verdad.

Viajero. (*Con furor*).—¡Jamás!

Fraille. (*Impertérrito*).—Segundo: el sábado, al llegar a Buenos Aires, monetizarás tu fortuna y harás llegar de modo conveniente y oculto a la familia del muerto los dos tercios de ella.

Viajero.—¡Pero está loco!

Fraille.—Tercero: renunciarás a tu posición en la «Salt-Beef-Anglo-Argentino-Company», emigrarás a Europa, y a ganar tu vida con tu sudor como un pobre obrero. Salar tu alma estancada y tu cuerpo muelle en el amargor del trabajo y el destierro para redimirlos...

Viajero. (*Lívido, crujiendo los dientes*).—¿Y... si... me... nie... go?

Fraille. (*Tranquilo*).—El hombre grandote allá al lado del capitán. El detective del buque. Él fue quien me facilitó el aviso rojo. Me basta una sílaba...

Viajero. (*Lívido y escarlata por momentos*).—Pruebas... Pruebas... no tienen pruebas.

Fraile.—Te equivocas. Tan tonto no soy.

Viajero.—Un momento. (*En los ojos una luz refucilante que se apagó al punto, extendiendo la larga diestra a través de la mesa hasta tocarlo*). Entendido. Acepto. Le estoy inmensamente agradecido. Haré todo al llegar. Me haré católico. Daré limosnas al clero, a su convento principalmente. Jure usted silencio sobre este crucifijo.

Fraile.—De buena gana. Pero antes firmá vos este otro papel.

Viajero.—¿Qué es eso?

Fraile.—Seguridad para mí de que cumplirás la penitencia en la cual yo te conmuté creyendo hacer un bien, ante Dios y mi conciencia, los estériles años de Ushuaia. Simplemente, una confesión detallada de tu crimen dirigida al juez de instrucción de la Capital. La romperé el día que hayas cumplido tu penitencia.

Viajero. (*Lívido como la cera, como si hubiese recibido un baldazo de agua, crispado en la silla hasta hacerse chiquito la mitad de su tamaño, el blanco de los ojos revirado en relámpagos, las manos golpeando como un parkinsonico*).— Bien. Aquí tengo mi pluma fuente. Un segundo.

Este es el fin del diálogo entre Fraile y Viajero, al menos del diálogo público. Aquí volvieron a entrar en escena los coros, al estruendo tronituyente que siguió a la palabra *segundo*. Un solo segundo tardó el fraile en darse cuenta de su distracción, y ya brilló en la zurda del otro un objeto negro, brillante, cilíndrico. El segundo siguiente habían volado por el aire tazas, florero y bandeja, rodado mesa y sillas, y un fraile macizo aferrando la zurda de un energúmeno que lo aporreaba con la derecha cayó como un bólido entre las parejas de fox-trot despavoridas. Todos corrieron. Mas el fraile sin soltar presa los detuvo con un grito de clown y un jadeante y grotesco monólogo acompasando sus forcejeos:

—¡Quietos! —decía con voz de máscara—. ¡Es una broma! ¡Es carnaval, carnaval todo! ¡Un ataque de yiu-yitsú! ¡No ven cómo pega despacio, y eso que pega derechazos? ¡No me lo toquen, que ya es mío! ¡Atención a la torsión del brazo! ¡Piu-ju-jui, machito! Kikirikí, canta el gallo.

«Kikirikí canta el gallo suicida
kikirikí
canta queriendo quitarse la vida
de miedo a mí, de miedo a mí...».

Era una escena tan absurda como una pesadilla. No se sabía si era lucha o si era broma. El fraile había acogotado al viajero. El otro rugía y forcejeaba. Mas cuando el capitán se aproximó a trancos diciendo: «Basta, esto es inaceptable», ya uno de los contendientes estaba contra la mesa, escondida la cabeza y sacu-

dido en sollozos, que parecían verdaderos. Pero lo asombroso era el fraile. Con los brazos abiertos cubriendo al otro frente al público amontonado, cantaba a lo loco (mientras simulaba una especie de danza india) algo parecido a esto:

«Déjenlo llorar, déjenlo llorar.
Es el pobre mío,
déjenlo sollozar, sollozar
más lágrimas que el vasto mar.
Es un pobre crío.
Este es el carnaval de la vida,
déjennos llorar.
Les dejamos la rica comida,
regalamos la risa fingida,
la plata, la mujer escogida,
nos quedamos con el cielo y mar.
Déjennos ir por el camino oscuro,
opacos al humano mirar,
visibles a Dios solo justo y puro,
descalzos sobre el ripio duro,
desnudos entre cielo y mar».

Y así siguió payaseando, hasta que levantó al otro payaso por los hombros, y llevándolo contra sí como un enfermo, cabeza contra cabeza, salieron del salón de Primera para no dejarse ver más en todo el viaje. Cosa curiosa, una preciosa Browning de señora, pabón negro, fue hallada al día siguiente en la alfombra, y no fue reclamada por nadie.

Esta escena intemperante, que guillotiné la fiesta, y junto con la desaparición del otro Campbell fue escándalo y comidilla de todo el resto del viaje, ocasionó la persistente sospecha del desequilibrio mental del padre Metri, el cual fue acusado de imprudencia a Roma y más tarde, no habiendo sabido sincerarse, desposeído del cargo que traía de visitador general en las misiones chaqueñas. Y esta escena fue también la primera de todas las peloterías incomprensibles que lo hicieron cada vez peor visto de su comunidad hasta su exclaustación, después de la cual se convirtió en el extraordinario misionero ambulante y fundador de pueblos que todos conocen y está retratado en la historia, la tradición y la leyenda del Chaco santafecino.

EL FUSIL QUE TIRA SOLO

«... Y sabrá S. E. que aquí, a causa de las deficiencias de la justicia regular, la gente se la toma ut solum por su mano, y hay muchos crímenes y homicidios...».

(Carta del P. Hermete Constanzi al Poder Ejecutivo Nacional)

—Sí. Es la muerte más insólita y desconcertante que ha ocurrido en el mundo —dijo Don Pedro Cormiq, el juez de instrucción—. El doctor Peñalba fue muerto por un fusil que se disparó solo mientras él dormía en cuarto cerrado a llave de una casa desierta. ¿Qué me dice? ¿Lo conoció Ud.?

Su acompañante era un fraile grande, fornido, de barba negra, vestido bastante irregular: una especie de grueso sayal franciscano, pantalones blancos de soldado, botines patrios con polainas y un chambergo de paja. Pero era hombre tan bien conformado —alto, hombros anchos, cabos finos— y se movía tan flexible, que su irregular vestimenta no le hacía ridículo, a modo de esas mujeres a quienes cualquier trapo les cae bien. O sería que toda la gente de la zona norte santafecina estaba ya habituada a verlo de patrio y a mirar con buenos ojos al gran misionero.

—Lo conocí de fama —contestó este— la cual no era muy buena.

—Pamplinas de la gente —dijo el juez—. Peñalba era buen amigo, hombre de mucha pericia en su profesión. Se vino de Cuba, a causa de la guerra que allá estalló contra los españoles. Era español, del Rif. Aquí siempre marchó derecho.

—Tuvo que ver con la policía de Buenos Aires, creo.

—Es falso —contestó secamente el magistrado—. Esta es la casa. He dejado todas las cosas tal cual desde anteayer —menos el cadáver, naturalmente—, sabiendo que estaba al caer el fraile amigo de los crímenes. Usted verá si este no es despampanante.

—Cuidado—dijo el otro alzando un dedo— no amigo de los crímenes, sino de las adivinanzas. No confundamos.

Habían llegado a un portal de hierro que por un caminito entre rosales daba entrada a un altillo; casita acomodada de pueblo: simplemente un cubo revocado en cemento con un balconcito en el segundo piso. El jardinillo se prolongaba a los lados de la casa, y terminaba en el fondo de la posesión, que era larga y estrecha, en una caballeriza y un alfalfar, tupido este como una verde alfombra de pana. Detrás de la casa y a su derecha había una especie de glorieta hecha por cinco palmeras entre cuyos troncos se había tendido un parral de esa uva dulce y un poco selvajina, que llaman uva americana, cuajada ahora de racimos negros y hojas verdeseco en aquel otoño chaqueño, plácido y triste como un desangrarse de algo, como un error sin remedio. Al llamado del juez, un criollo viejo de barba entrecana, gordo y retacón él, se levantó de un banco de la glorieta y vino a abrir con pachorra. Era el jardinero.

—¿Ha pasado algo?

—Nada, doctor. Lo que hay es que yo quisiera recibir relevo, doctor.

—¿Qué te duele?

—Es muy triste stá casa, doctor. Hay algo negro y pesao aquí, doctor. Y yo tengo tamién que rebuscame trabajo.

Abrió el portón sin prisa. Añadió después de vacilar un momento, con risita tímida.

—Esta madrugada me supe despertar de golpe, doctor, y andaba el muerto por mi cuarto con la boca abierta. Patente, doctor; me pareció, doctor. Usted puede reirse no más. Venga usted a dormir aquí entonces, doctor.

El juez de instrucción rió alegremente.

El nuevo amigo del padre Metri era un mozo excesivamente alto y flaco, medio encorvado y embarullado de miembros, de líneas angulares, movimientos a escuadra, con unos grandes quevedos de carey que le daban una gravedad humorosa. Traía un libraco en pasta española con un dedo adentro a guisa de señal: y accionaba con él acompasadamente. Don Pedrito Cormicq llegó a miembro de la Suprema Corte. Pero ahora era aquel muchacho macaneador y alborotado, lector infatigable, paseante solitario, pescador excéntrico que Metri encontrara un día a punto de ahogarse en el Riacho Grande. Dijo al jardinero:

—Mirá, andá a buscar el ama de llaves del doctor, a su casa. Decile que la necesito. Y después te podés marchar. Mañana quedás libre, si llega como tiene que llegar a hacerse cargo el sobrino de Buenos Aires. Por acá está el despacho, padre Metri, el lugar de la tragedia, Atención que voy a abrir la ventana sobre el jardín.

La tibia luz de una siesta de otoño se colaba por las rendijas y entró a raudales por la puerta, tiñéndose de un tono azulado. El despacho era una estancia empapelada celeste, grandísima, pero había tantas cosas en ella, y sobre todo

tan desordenadas, que daba la impresión de no poder uno ni moverse. Las paredes azules desaparecían casi debajo de vitrinas con aves y alimañas embalsamadas, algunas de las cuales pendían del techo o encombraban las mesas; una biblioteca con volúmenes desparejos, un anaquel con instrumental quirúrgico, frascos, papeles y muebles heteróclitos. Pero lo más asombroso era una cantidad de armas de fuego de todas clases, de tipos antiquísimos, que llenaba los lienzos del muro en panoplias y rodela arregladas de cualquier modo. «Casa de viejo solterón», musitó Metri. «De excéntrico», dijo D. Pedrito. Metri levantó con aprensión un estrafalario instrumento de fino acero con tres patas y una especie de monstruosa tenaza triple al otro lado.

—Sí... —musitó—. También esto me han dicho...

—¿Qué es eso? —preguntó el juez.

—¿No conoce? Es un basiotripsor.

—¿Cosa de médicos?

—O de asesino, según... —contestó Metri, meditabundo—. Un arma más aleposa que todas estas juntas... a veces. ¿Ud. no recuerda lo que dice Josef de Maistre?

—¿De Maistre? —hizo Pedrito con gran aspaviento—. ¿De Maistre? ¿Ese autor que lee Gollán? ¡Ni me lo nuembre a De Maistre, padre Metri! Estoy harto de ese Maistre!

—De Maistre dijo: «Tengo más terror de un médico impío que de un pistolero: porque del pistolero me puedo defender, y además el pistolero a veces va a parar a la horca».

—Mi desdichado amigo no fue un bandolero —protestó don Pedrito—. ¿Se da cuenta qué colección?

—Debió de tener plata...

—Parece. Son todas armas antiguas, estrafalarias, como usted ve. Una de ellas peor que estrafalaria, ¡siesta! Debió ser...

—¿Cuál fue? —preguntó el fraile.

—Mire, ¿quiere encontrarla? Acomódese en ese sillón tal y como estaba el muerto y vamos a reconstruir policíacamente el caso.

El fraile retiró con una vaga sensación de asco la mano del respaldo de un viejo sillón de mimbre; y observó que la había tenido sobre un grueso coágulo oscuro con (¡Jesús!) un trozo de cuero cabelludo. Todo el respaldar estaba cruentado horrorosamente, y dos o tres gruesas roturas marcaban allí el paso de voluminosos proyectiles. El juez cubrió con hojas de diario esas señales siniestras. El fraile se sentó con aprensión.

—Vuelva la cabeza a la derecha, como quien duerme. El brazo derecho caído, con un cigarro en la mano. Los pies adentro de este fuentón con agua tibia. Aquí está a mano todavía la caja de cigarros. Abra los ojos ahora.

El fraile al obedecer vio asendada contra su cabeza la negra boca de un enor-

me mosquete suspendido de la pared frontera. Lanzó una exclamación de asombro. La pared estaba ennegrida por el fatal fognazo.

—Es un arma inverosímil —dijo—. ¿Por qué estaba cargada?

—Tenía la manía de cargarlas y disparar con ellas, para desesperación de los vecinos —contestó el otro—. Muchas otras lo están todavía. La carga de esta era formidable: recortados de plomo, bidones, remaches y tuercas. Una carga de trabuco con un cuartillo de pólvora. El efecto fue horripilante. La mandíbula fue hecha trizas, un proyectil salió por la nuca, encontramos un diente en la masa encefálica. Pobre Peñalba.

El fraile se había puesto de pie y contemplaba con ojos como dormidos el fuentón de zinc, el sillón, la caja de habanos y la cenecita a mano derecha.

—Accidente casual, imposible... —murmuró—. Una casualidad puede inflamar un arma, y otra casualidad puede apuntar un caño y otra casualidad marcar el tiempo; pero tantas casualidades no andan nunca en yunta. Es simplemente absurdo. El fusil no tiró solo.

—Lo malo aquí es que otra suposición cualquiera es más absurda todavía —añadió el juez vivamente—. Fíjese, padre Metri. El doctor Peñalba se recostaba aquí cada día a las once de la mañana con las pantorrillas en un baño tibio de sublimado (para curarse una flebitis) y un habano en la boca. A veces se dormía. La mujer que cuidaba la casa entraba entonces a ver si faltaba algo, y cerrando la puerta con llave se iba después adonde su hija hasta la una, hora en que volvía a servirle el almuerzo. Sucedió que anteayer el doctor le dio franco la tarde por tener ella su hija enferma, moribunda mismo. De hecho murió aquella noche también ella, la hija. Así que entró la mujer, preguntó si faltaba algo, cerró con llave y se marchó. Antes de una hora después suena adentro un cañonazo. El jardinero, que estaba allí mismo ocupándose de aquella jaula de bicharracos, se vino corriendo a la puerta, cerrada; llamó a gritos a los vecinos, y dejando entonces dos de ellos de guardia se fue a buscar la llave de la puerta, muy alarmado. Cuando abrieron encontraron... lo que le dije. Si el fusil no tiró solo, entonces lo dispararon desde lejos, por medio de alguna magia o brujería. Mire, Metri, yo he leído...

—¿Y el cigarro? —interrumpió este.

—¿Qué cigarro?

—El pucho del cigarro. ¿Dónde estaba el pucho del cigarro?

—¡Qué pucho! ¡Ah, entonces usted no sabe! Estos son habanos Monterrey, padrecito, puros de hoja, ochenta pesos la caja. Usted no sabe lo que es bueno. Un cigarro de estos se quema hasta lo último, dejando apenas unos grumos de ceniza blanca ¡Qué cigarros!

Tomó un grueso puro de la caja con cierta duda. Lo crujió con la uña, lo olió, le mordió la punta, lo sujetó en los labios:

—En servicio de mi amigo, y para que usted vea... —dijo.

Lo encendió, parpadeando los dos ojos y soplando suavemente —un viejo tic que tenía— y tumbándose en una butaca, se puso a dar nerviosas chupadas, ennuvolándose como una chimenea.

—Puro aroma y humo —decía— cigarros hechos de puro humo, de aroma, de ilusión, de ensueño y de pereza en las tardes nubladas y frías... ¿Quiere uno? ¿Usted no fuma?

El fraile estaba entretanto al lado de la monstruosa arma homicida, descolgando una a una la panoplia. Sacó una rica pistola morisca de largo cañón damasquinado y culata de marfil, luego un pistolón brutal hecho en herrería campestre, un Colt americano de caño aserrado... La colección estaba hecha sin inteligencia alguna, simplemente se habían adquirido armas viejas y raras. Cuando alcanzó a descolgar el mosquetón, Metri se hizo cruces:

—Esto es asombroso. Es un arma viejísima, una especie de arcabuz con cazoleta o un fusil de chispa, esto es del tiempo de la Independencia o más... ¡Qué! ¡Mucho más! Parece un arma del tiempo de Carlos Quinto, de esas que se disparaban sobre un trípode, aplicando una mecha al oído. Sí, aquí está la horquilla agarrada al garfio, ella fue la que sujetó el arma en el disparo, y con eso y todo casi descuaja el garfio el coso este. ¡Qué cosa bárbara! Se necesita ser loco para tener este armatoste cargado... y para suicidarse de ese modo.

El juez lo miraba sonriendo sentado en la ventana entre aromática niebla.

—El doctor ha sido asesinado —dijo.

—¿Y cómo?

—¡Eso quería yo saber! ¡Por medio de un disparo a distancia! Fíjese, este es el libro de las memorias de Gaboriau, jefe de policía de París. Está lleno de crímenes raros, pero que después parecieron sencillos. Una vez un tipo mató a otro disparando desde una ventana una pistola que estaba en la mesa, por medio de un doble hilo de seda invisible que enrolló al gatillo y retiró después tirando de un cabo, para hacer creer en un suicidio...

El fraile estaba manejando el pesado arcabuz, examinándolo, oliéndolo y creo que hasta lamiéndolo casi.

—Sí —dijo sin volver la cabeza— pero esto no se dispara con un gatillo; esto, no lo olvide, es una pequeña pieza de artillería ligera... ¿Y la llave? —dijo de pronto.

—¿Cuál llave?

—La de la mujer. ¿No la habrá podido dar a otro?

El otro guiñó los dos ojos y emitió un suave silbido o soplido de impaciencia.

—Lo he considerado —dijo—. No puede ser. Una llave la tenía el doctor, está aquí; la otra la llevaba la mujer en un llavero al cinto; estuvo cuidando a su hija entre una punta de gente, todos la veían. Y además, una gran siesta, como diría Gollán, ¿no ve usted que si alguno hubiese entrado lo hubiesen pillado al salir? ¿Por dónde salió después del tiro?

El otro no lo oía más, ocupado otra vez en examinar el arma sobre la mesa. El juez charlaba entretanto:

—Otra vez —dijo— volviendo a Gaboriau, un arma se disparó por un rayo de sol que pasó por una jarra de agua, la cual hizo de lente ustoria. Pero un tipo había preparado antes la combinación fotogénica matemáticamente. Aquí no hay nada. Aquí tienen que haber sido los rayos del gringo Marconi...

Miró a su desatento compañero, que había metido la nariz en la cazoleta del arcabuz y fruncía toda la jeta como un perdiguero que estudia un rastro, el cual se volvió súbito hacia él y le dijo con brusquedad:

—¿Quiere apagar ese cigarro y tirarlo? Me está estorbando.

El otro obedeció con sorpresa maquinalmente.

—¡La gran siesta, como diría Gollán! —dijo.

El fraile volvió con afán a su extraño manipuleo.

—Como le iba diciendo, hay un italiano en Londres que inventó un telégrafo sin alambre, con el cual puede disparar desde una legua de distancia un tiro o dar un ñoqui a otro tipo que está en la loma del diablo adentro de un calabozo. La Nación lo dice.

—Patrañas de los diarios —repuso el fraile sin interrumpir su examen.

—Son ondas de electricidad, por supuesto, como en el telégrafo, solo que no precisan alambre y se vienen no más solitas por el aire para donde quiera el ingeniero.

—Patrañas para los bobos —gruñía el fraile—. El aire no atraviesa paredes. «Non datur actio in distans», como dicen los filósofos. Eso es imposible. Déjeme en paz con esas patrañas. Para ir de un extremo a otro hay que pasar por un medio, dice Aristóteles. Eso no tiene sentido común...

—¿Y eso qué tiene que ver? —insistía el otro muy picado—. La ciencia moderna...

Pero en este instante el fraile alzó algo de sobre la mesa, olió, y se volvió al otro con un aspecto tan excitado como si le hubiesen pegado. Los ojos casi cerrados echaban chispas. La voz sonó alta y trémula.

—Don Pedro —barbotó—, esto es algo de lo más raro, y de lo más simple. Era verdad que el mosquete disparó solo. ¿Tiro a distancia, dice usted? Mucho más fácil que eso. ¿Qué le parece si dijéramos tiro a plazo?

—¿Cómo, tiro a plazo?

—Sí. Figúrese que yo agarro y le digo a esta culebrina: «Usted quédese aquí solita y de aquí a una hora revienta y me destroza aquel fulano»...

El juez empezó a parpadear y sopló como cinco veces. Un rayo de luz cruzó su mente y se perdió, se apagó de nuevo. El padre Metri se había interrumpido inmovilizados de sorpresa sus ojos sobre dos personas que ingresaban el atrio rápidamente:

—¡Bárbara Marchesi! —exclamó—. ¡Usted! ¡Es posible!

—Esta es la persona que hacía la limpieza —anunció bruscamente el jardinero—. Buenas. —Y se marchó sin más cumplidos.

La mujer era una señora de negro, de talla mediana, joven aún a pesar de mechones pálidos en la opulenta cabellera bronceada, que mal contenía un pañuelo de seda. Aun vestida con suma pobreza, había un sutil aire de suma distinción en ella. Parada en el umbral, había roto en sollozos exagerados.

—Padre Metri —balbuceó—. ¡Mi hija! ¡Qué me dice usted de mi hija!

El sacerdote se volvió al otro y le dijo:

—Voy a hablar con ella.

—¿La conocía usted? —dijo el juez.

—¡Figúrese! —replicó el otro—. Su finado marido fue mi mayor bienhechor y amigo. Su padre fue como hermano conmigo.

Y antes que el juez pudiera protestar, se alejaron dos figuras hacia la glorieta, ella sollozando sin cesar, él monologando gravemente. Allá se dejó caer la mujer sobre el banco, y el fraile permaneció de pie ante ella, apoyado en una palma. A la luz mate del cielo nublado, en medio del jardín viejo y desolado, sobre la alfombra flava de las hojas secas, las dos oscuras figuras decían de una dramática tristeza sin esperanza.

—¡Pamplinas! —dijo Pedrito Cormicq, lleno de impaciencia. Encendió otro cigarro, se sentó en el poyo de la ventana y se enfrascó en la lectura del tomo de Gaboriau resueltamente.

Cuando salió de ella había consumido el cigarro y más de medio libro; miró, y las dos figuras no se habían mudado, pero ahora dialogaban con animación. «¡Eh, vamos, es para hoy esto o vamos a pasar la noche!», les gritó con impaciencia; pero ellos no dieron la menor señal de oírle. Tuvo un impulso de agarrar y marcharse; pero la curiosidad lo retenía. «¡Una gran siesta, como diría Gollán!». Agarró otro cigarro de la caja, guardándolo cuidadosamente en el bolsillo del chaleco. Tomó de nuevo el libro, acercó una butaquita, reclinó la cabeza en la reja y empezó a devorar páginas. Pero esta vez el tirón fue más breve: un momento después se levantó a mirar con impaciencia.

Las dos figuras venían hacia él lentamente, departiendo con gravedad. «¡Acabáramos! Una confesión general —dijo arrufado—. Para eso está la Iglesia. No te digo nada, ni que fueran los pecados míos, que deben ser muchos más que los de doña Bárbara».

El fraile empezó solemnemente.

—La señora doña Bárbara Marchesi de Bengoa ha comunicado su decisión de partir a Corrientes donde está su otra hija, cuanto antes pueda. ¿Puede hacerlo hoy mismo, don Pedro?

—¿Por qué no? Nadie más libre de sospecha que usted, señora (dijo el juez compasivamente). Y le conviene huir el recuerdo de estos horribles sucesos, olvidar a su pobre hija...

—¿Sabe usted de qué murió? —inquirió el fraile.

—Sí, es decir... Creo que del corazón, insuficiencia.

—Así es —respondió gravemente el otro—. ¿Quiere hacerme el favor de acompañar a esta señora?

Había ya un ancho crepúsculo dorado, triste. Los crepúsculos de otoño en Reconquista encienden medio cielo en una polvorosa purpurina tan espesa, que parece como si un gran navío blanco rojo y turquí pudiese navegar en ella. Pero la nebulosidad de este día solo dejaba colar una luz cenicienta y mate, inmaterial y opresiva. La mujer lloraba de nuevo. El juez se sentía oprimido. «Hay algo negro y pesado aquí», repitió como el jardinero. Pero de súbito recordó y dijo:

—Antes acabe, padre, lo que me estuvo diciendo. ¿Cómo fue eso del tiro a plazo?

El fraile titubeó un rato mirándolo con embarazo:

—Ah, sí —dijo—. Bueno. Eso es. Ahora caigo. El tiro a plazo. No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague. Es un refrán español. Quería decir yo que cuando hay deuda de sangre con Dios, esta se paga al llegar el plazo, aunque un fusil tenga que tirar solo. Sí, el pecado es una especie de fusil que tira solo...

Y girando sobre sus talones, se largó a los trancos. Y de la otra que había recaído en su mutismo, el juez no logró sacar nada, fuera de llorosos monosílabos.

Tres o cuatro años más tarde, don Pedrito Cormicq era juez de primera instancia en Santa Fe, puesto bien merecido por su decencia y talento; y conseguido por una buena cuña. Supo que estaba en el Colegio de los Jesuitas el padre Metri, haciendo un retiro espiritual o algo así y convaleciendo por orden del obispo de una seria caída. Se fue a visitarlo. Entró en el histórico Colegio de Garay y Hernandarias, la portería estaba aún en la parte antigua. Contempló los pesados porches, los arcos bajos, los muros macizos, el patio de los naranjos, el claustro sin adornos, cluído de sombra fresca y recogimiento; y vio después el nuevo colegio cabalgando encima y devorando al otro, ramplón y cuadrado galpón con adornitos charros, casillero incómodo y chato, sin confort ni belleza, disparate arquitectónico y práctico del costo de un millón de pesos. Los nuevos jesuitas de ahora no poseían la vitalidad de los antiguos, a menos a juzgar por... La fealdad es mala señal: dondequiera hay falta de belleza, hay falta de vida. Sea moral, sea intelectual, sea física. La ley es esa, es una ley biológica, la gran siesta... Interrumpió sus reflexiones acres la callada llegada del padre Metri.

Cuando lo vio, las exclamaciones efusivas que traía en la lengua se le atracaron. El misionero estaba mudado, avejentado, medio canoso, con una figura de agobio. Le dio una impresión de lástima. Se demoró en preámbulos de cordialidad, pero al cabo, después de largos rodeos vacilantes, el juez se dirigió a su tema.

—¿Ha olvidado el caso del doctor Peñalba? ¡Cómo va a olvidar! ¿Recuerda lo que me dijo del disparo a plazo? Yo caí después en lo que usted quiso decir: una mecha, es evidente. Era un fusil de mecha. Ahora quién la puso, el doctor o algún otro, y por qué motivo, nunca se supo.

El fraile empezó a hablar débilmente a sí mismo.

—Ya se acaba tu carrera, Metri. Descargarte de rompiendo en clarazones imprevisibles.

—Una vez —dijo— hubo una joven viuda con dos tus secretos. Esta historia ya no puede dañar a nadie. Le conviene al juez conocerla —dijo.

Levantó la voz y encontró de nuevo su antiguo tono de narrador que tantos triunfos le diera, esa voz monótona, incisiva, prieta de emoción represada y rompiendo en clarazones imprevisibles.

—Una vez —dijo— hubo una joven viuda con dos hijas, la menor de las cuales era excesivamente hermosa. Codiciada, por tanto. Se casó muy bien. La casé yo. Se casó con el mejor partido del pueblo, un gallardo hombre de gran fortuna, hijo de un poderoso estanciero de la zona. Había sido un poco calavera, o mucho, lo mismo da, chinero, como dicen allá, mujeriego hasta decir basta. Son cosas de jóvenes, usted sabe, la juventud tiene que divertirse. Sirve hasta para adquirir experiencia de padre de familia. Al fin y al cabo, esos que han echado un poco el cohuelmo son después los mejores maridos. Ella era casi una niña, Martha Bengoa Marchesi, la veo todavía. Que se recuerde jamás hubo en Goya boda más lucida, ni pareja mejor concertada, ni madre más feliz, ni novia más bella; y la unanimidad del regocijo popular en torno a ella fue cosa nunca vista.

—Ah, viejo, no me venga aquí a hacer propaganda del santo sacramento —dijo don Pedrito con un aspaviento inverosímil de sus largos brazos—. Ya sabe que yo nací para buey suelto, como diría Gollán.

—Espere. Unos meses más tarde la volví a ver de paso en Vera y la encontré desmejorada, más aún, marchita. Estaba pálida y con dos suaves ojeras violetas. Parecía que una helada... Parecía talmente que una helada hubiese pasado sobre un duraznero en flor. ¿Sabe qué había pasado?

—No sé.

—Este... Contaminada.

—¡Ah!

—Se supo después. Ella lo atribuía al anuncio de su próxima maternidad, que la llenaba de ilusión. Dio a luz antes de término, se encontró en la cunita blanca —digamos— llena de encajes y tules con un monstruo lamentable, con un pequeño horror que había costado mucho y había que hacer desaparecer cuanto antes en secreto y bajo tierra.

—Evidente —dijo el otro—. Está bien. Pero no poetice, padre. Eso es más común de lo que usted cree.

—El contragolpe moral fue aterrador. Nadie lo supo bien fuera de la madre

de ella. Una esperanza inmensa tronchada en seco, una ilusión segada al ras de la carne viva. Pues bien, ese suceso horroroso se repitió seis veces, yo no sé cuántas veces. La consternación de la joven crecía hasta la desesperanza. Ustedé figúrese. Ansiaba dar un hijo a su marido, a quien amaba siempre más, con un apego increíble; lo deseaba para ella con esa ansia de ensueño que nosotros no creo podamos nunca mensurar, es cosa de las mujeres. Y vez a vez ese resultado atroz; y la esperanza que renace después más desesperadamente hambrienta y avasalladora. Y con esto, celos del marido y un amor indomable.

—¿Y el otro qué? —dijo el juez.

—Volvió a las andadas, a correr tras las polleras, eso sí con mayor precaución y cierta decencia relativa. Cazaba en coto ajeno, si podía. Se creyó sano por un tratamiento de tres meses de un médico judío. Lo raro del caso es que cuando todo el mundo conocía la tragedia y estigmatizaba al canalla, su mujer no sabía nada, creía estar enferma del corazón, hacía tratamientos y viajes periódicos a Buenos Aires, y tenía a su marido en un nicho en lugar de Dios. ¿Cómo explica usted esto?

—Y... como diría Gollán: así son nomás las mujeres. No las comprende ni Aristóteles.

—Hay mujeres —empezó el fraile reflexivamente— que comunican a su amor una especie de calidad religiosa, una especie de infinitud mística desmesurada. Tal vez haya hombres también, pero son más raros. Lo que nosotros decimos de la tendencia primordial e incontenible de la voluntad hacia el Último Fin... sí, eso es. Normalmente, ella debe desdoblarse en una tendencia absoluta y trascendente hacia arriba al ser supremo, y en varios arroyuelos diferentes hacia los seres creados. Aquí se da una involucreción, una mixtura bárbara y turbia del amor místico y del amor profano, adoptan hacia un hombre las actitudes de adoración, de total sujeción y de aniquilamiento de la personalidad que solo Dios merece, pobres almas. Se ponen de rodillas delante de un ídolo, incondicionalmente.

—Dostoiewski —exclamó el otro, que seguía la divagación con ojos perdidos, ensimismado—. Las heroínas de Dostoiewski. El mismo caso.

—No conozco esa familia —replicó el fraile muy serio.

El hermano portero, un leguito menudo, delgado, de cabeza grande, viveza ratonil y grandes ojos de niño, entró titubeando en la salita adornada del retrato de don Patricio Cullen y buscó en la semioscuridad a los huéspedes. Encendió la luz y dijo:

—Padre Constanzi, ¿usted preguntaba por el padre Roca?

—Sí —dijo el misionero.

—Ha vuelto del médico, está a su disposición en su aposento.

—Gracias, hermanito. Voy en seguida —dijo el fraile.

Miró a su visitante y preguntó:

—¿En qué estábamos?

—En el crimen —dijo el otro—. En la muerte del médico Peñalba. ¿Qué tiene que ver con todo esto el fusil que tira solo?

—Y bien —prosiguió el cura— ella fue la última que lo supo, si es que una vez lo supo; quiero decir, la causa verdadera de sus incurables y multiformes achaques, de su horroroso martirio de cuerpo y alma. El amor le vendaba los ojos. Es decir, a lo mejor hubiese sido un golpe tan sobre todas fuerzas humanas que misericordiosamente la naturaleza le hacía cerrar los ojos a la verdad ultraevidente. Sí, creo que nunca lo supo hasta que murió. Murió como una santa, Dios sea loado. Su madre fue quien lo supo la penúltima.

—¿Y el doctor Peñalba?

—¿Comprende usted la infinita indignación de esa madre al comprender la infamia que se había cometido con su hija? Le digo a usted que el norte santafecino es una selva bruta, no hay ley ni orden, se vive al albur del azar o de la providencia...

—La infamia cometida por el yerno... —apuntó don Pedrito, atento a no dejar divagar.

—El yerno ya estaba en el manicomio atacado de parálisis general —dijo el otro incisivamente—. Había otro culpable, tan culpable como el otro a los ojos de la madre ofendida. Era el médico de la casa, que sabía y calló, que dejó hacerse las bodas, que cerró la boca, ¿entiende usted? —y su voz se levantaba en tonos agudos— por dejadez o interés, la boca cerrada con esa sonrisa cínica, con ese rictus de mofa o desprecio, que lo hacía tan repelente. Pudo prever el desastre, lo vio venir, y lo dejó llegar despiadadamente.

Don Pedrito no pudo retenerse. Silbó dos o tres veces, guiñando los ojos, se alzó y dio dos o tres vueltas en redondo. Se sentó de nuevo y preguntó con dureza.

—Esa mujer que parecía una santa, doña Bárbara... premeditó una atroz venganza y la puso por obra con habilidad demoníaca. ¡La gran siesta! Ni un solo instante sospeché de ella. Brava la mujer, caramba.

—No —dijo el fraile—, no es así, no premeditó nada. Sus sentimientos religiosos a la larga hubieran sofocado su rencor si una maldita casualidad no la hubiese tentado sobre sus fuerzas. Estaba de sirvienta en casa del médico. Otra desdicha. Se les derrumbó la fortuna cuando la crisis, como usted sabe, como a tantos otros. Tuvo que entrar a trabajar. Y de repente, supo. Cuando supo, su humillación la encontró más, la humillación de servir al malvado. El día que iba a morir su pobre criatura estaba fuera de sí y fue presa del antiguo demonio llamado Némesis. Al entrar al despacho de su malhechor, lo vio dormido, un cigarro humeante a su lado, y asestado casi sobre él un mosquete que ella viera cargar y también disparar por medio de una mecha. La acción criminal fue instantánea y no duró ni un minuto: tomar del suelo el cigarro y colocarlo punta

arriba en la cazoleta cebada de pólvora, corregir la puntería. Una hora después su acción instantánea era irremediable. Dos horas después estaba arrepentida, pero inútilmente.

El juez de instrucción se había puesto a trotar en redondo por la habitación en gesto de asombro castañeando los dedos de su larga diestra que parecía un aspa.

—¡Siesta! —decía—. ¡Qué cosa bárbara! ¡Una mujer! ¡En el norte no hay justicia! ¡Andamos con la ley de la jungla, como fieras! ¡Hay que volver a la religión católica, a la monarquía... y a la pena de muerte, como diría Gollán!

Se encaró con el fraile y preguntó:

—¿Dónde está ahora ella?

—Fuera de sus garras, don Pedrito.

—No... No piense mal de mí. Ni por asomo se me ocurre. Curiosidad no más era. Dios le debe haber perdonado.

—Volvió a su tierra natal. Está en Europa. Debe estar de lega visitandina en algún oculto convento de Italia.

El padre Metri se levantó pesadamente, suspirando, y se encaminó a la puerta. Al llegar a ella se volvió y envió a don Pedrito un extraño saludo con la mano acompañado de una prolongada sonrisa triste, y se fue. Algún tiempo después don Pedrito descifró que aquel amigable y ceremonioso saludo quiso decir que no se volverían a ver más en la tierra. Algún tiempo después, quiero decir, al suceder la novena muerte del padre Metri.

PAYADA DEL PARANGÓN
ENTRE LA MALICIA
DEL HOMBRE Y LA MUJER

Entre los papeles del P. Metri se hallaron estas rimas, suscritas por don Higinio M. Calón, nombre no desconocido a mis paisanos. Pero como, mirándolas bien, se advierten en ellas ideas de un moderno poeta inglés y varios escritores italianos de segundo orden, que no pudo conocer el gran mulato cantor santafecino, se entiende que esto debe ser una especie de arreglo (y no una mera transcripción) del P. Metri. He ajustado algunos versos.

(Jerónimo del Rey).

De los bichos del Señor
de pezuña, garra o ala,
el macho es el peliador,
pero la hembra es la mala.

El criollo que caza tigre
en el Chaco o en Formosa,
un poncho envolviendo un puño
y al otro la refalosa,
cuando sale tras un rastro
sabe que arriesgó la vida,
pero sabe que la juega
si es una tigra parida,
porque en los bichos que alientan

de pezuña, garra o ala,
el macho es el peliador,
pero la hembra es la mala.

El cuyano que buscando
nido de cóndor se encumbra
sabe que habrá fiesta y cueca
si el macho cóndor lo adumbra;
mas si no hay pichón y hay huevos
y la señora empollando,
ya no supo lo que viene,
ni si volverá, ni cuándo,
pues todo bicho que alienta,
de pezuña, garra o ala,
el macho es el corajudo,
pero la hembra es más mala.

El toro es cosa de empuje
sobre todo cuando tória,
cuando están embrama y topan
no hay cosa pior en la historia;
con todo y eso los tórian
en la tierra de los godos,
pero toriar una vaca
no es asunto para todos,
porque los seres que nadan
o reman a pata o ala,
el macho será violento,
pero doña Ella es mala.

¿Quién dirá la tijereta,
con ser un «rétil» de nada,
lo saca huyendo al chimango
si le roza la nidada,
y es la madre la que pega
siempre el primer grito y saque
revoliando como chispas
contra el otro badulaque,

porque de todos los bichos
que el mar y la tierra encierra
la mujer es la venganza
y el hombre es solo la guerra.

¿Qué varón clavara un clavo
en la sien de un enemigo,
o le trozara el pescuezo
cuando el otro está bebido?
Ustedes no irán a créerlo
mas la Biblia, libro santo,
de dos mujeres lo cuenta
que lo han hecho, y otro tanto;
pues de todo par que existe
defendiendo nido y cuero,
él es el más peliador
de los dos y no el más fiero.

El caballo solo cócia;
patea y muerde la yegua.
El hombre es guerrero y transa,
da condición, firma tregua,
y en las luchas más fatales
guarda honor y acepta ley.
La mujer tiene sus hijos,
tiene un solo Dios y un Rey,
porque desde el «rétil» que anda
hasta el ave que navega,
la ira del hombre es bruta,
pero la mujer es ciega.

El hombre junta consejos
y para sus parlamentos,
mira pá todos los lados
de la rosa de los vientos;
pero la mujer furiosa
no la para ni el Eterno.
Por eso, pues, las mujeres

no las ponen de Gobierno,
porque si se enoja y manda
justicia seca hora mismo,
ella agarra un país entero
capaz que l'hunda al abismo.

Y es que debe ser que el hombre
tiene oficios mil diversos,
y ella no tiene más que una
quehacer única y debida.
El hombre afuera agenciando
mil tesoros y universos,
y ella guarda dentro délla
lo más caro, que es la vida.
Y por eso de los bichos
de todo pelaje y suerte,
el varón es más robusto,
pero la madre es más fuerte.

LA MOSCA DE ORO

«Precisaría un gran volumen para describir la vida, apostólica y excéntrica, de aquel eficaz varón».

(De las Memorias de don Carlos Roselli, poblador de Reconquista).

El padre Metri (fray Ermete Constanzi) presenció los primeros fuegos artificiales que hubo en Resistencia quién sabe por qué: creo que había venido a la capital del Chaco a hacerse arrancar una muela. La noche esa de los fuegos estaba de pie bajo la cálida bóveda estrellada en mitad del gentío, justo delante el palco oficial que cobijaba al gobernador y a las autoridades, y casi más divertido con los comentarios pirotécnicos de la paisanada que con la misma pirotecnia, a pesar de que esta fue muy buena según decir de testigos —traída de Buenos Aires por la Sociedad Italiana «Unione e Benevolenza» para festejar las bodas de S. M. Humberto Primo—. Se había venido al olor todo el pueblaje de en torno cinco leguas: chacareros gringos (ni qué decir) mensús de los ingenios, peones y reseros, hacheros de los obrajes y hasta indiada mansa, una muchedumbre recia que se arremolinaba alrededor de los mágicos fogones en nutrida y ondulante corona; y para la parte «caté» de la ciudad se habían levantado más lejos tablados con sillas y sitiales no del todo exentos de herrumbre por abajo y de «cuetes y buscapieces» por arriba. El fraile recostado con desgano a un poste del palco oficial tenía a un lado un grupo de jinetes muy atareados en la guapeza de sofrenar sus montados, que tiritaban, piafaban y bufaban, materialmente locos de espanto —ocurrencia de estos gauchos brutos no ser capaces de dejar el caballo ni para ver relámpagos con truenos y luces malas—, y delante suyo había un grupo de peones de crencha negra y chiripá sucio en pleno éxtasis de asombro y regocijo, que solamente había que oírlos. Uno tenía un huaynito de unos siete años parado sobre los hombros, y gritaba a todo pulmón a cada nueva rueda multicolor que se incendiaba:

—¡Ayjuna gran perra que lo retiró y la punta del sauce verde! ¡Mirá Panchito! ¡Mirá Panchito! ¡Mirá Panchito! —Como si el pibe fuera capaz de hacer otra cosa—. ¡Qué no inventan estos gringos de la gran flauta!

Un mulato repetía con gran convicción y a gritos sin saber decir otra cosa:

—¡De l'Inglaterra l'han traído, a mí no me vengán a decir! ¡De l'Inglaterra! ¡A mí no vengán a decir! ¡De l'Inglaterra! ¡De l'otro lao l' Uropa l'han traído! Son pólvora de colore. ¡Guarda! ¡Uepa, ch' amigo, yporá catú, añá-rah-y, que disparó feo! ¡Uepa el otro ahora! ¡Guarda loco viejo que se le desbocó el jueguería! Cha que somo loco. ¡Uepa ch' amigo y otro! ¡Y otro más!

Y así entre la gritería, los estruendos, chillidos, incendios multicolores, estrellas de pedrería, artillería celeste, roja y plata con humaredas y quemazones de ensueño, llegó el clú del espectáculo, las moscas de oro. Una llamita verde dibujó contra el cielo una gran colmena fulgurante que empezó a vomitar por sus cuatro piqueras un enjambre tupidísimo de chispas doradas, que revoloteaban en torno, partían a todas direcciones y estallaban con ruido graneado de fusilería. Como una enjambrazón de abejas en un sol de fantasmagoría. La vista era pasmosa y el estruendo ensordecedor. La muchedumbre estaba absorta: sin embargo en este preciso momento fue cuando se agitó de golpe la fiesta. Aunque parezca increíble, un clamor humano, un grito de muchas voces juntas superó el granizado bombardeo, llegó hasta los palcos, y desparramó hasta el último espectador la tétrica noticia.

—¡Una muerte! ¡Una muerte! ¡Un hombre muerto!

El grito había partido de la delantera del monstruo de mil cabezas, el cual se arremolinaba peligrosamente. El fraile se abrió paso a tremendos empujones. Una voz dijo a su lado: «¡Cayó Sanabria! ¡Es el Gato Sanabria!». Otras voces comentaron rencorosamente: «¡Así tenía que acabar! ¡En su ley!». «¡Le dio un ataque!», exclamó otro. «Soy cura, dejen pasar», gritaba Metri, navegándose la turba a codazo seco.

Finalmente llegó al núcleo del loco remolino y casi cayó sobre un despojo tumbado de bruces en el suelo, que dos hombres medio ahogados por la apretura estaban poniendo boca arriba. Parecía un muñeco de trapo.

—¡Fuera! —gritó furioso el fraile—. A ver ustedes cuatro si pueden hacer cancha (vos, vos y estos dos) que de no lo vamos a matar del todo...

A la luz viva de la colmena ígnea que todavía chisporroteaba alegremente, una cara redonda y congestionada, negra de polvo y sangre, que encuadraban dos manos crispadas, apareció en el centro del círculo, los labios moviéndose. El fraile se arrodilló y aproximó el oído. El moribundo dijo:

—¡Me han... asesinado! Golpe de atrás. Rebenque. Busquen. Cobarde. Golpe tremendo. Muero.

Era verdad. Burbujas de sangre reventaban en la boca estertórica y los negros ojos se empañaron. El fraile intimó.

—Dentro de poco estará delante de Dios. ¿Se arrepiente de sus pecados?

La boca del herido se despalancó toda y de su garganta brotó un sonido sordo. No había un minuto que esperar.

—«Misereatur tui, Omnipotens Deus —dijo Metri alzando la mano— et dimissis peccatis tuis»...

En ese momento el bramido del pecho del moribundo se hizo inteligible y el fraile escuchó las siguientes palabras pronunciadas con lentitud y claridad siniestra:

—«Dóminus Jesus Christus te absolvat, et ego, autoritate ipsius, te absolvo, ab omni vínculo evcommunicationis et interdicti in quantum possum et tu índiges. Deinde ego te absolvo a peccatis tuis, in nómine Patris, et Fili et Spíritus Sancti».

¡La fórmula de la absolución! El asombro había enmudecido al sacerdote. Quiso repetirla él, como debía, y en ese instante un brutal empujón lo incorporó mientras una mano poco dulce lo retiraba a un lado. Unos agentes de policía habían traído linternas y hacían cancha con brutal apuro. El médico de policía había ocupado el lugar del fraile, y al lado suyo la alta figura del gobernador se recortaba en la noche como una imponente figura de Rembrandt roja y negra.

El médico se alzó en seguida y dijo:

—Este hombre está muerto. Apoplejía probablemente. Nada que hacer yo.

El fraile se desprendió con verdadero furor de los brazos del milico, se arrojó de nuevo, y absolvió casi a gritos el cadáver. Entonces lo reconocieron.

—Un pobre —dijo el cabo—. Déjenlo.

El sacerdote se alzó hecho una furia. Se encaró con el Gobernador y el médico y empezó a increparlos con amargura:

—¡Ahí lo tienen! ¡Ahí tienen el desdichado que fue instrumento de ustedes! Muerto sin confesión. Usted que ya no lo puede curar me impide que yo lo absuelva. Y eso es en puridad lo que hace usted cada día con tantos colonos, impidiéndoles llegar a tiempo y cerrándoles las puertas del cielo. Algún día dará cuenta a Dios. Médico de cuerpo, asesino de almas. Eso es un crimen, más crimen que el que mató al pasquinero Sanabria. Porque este hombre no ha muerto de apoplejía, sino de un atroz golpe en el cráneo con un cabo de rebenque. Ha sido asesinado.

El médico cayó de nuevo sobre la lívida cabezota descompuesta y la palpó cuidadosamente. Cuando se alzó, se oyó su característica risita sarcástica.

—La autopsia dirá qué —dijo—. Pero de un golpe en el cráneo sencillamente idiota, no hay el más leve chichón y la caja cranea está ilesa.

Se volvió al gobernador y dijo riendo:

—Este es el mentado padre Metri.

Se volvió al fraile y le dijo:

—Mañana a las diez en la comisaría a declarar. Usted parece que sabe algo. Y no intente hacer estupideces.

Y mientras dos agentes angarillaban al muerto y la muchedumbre se volvía en grupos cabizbajos, una corona de estrellas policromas subió al cielo y como una atroz ironía empezó a deshacerse en lluvia de monedas de oro, de rosas de púrpura, de florones de sangre, de ojos de gato, en un fondo de humo color naranja...

Era voz corriente en Resistencia que el doctor Leónidas Mascagno, socialista, el que como Diego Corrientes se preciaba de curar de balde a los pobres y sangrar a los ricos, impedía también sacramentar a sus enfermos con esta frase temerosa para la gente humilde: «Donde entra el cura no entro yo. Ustedes elijan». También era voz común, que el Gato Sofanor Sanabria había de morir un día «con los botines puestos». Este era un ciudadano español, director de Prensa Libre, hojita semanal que llevaba como subtítulo «Defensora de la libertad, la democracia y el derecho». Este hombre tenía un talento fenomenal, al decir del pueblo: hasta latín sabía; lástima que era medio sinvergüenza. Ello no obstaba a que su despabilada hoja fuera devorada con delicia, aun por las personas más decentes, incluso el cura y los maestros. ¡Tenía una gracia este sinvergüenza para sacar el cuero al prójimo! Es cierto que algunas veces iba muy lejos: chismes envenenados, calumnias atroces, adulterios veros o supuestos y otros gatuperios gravísimos había echado al viento, con hábiles alusiones. Corría la voz que extorsionaba dinero a cambio de su silencio. En suma, era un canalla; pero era un canalla respetado o al menos absolutamente inmune. El secreto era estar siempre bien con los de arriba y no atacar jamás a muchas víctimas a la vez. Cuando Sanabria le «ponía los puntos» a uno, todos los demás reían —pueblo chico infierno grande—, sin precaver que mañana le tocaría a otro. El padre Metri sintió como una náusea de asco: maldiciente vulgar, verdadero bandolero de la pluma, resumidero de veneno y humana víbora, el pasquinero Sanabria era llevado en palmas por el Gobierno porque era un rodaje necesario de la máquina electoral. Si no estuviera mal maldecir de un finado...

Llegó con retraso al juzgado, el doctor había hecho ya la autopsia y estaba explicándola al gobernador, al jefe político, al juez de instrucción, al comisario, al cabo cuarto y a la chinita Bonifacia que contemplaba horrorizada los pedazos de calota o de cerebro que el galeno manoseaba, perfectamente olvidada de su función profesional de cebar el mate. El médico mostraba un sanguinolento pedazo de casco cerebral aún cubierto de cuero cabelludo y peroraba con fuerza:

—... un hombre que no tuviera espíritu científico. Un hombre sin un corte de cerebro científico hubiese dicho: ojos sanguinolentos, hemorragia bucal, facies congestionada, masa encefálica bañada en coágulos de sangre ¿qué significa eso? La cosa era clara, ¿no es verdad? Apoplejía. Yo no. Yo estoy acostumbrado al método experimental.

Puso la calota a la luz y dijo:

—Yo hice trasquilar al melenuado Sanabria, fotografié la cabeza, y la deshice metódicamente. Ya el peluquero encontró en la nuca un pequeño coágulo. Hay que ver que el gallego Sanabria tenía una melena aceitosa como para nidar de cucaracha. ¿Y? Ningún chichón, señores, atención —mirando al fraile—. Pero ¿qué es esto que está aquí en el seno posterior del occipital, voto a Cristo? Un agujerito de dos a tres milímetros, señores, hecho con la perfección de una perforadora eléctrica. Y aquí empieza el misterio.

Los oyentes se habían arrimado vivamente, y constataban con asombro el fenómeno. En el trozo de cráneo rapado correspondiente a la nuca una limpia estrellita de borde rojo colaba la luz de la ventana. El gobernador hizo un gesto de asombro.

—¿Balazo? —preguntó.

—No existe arma ninguna de calibre tan diminuto —replicó el médico—. Si existiera, la bala no podría tener fuerza para perforar tan limpio este casco, gobernador. Y los tres testigos ¿qué han dicho? ¿No estaban detrás del muerto? Ningún tiro, ningún golpe de rebenque sino Sanabria que se lleva las manos al mate y se va de boca como un tronco, de golpe.

El juez de instrucción examinaba el hueso con atención extática. Opinó meditando:

—Una esquirra. Una astilla de madera o de hierro, un trozo de alambre calentado al rojo que se desprende de los fuegos de artificio y alcanza al hombre. Sí. Supongamos un recortado de alambre como los de gomera de muchacho puesto al rojo. Una chispa de oro, las malditas moscas de oro del italiano ese.

El médico rió sardónico:

—Sí... una mosca de oro que da vuelta carnero en el aire para clavarse en la nuca de un hombre. Reflexione, doctor. ¿Y dónde hay aquí señal de quemadura? Pero su mosca picó y se fue, doctor Masedo. Porque en el cerebro no encontré absolutamente nada.

En ese momento, sonó la voz del cabo cuarto.

—¡Pero Bonifacia, estás aquí toavía, qué andás haciendo, marche inmediatamente a la cocina, grandísima descarada!

La chinita con el mate en la mano, que había estado acechando muy curiosa, se aproximaba al muerto hipnotizada.

—¡La mosca de oro, Karai²—decía—. Yo la conozco. Hay en mi tierra, Karai: en Paraguay y el Brasil, Karai. Pica y pone güevo y se va, y sale un gusano rechoncho como un barrilito, duro, con cerditas negras, a modo de catanga blanquecina, Karai. Y el gusano come la carne, y va haciendo un canalito en la carne, ¡y aujerea el güeso limpito con un aujerito igual a ese!

Todos los circunstantes rompieron a reír sin ganas. La muchacha levantó

2. Karai: «señor», en guaraní.

con impudor hasta la mesa su patita descalza y señaló el tobillo.

—Es una mosca dorada que se llama ña-caú —dijo—. ¡Mire la cicatriz Karaí! ¡De aquí me lo sacó el doctor González! ¡Mire si no es el mismo tamaño y laya! ¡Igualito que ese de ahí fue el aujero del tobillo!

El cabo tornó del brazo a la negrita y la sacudió sin contemplaciones. Pero ella no cejaba:

—Se le pasmó —dijo— al mbaracayá³ Sanabria. Seguro. La mosca le entró por la boca, durmiendo (un suponer), y el gusano le bandió los sesos y salió por el otro lao. Y cuando abrió el güeso, entró el aire y se pasmó la herida y murió el mbaracayá; porque una herida nunca uno no la siente hasta que se enfría. ¡Seguro, doctor, seguro!

—Retírate muchacha, estás estorbando —dijo una voz detrás de ella.

Todos miraban al fraile, que habían olvidado; pero él no los veía. Con el ceño fruncido clavaba los ojos en el cráneo despedazado, como a taladrarlo de nuevo. Se alzó la voz del médico, sarcástica:

—Reverendo sacerdote —dijo—. ¿Qué explicación propone? Usted que es teólogo... ¿No le parece científica la explicación de la «huayna»? ¿Qué dice la teología sobre eso?

El membrudo misionero le levantó unos ojos como dormidos, y sonrió, como un tonto.

—Y bueno —articuló lentamente—. Del punto de vista teológico me parece bien la explicación de la muchacha. Del punto de vista físico, doctor, yo propondría un recorrido.

—¿La mosca de oro, eh?

—O bien de plomo. Sí. Pero caminando al revés. Y ¿qué hay de imposible en eso, a ver? Esas moscas metálicas, azules, verdes y doradas, van a lo podrido. ¿Acaso no estaba podrido el cerebro de este hombre? ¿Su boca no echaba continuamente mal aliento, teológicamente hablando? Era un hombre de talento, sépanlo, y un hombre de estudio. No porque lo hayan visto degradado, amancebado con una china en un rancho asqueroso, con cinco o seis hijos hambrientos, envenenando a su pueblo, y lamiendo los pies de los mandones... Era un hombre de estudios, un hombre nacido para la vida intelectual, pero su intelecto se había pervertido. Había nacido para el más alto oficio, para la más alta dignidad que hay en la tierra, que es buscar y enseñar la verdad. Ustedes mismos lo usaban como ariete y mano de gato, lo respetaban y lo temían. La inteligencia, por degradada que esté, es una fuerza cósmica. ¿Por qué se llaman ustedes libre pensadores? Oponen el pensamiento a la religión porque sienten que el pensamiento es la cosa más sutil, más fuerte, más terebrante, más vivaz y más explosiva que existe. Pero ¡ah del maestro que traicionó su alto llamado!

3. Mbaracayá: «gato», en guaraní.

«Guardáos de los falsos profetas», dijo Cristo.

—¿Es verdad que fue sacerdote? —interrumpió el gobernador con un gesto.

—Teológicamente fue un cerebro podrido, es decir la cosa más horrible y más parecida al demonio que hay en el mundo —prosiguió el cura impertérrito—. Y entonces vino la mosca, con alas de fuego movidas por la ira de Dios... Yo hablo de una mosca de metal con alas de fuego, mucho peor que la de Bonifacia. Pero no le entró por la boca y salió por la nuca, sino justamente al revés. Entró por la nuca y salió en un borbollón de sangre que manchó estas manos mías. Estoy seguro. Allá la hallarán ustedes entre el polvo y el pasto, si fuera posible hallarla después de aquel pisoteo.

El gobernador asintió.

—Una bala. Ya lo dije yo. Es evidente, una bala minúscula. Astuto asesino. ¿Dónde poder soltar un tiro que no se advierta, oiga ni vea? En el medio de unos fuegos artificiales.

—Pero, permítame, gobernador, permítame —barboteó el médico exaltándose—. ¡Es imposible! Ya lo indiqué antes. ¿No ve el calibre de este orificio? Es el de una munición de liebre. Y una munición se hubiera aplastado contra el cráneo, o resbalado bajo la piel, inevitablemente.

—Disparada con una fuerza enorme —dijo el fraile.

—Si usted tuviese un cerebro de corte científico —exclamó el médico impaciente—. Ni disparado con un cañón puede un perdigón horadar un cráneo como un barreno de acero. La percusión es proporcional a la velocidad y la velocidad es función de la masa. ¡Compréndanme! Aunque un gigante me tire un corcho de botella, no me va a atravesar el cuerpo. Aunque un titán me arroje una hoja de papel, no me va a cercenar la cabeza. Si Hércules mismo me tira con una pluma, no me va a romper las costillas. No hay peso bastante. Esta mosca de aquí tendría que volar más que un vendaval y pesar mucho más que plomo...

—¡Pesar más que un plomo! —gritó el fraile sobresaltado.

Se quedó frente al médico con la boca tan abierta, que este tuvo ganas de meterle adentro el trépano que tenía en la mano. La cara se le demudó toda y la mirada se le volvió para adentro. Un instante pareció que ni respiraba. Después volvió la cabeza, y encontrando la ventana, empezó a mirar las casas en frente, recorriéndolas lentamente, hasta que se posó en una, allá lejos.

Al fin suspiró, y dijo:

—Bien. Ya sé. Ya sé cómo fue y también quién lo hizo, y lo que tengo yo que hacer. Doctor, hasta luego. Busque a ver si encuentra la mosca fatídica, la mosca de plata holandesa, pesada y brillante como una chispa de fuego.

Y salió, sin despedirse ni hacer el menor caso del gobernador que lo voceaba.

«Los crímenes misteriosos son los más fáciles de descubrir. En un crimen vulgar, usted encuentra al autor allí mismo o no lo encuentra más, porque se cortó al Paraguay o se perdió en la masa humana con su fatal secreto. Pero en

un crimen bien planeado, apenas el asesino se pone a hacer cosas para encubrirse o inculpar ajeno, entonces empieza a sembrar rastros propios. Si este sujeto hubiese asesinado a su enemigo con un vulgar Colt 38 jamás lo hubiese yo rastreado», pensaba el padre Metri, sentado tranquilamente esperando turno al atardecer de aquel día en la antesala del dentista. «Elías Pontanchis, cirujano dentista diplomado», rezaba la placa de cobre de la antesala, salita alargada más bien sombría, con un sofá manido y butacas de diversas hechuras, empapelada de flores rojizas y ornada con una oleografía de la batalla de Maipú, otra de Alfonso XIII, una acuarela con una ninfa en cueros, y una tarjeta de mimbre. Dos chiquilines del dentista, varoncito y nena, vestidos de guardapolvos negros, jugaban allí bochincheramente.

El fraile los miró un momento con ternura.

La nena, que tendría unos cuatro años, había inventado un yiu-yitsu para tirarlo al suelo al varón, bastante mayor que ella: una maniobra en dos tiempos que repetía siempre igual con agudos grititos de júbilo y risotadas. Pero cuando el pibe se ofendía y la tiraba a ella, se ponía simplemente a llorar y le decía: «¡Malo!». Otro pibito, retenido en el regazo de una señora gorda en turno, miraba con envidia la escena. De repente se desprendió de la madre y quiso hacerse invitar, acercándose a los alborotados con una sonrisa estereotipada de lo más gracioso: una sonrisa tímida y ancha de humilde súplica y enorme comprensión y simpatía, que vertida al castellano era: «¿Por qué ustedes no se dan cuenta de mi existencia y juegan sin mí? ¿No ven qué simpático que soy yo?». Pero recibió una dolorosa repulsa.

El varoncito cesó un momento, le miró de arriba abajo y le dijo categórico:

—¡Vo no só de nosotros!

El pibe forastero se apoyó en el sillón con un amago de pucherito. La madre seguía leyendo su revista. El fraile suspiró y dejando de contemplarlos prosiguió una especie de operación aritmética que había comenzado en la carátula de un Caras y Caretas.

En el papel había estos signos cabalísticos:

$P. = d \times m.$

dens. plat. = 393,4

Masa = $\frac{4}{3} R^3$

$\pi = 3,141517$

$R = 0,0025$

$X = \frac{393,4 \times 3,141517 \times 4 \times (0,0025^3)}{3}$

3

Acabadas estas cifras, sacó del bolsillo un perdigón mediano de cartucho para liebres, y por otra parte una cantidad de diminutos perdigones pateros, y sope-

sando en la diestra el uno, iba añadiendo unidades de los otros al mismo tiempo que hacía cálculos en voz alta. Miró alrededor y vio que estaba solo: el último. Entonces un incidente en el juego de los niños lo distrajo, y atrajo nuevamente. Sigilosamente había entrado un mayorcito de unos ocho años, también de riguroso luto, y mostraba a los otros deslumbrados un objeto metálico, celándolo como un culpable.

—Lo encontré en el aljibe —decía—. Me mandó Ugenia a sacar un balde y me lo encontré.

—Te va a dar padre —dijo el menor.

—¿Y por qué? ¿No es mío acaso? Me lo regaló tío a mí. Padre se enojó porque no pudo matar el gato. Tienen siete vidas los gatos. Se le aplastó la bala en la cabeza en vez de entrar. Tienen dura la cabeza los gatos. Pos eso lo habrá tirado padre. Pero yo me lo pesqué, y entonces le he de pedir a padre que me dé «otrávé» las balas.

El fraile miraba intensamente. Sacó una estampa del bolsillo y llamó al chico con la mano.

—Déjame ver tu matagato —le dijo.

Era en efecto una de esas pistolas de niños, de calibre diminuto y construcción tan somera que son peligrosas. Todos los que hemos tenido matagatos de chico nos hemos baleado. El fraile tomó el arma y se entregó a una inspección extravagante: la examinó, la olió, metió el pico del pañuelo en el caño y olió el pañuelo; y por último la empuñó y, ocultándola bajo la manga del hábito, gatilló una o dos veces como quien tira cautelándose mucho. En ese momento el chico dio una exclamación de alarma, y el padre Metri vio al dentista que lo miraba desde la puerta del consultorio con ojos furiosos; mientras salía el chiquilín forastero con la señora gorda.

—¡Jaleo! —exclamó el fraile—. ¡Me ha visto!

El dentista sabía ser un hombrecillo petizo, arrugado, cojo, de aspecto sumiso. Pero ahora estaba transfigurado de rabia. Balbuceó dos o tres gruñidos confusos y al fin barbotó con ira:

—Váyase de aquí. No lo puedo atender. No puede usted hablar con mis hijos. Es tarde. ¡Márchense inmediatamente de aquí, malandrines! —gritó a los chicos despavoridos.

Pero el potente fraile hizo todo lo contrario. Se incorporó súbito y se dirigió a la puerta; y dando un tremendo empujón al tío plantado en ella lo metió y se encerró con llave. El resultado fue bien inesperado y más allá de mis intenciones. El dentista, que tenía una pierna seca y nunca andaba sin bastón, rodó por el suelo lastimosamente, y se agotó después en esfuerzos por levantarse, hasta que su contrincante le tendió la mano; y entonces estalló en un terrible sollozo o rugido, dejándose caer en un sillón con la cabeza entre las manos.

Lo miró con lástima largamente. Decían que era un hombrecito extraño, sin

relaciones, sin amigos, llegado de la Capital hacía unos meses, siempre retraído, preocupado de sus tres chicos, irreligioso, ateo, hereje, susurraba la gente. En este momento era una pobre cosa humana transida en inmenso y desesperado desconsuelo. El fraile no obstante dejó caer palabras duras:

—Solo el joyero y el dentista —dijo— manejan platino, metal caro y raro. Joyero aquí no hay, dentista uno solo. Cuando vi que el Gato Sanabria había sucumbido a un proyectil de platino, vine aquí. ¿Por qué lo hizo?

El otro levantó la cabeza al oír el nombre de Sanabria y apretó los dientes.

—¡Canalla! —tartamudeó—. Mi mujer.

—¿Muerta? —apuntó el fraile, recordando los chicos de luto.

—Vive. Vive mal. Mala mujer. Me abandonó. En Buenos Aires. Es preciso que mis hijos crean que ha muerto. Y ese hombre me amenaza contar mi historia en su diario. Me sacó plata, plata, plata. No había más remedio que matarlo. ¡Mis hijos! La ley dice: ojo por ojo y diente por diente.

El rostro del fraile se ensombreció todavía:

—¡No había más remedio! —exclamó—. ¡Un asesinato no remedia nada! Jamás el mal remedia el mal sino que lo aumenta. Mire el remedio que ha conseguido usted con su crimen: nunca más se sentirá usted padre de sus hijos; y ellos mañana serán hijos de una ramera y un presidiario.

El efecto de estas palabras fue fantástico. El hombrecillo se retorció como tocado por un rayo. Incorporándose, se arrodilló en el suelo y después se postró en tierra con los brazos rodeando la cabeza; y entonces empezó a gemir o cantar una especie de salmodia incomprensible, desgarradora, más triste que la muerte. Acostumbrado a actitudes y a momentos extraordinarios, Metri no pudo sin embargo reprimir su asombro. Comprendió que era una actitud religiosa y una especie de plegaria, aunque para él desconocida. De repente empezó a entender algunas palabras y comprendió qué lengua se mezclaba allí al castellano:

«Mimma gha makkin kerafiha Jahué.

Adonái shin — gau bekolí...».

El llanto tristísimo del pobre hombre decía más o menos:

«Nunca más padre de mis hijos y ellos hijos de un preso. Así es. Lo sentí desde el primer instante.

Al tomar a mi nena en las manos llenas de sangre alucinante.

Llegó el fin. Las tinieblas cayeron sobre mí y la ruina abrió su boca.

La tierra me es un hierro candente y el cielo es una roca.

He aquí que mi triste vida llena de males se hizo pedazos.

Ya tengo derecho a irme, el infierno me abre sus brazos.

Lisiado salí del seno materno, mi padre me despreció.

Esta vida es demasiado para mí. Se acabó.
La Vida me corrió con dos pies y yo tenía una pierna inerme,
Mi madre murió al parirme por no verme.
Mi mujer para no estar conmigo se prosternó a un transeúnte
Y ahora se entrega por dinero al primero que se le junte.
Mas he aquí yo tengo en mi mano la llave y la decisión irrevocable,
Y si Dios existe y mi suerte le interesa, que hable».

Esta salmodia tal como lo pongo aquí lo escribió más tarde el padre Metri para dar una idea a mi tío Celestino de lo que decía aquella plegaria-sollozo que como una lava candente rugía mezclando versículos de salmos hebreos con frases castizas y exclamaciones de tristeza inenarrable. Pero después se supo que en ese instante Metri no estaba para versos: sino inclinado sobre la víctima, levantándola en vilo y estrechándola a su pecho, como un papá con un chiquilín caído. Y sus ojos estaban llenos de lágrimas. Y sus modales arrebatados se habían hecho torpes y cuidadosos.

—¿Israelita? —preguntó.

—Sefardí —gimió el otro—. Rabbino.

—Tu Dios es mi Dios —dijo el fraile—. Siéntate y escucha.

Para sacar a una criatura humana de un clima emotivo hay que hablarle seco, desapasionado, intelectual, hipnotizante. Pero hay que hallarle de su propio caso.

—Tu caso es común —empezó el fraile, reteniéndole una mano—. No eres el primero ni el único. Ya los antiguos llamaron ignavia a ese terrible sentimiento de inferioridad que acarrea al alma los defectos físicos irremediables: una timidez, tristeza y derrota amarga, un terrible concentrarse de todas las fuerzas anímicas en el punto débil para cubrirlo, una delicadeza exagerada, una necesidad de ser ultraquerido y mimado. Así mismo, cautelosa, tímida y sutilmente se venga el hombre resentido de la vida, el *Lebenracher*. El estilo de tu crimen es revelador; debí haberlo adivinado. ¡Y para mejor tenías hasta por raza esa herencia de la triste ignavia!

Se detuvo a mirarlo un rato. El otro sollozó silenciosamente.

—Yo puedo ver toda tu vida desde aquí como un cuadro... —continuó Metri—. Tu padre te trataba con dureza... quizá el pobre quería curarte, endurecerte. Te empeoró. Son las madres con su previsión divina las que pueden tocar esas llagas, cuando ellas son buenas; no la tenías. Para los padres vulgares muchas veces el problema es por demás complicado. Los sacerdotes, que debían suplir, por falta de ciencia a veces ni lo ven. Y así sube la plantita humana roída en la médula misma —dijo Metri.

Suspiró. Miró al hombre a los ojos.

—Yo —dijo—. Yo he tenido una terrible inferioridad física visible y vergonzosa.

Estuvo mirando un rato en el suelo.

—La depravación o el heroísmo, la encrucijada de casi todos los contrahechos. «Mala facies, malum facies», decían cruelmente los paganos: el hombre contrahecho tiene el alma torcida. Pero el cristiano conoce otra solución mejor. El cuerpo contrahecho se hará un alma sublime. Pues es difícil que pueda mantenerse en el medio y ser un hombre común. Los otros hombres comunes no lo dejarán. Y más cuanto más comunes sean. No hay cosa más despreciadora que el hombre mediocre y satisfecho. Tu mujer debió ser una mujer mediocre. Pero probablemente pecaste contra ella de falta de firmeza. La mujer debe ser sostenida. Una mujer sin religión es punto menos que una vaca. No la culpes a ella sola. Jamás el hombre debe culpar de sus desdichas a los demás solamente.

—¿Qué remedio queda para mí? —preguntó el lacerado.

—Suicidio —dijo el fraile severamente—. Has estropeado más tu causa con este crimen. Una derrota más se sumó a las otras. La mosca metálica se te alojó en el corazón para siempre. Con esa indignidad has minado hasta la pureza de tu apasionado amor paterno, que era el resorte que te quedaba. ¿Quieres saber cuál es ahora tu único camino?

El judío asintió vigorosamente:

—Vivir para tus hijos como esclavo de ellos —dijo—. No como padre. Rebañándote en tu corazón hasta la tierra, servir a Dios en esas criaturas tuyas.

—¿Nunca más podré apagar, borrar, olvidar esta horrible vergüenza y repugnancia, esta molestia insufrible que sentí ahora al tomar mi nena en brazos?

—Es muy difícil —dijo el otro—. A menos que no resucite el muerto... o bien algún día salves la vida a un hombre, o bien...

El fraile miró largamente la lejanía y cuando volvió a hablar su gesto tenía casi la seguridad de un profeta sacro.

—Algún día aparecerá tu mujer en tu casa —profirió— más degradada que una perra, fea, vieja, gastada, y humillada hasta la tierra por la cruel lascivia del hombre; y sin embargo orgullosa, caprichosa y depravada. Y entonces tú la recibirás en tu casa y curarás sus pústulas con la energía sobrehumana que no tuviste para impedir que se fuera. Esta es tu redención única. Esa es tu penitencia.

—Jamás, por Dios vivo y verdadero —gritó el desdichado, descompuesto y perlático—. Jamás traspondrá mi umbral, jamás verá a mis hijos, no infectará mi casa o la mato. No hay fuerzas en mí para eso, no se me puede pedir eso. No puedo. En nombre de Dios, no puedo. Rehúso.

Toda su agitación se había convertido en un manso llanto que corría a hilos interminables de sus ojos cerrados, mientras repetía suplicante:

—No hay una sola gota de fuerza en mí para eso.

El fraile lo miró un rato: lloraba serenamente, las manos sobre las rodillas, inmóvil, sosegado. Y entonces el fraile con gran deliberación y tiento, en punta de pies, como para no despertar alguno, ganó la puerta sin rumor ninguno y se marchó sin más trámites. Mas al llegar al pie de la escalera notó que había

perdido en la lucha del consultorio su gran crucifijo de bronce, el crucifijo de los votos, que llevaba siempre atravesado al cinto como un facón, al modo misionero. Volvió con las mismas precauciones a buscarlo, y al entornar de nuevo el batiente, vio esta escena.

El dentista había alzado el artefacto y lo tenía sobre una rodilla, la otra mano en el pecho y la cabeza estaba caída y los ojos estaban escudriñando curiosamente el extraño hombre coronado de espinas y pendido con tres garfios de un palo. Lloraba todavía.

El fraile no entró. Hizo un gesto indefinible y se fue sin hacer ruido. El día siguiente estaba en su reducción de San Salvador del Toba.

Allí recibió varias circulares del juzgado y una carta apremiante del gobernador del Chaco para comparecer como testigo al proceso en curso acerca de la muerte del mbaracayá Sofanor Sanabria. Todas las cuales desobedeció tranquilamente.

EL CASO DE ADA TERRY

El caso Ada Terry es uno de los tantos que muestran al claro las dotes de hombre de acción (que ya la leyenda ha recogido y magnificado) del célebre padre Metri, misionero del Chaco santafecino y capellán de los Lanceros de San Antonio. Verdad que la revelación de la misteriosa muerte se debió en parte a la casualidad; pero ciertamente ni la imprudencia del comisario, ni la clave procurada por el dueño del hotel La Bella Turinesa hubiesen desmarañado el enigma sin la fulminante intuición y actuación del franciscano, a estar a los hechos tal como los relata mi tío Celestino, presencial de ellos. Mi tío y otros viejos que conocen el norte pretenden que este capítulo de novela policial no fue sino el dramático desenlace de una larga lucha espiritual entre dos hombres machazos, jefes natos ambos, que en medio del monte chaqueño se hallaban en el mismo imperativo de batalla instintivamente inexorable que el perro y el gato, o si se quiere, que el león y el tigre. «Un misionero tiene que hacer de todo» era uno de los ritornelos del padre Metri; y se refería no solo al arar, desmontar, hachar, sembrar, construir, cabalgar y aun domar si a mano venga, sino también a otras cosas más serias, como el hacer justicia o el desarzonar prepotentes.

«Era triste —pensaba él en ese atardecer, mientras se encaminaba a Villa Ana a defender a uno de sus pupilos, el indio San Pablo—, era triste, pero así es el monte. No hay nada que hacerle». Se refería al estado de abandono civil de la región quebrachera.

La justicia y la autoridad no existían sino como tenues sombras o como repugnante máscara; y en todo caso si existían realmente era al margen y a veces en contra de las autoridades que llevaban el nombre. Jefe político, juez de paz, comisario, receptor de rentas y hasta el maestro, y Dios quiera que el cura no, eran siervos o al menos cautivos de la política: era proverbial la frase del juez Tobal: «Di ande vas a tener razón vos, si en marzo votaste por los contrarios». Cada nueva elección traía, después de la docena de desgracias entre esos hombres bravíos listos a las armas, la nueva repartida de puestos, las terribles enemistades y enconados rencores, las venganzas cruentas o insidiosas, la más cruda parcialidad en los mandones. Lo peor es que todo eso no era ya estado

anormal, antes bien lo contrario había llegado a causar extrañeza: «¿Para qué lo hemos puesto allí sino para que ayude a los amigos?», rezongaba la gente si por milagro de Dios aparecía un juez o un policía con veleidades de imparcial y justo. En ese estado de cosas (de anarquía en el sentido primitivo del vocablo) el mensú, el obrajero, el peón, el bolichero y el colono perdían necesariamente la fe en la justicia; y desesperados de encontrarla donde debían, cada vez que eran víctimas de un malhecho, se veían impelidos a buscarla por su mano. En esa misma semana, había tenido en su zona nada menos que dos casos de esos dobles homicidios frecuentísimos allí: por cuestión de terrenos, de límites, de pago de deudas, de fraudes o cualquier agravio o disputa dos hombres se trenzaban a tiros o puñaladas (dos hombres honradísimos, decentes, trabajadores) sabiendo segurísimo que nada había que esperar de los aves negras o politiqueros del juzgado. Menos mal, cuando venían por gracia de Dios a buscar como árbitros de sus pleitos al cura o al médico; pero el cura o el médico, que deseaban y a veces podían dar fallo justo, carecían de la autoridad para imponerlo, tesoro común que detentaba injustamente cualquier caudillejo político, parásito social inútil y dañino. Aquí sí que aprendió incluso sociología el cura Metri, y no en sus aulas de Fiésolo (Italia). «Aquí comprendo —solía decir él— cómo nació en Córcega la famosa y horrible institución de la Vendetta: no es un instinto criminal, es el mismísimo profundo instinto de la justicia que crea esas aberraciones, cuando ella escasea en su sede natural. Aquí comprendo cuán profunda es la palabra del más grande de los estadistas santafecinos, el brigadier Estanislao López: “El primer derecho de un pueblo es elegir su caudillo”. El mal es que aquí no los eligen, antes ellos se les encaraman, a veces criminalmente. Aquí comprendo la necesidad de los poderes extraordinarios: todo el poder, aun el de muerte, en manos de uno solo que merezca ejercerlo (ahí está lo difícil) y aun así parece poco; porque, así repartido en multitud de tinterillos ineptos o mandones sin moral, da la impresión de una fusta para contener a un toro. ¡Qué Constitución ni qué macanas! Aquí se necesitan militares, pero cristianos y decentes, no como el déspota criminal mayor Ojeda. Precisaría, santo cielo, mano de acero y corazón de santo».

«Yo aquí, o dejo el oficio o acabo mal —pensó de golpe—; pero como dejar el oficio no puedo... Será lo que Dios quiera. ¡Oh, Dios, no me dejes acabar mal si es posible!».

De golpe le había venido la idea de adónde iba y la lucha que le aguardaba: iba a defender al cacique San Pablo, un pobre toba a quien él había criado entonado; a defenderlo de sí mismo también, porque era de carácter violentísimo. Había sido acusado de la muerte de la desdichada Ada Terry, decedida cinco años antes en circunstancias rarísimas: Ada Terry, la flor y el orgullo del norte, segada de aquella terrible manera.

Recordaba con una tristeza honda la dulce figura infantil de aquella niña,

hija de uno de los altos empleados de la Forestal, que él instruyera para la Comunidad; ya renunciábase entonces su futura extraordinaria belleza. Recordaba la expresión de adoración infinita y muda, callada como la de un perro, con que la seguían por la iglesia los ojos del muchacho toba, sacristanzuelo chúcaro. ¡Pero estaba segurísimo que el toba, perfectamente capaz de tumbar de frente en un arranque de ira al patrón que lo explotaba o al matón que lo agraviase, era un supuesto ridículo, qué, una imposibilidad absoluta, asesinar a traición una niña y esa niña! Cuando sucedió aquella diabólica desgracia, el cura de San Antonio sintió uno de los grandes furores y penas de su vida: había amado como un padre aquella criatura,

«che par che sia una cosa venuta
del cielo in terra a miracol mostrare...»

como decía él: y había sentido inquietud por la atracción terrible que desde su adolescencia empezó a ejercer con instintiva coquetería y despreocupación de reina nata. «La belleza corporal es también un don de Dios —le decía—, pero es el más peligroso de todos. Hay que administrarlo bien». Pero lo que había sido sobre todo vejado y maltratado en él cuando murió su pobrecita criatura era su sentido innato y vehementísimo de la justicia y el orden. Es verdad que él había llegado, después de meditar todos los pormenores del horrendo suceso, a la opinión de un accidente, de una muerte casual; y hasta había inventado para su uso una teoría ingeniosa que explicaba mal que bien el misterio; y la había narrado a muchos, incluso al nuevo comisario Rotbart, cuando andaban bien entre ellos todavía. Pero sin embargo, la gente jamás se aplacó: después de cinco años, se hablaba del suceso como si fuera ayer. Y he aquí que ahora, inesperadamente, su pobre amigo el indio Pablo aparece inculpado del crimen, según decían con indicios abrumadores. Imposible...

—¿Qué pasa, tobiano?

Habían llegado. Era tiempo. El sol se ponía en un magno incendio de oro, el calor aflojaba, un viento fresco desarrugaba los hirsutos algarrobos, los quebrachos, los chañares y los guayabos. El caballo relinchó delante de un recio portón-tranquera de pinotea barnizada. El dueño del hotel, su compadre Carlos Buttini, cruzó corriendo el camino para llevarlo a las casas. Pero en la mitad del camino de vuelta, los dos hombrachones, como movidos de un mismo impulso, se detuvieron, bajaron las barbudas faces y se signaron gravemente. Allí mismo, sobre la tierra gredosa, atravesada de césped, a la altura del segundo mandarino, había yacido ensangrentada la celestial criatura que los dos solterones habían amado quizá lo más en este mundo, como un milagro de gracia y gentileza venido del cielo para suavizar con su solo aspecto las brutales mentes de los hombres, perecida en flor en aquella tierra salvaje que no la merecía...

Fue esa misma noche en el comedor planta baja del Hotel La Bella Turinesa (Villa Ana, Chaco), es decir, la noche antes de la revisión del sumario del caso Ada Terry; es decir, exactamente cinco años después de su presunto suicidio⁴..

Suicidio según los médicos, muerte casual según el hotelero, homicidio según su marido, que había renunciado su cargo de comisario departamental desesperado de no poder hacer la luz en caso que le atañía al alma, y que era sin duda el más enigmático que imaginarse pueda, según todos. Al mediodía de un día primaveral chaqueño, al aire abierto, en medio de un camino, a la puerta de un hotel, en plena luna de miel, diez minutos después de despedir a su marido con un gorjeado beso de inconfundible e indubitable felicidad, una niña de 18 años es hallada muerta de una bala en las sienes después del retumbo de un disparo Colt. Esta es la imagen increíble que vio el dueño del hotel, don Carlos Buttini un minuto después del tiro, al abrir precipitadamente la ventana de su aposento del primer piso, que dominaba el camino y el jardín. El esbelto bulto tumbado miserablemente de través, justo en la mitad del trayecto del portón exterior a la puerta de casa, la mancha graciosa del vestido crepé claro, la mancha roja del ancho sombrero de paja, y al lado una mancha más roja todavía, sobre la que esplendía el acero de un gran revólver de policía: el buen don Carlos de primero no pudo creer a sus ojos deslumbrados de siesta y sol, y se reputó víctima de una monstruosa alucinación. Porque él reconoció inmediatamente en aquel bulto trágico a su gentilísima huésped de ha pocos días, a la novia cuyas bodas hacían hablar a toda la zona, a la belleza del norte, la tirana de Villa Guillermina, la hija de su compadre el gerente Terry, la recién casada con su grande y admirado amigo el comisario Gálvez. Ella era y no podía ser ella; porque, como decía don Carlos «si se juntase todo el mundo y se pesasen los motivos que cada uno tiene para quitarse la vida, mi ahijada tendría número cero». Y eso no lo decía él: bastaba verlo. El paraíso en esta vida, si es posible que un ser humano lo tenga, era ella. La felicidad en estado puro sin mezcla, la alegría imperturbable del niño sano y bien querido, la exultación serena y permanente que comunicaba a su hablar una especie de música y a su moverse una especie de danza imperceptible era ella en pinta. ¿Suicidarse? ¡Doctores de los demonios! Si es esa su ciencia, la mando al diablo yo toda su ciencia, porque toda su ciencia no vale un pepino. Así como los médicos con toda su ciencia no me harán creer que el día es noche, porque si es día no es noche, así tampoco harán creer a don Carlos Buttini, ni tampoco a una sola de las personas cuerdas de la ciudad, como a la vista estaba, ¡ni una sola! que su ahijada Ada se había justamente ¡suicidado! Vamos, hombre. Hay cosas que no

4. Este caso policial ocurrió realmente hace algunos años en una localidad del Chaco argentino, y permanece hasta hoy inexplicado. Por supuesto que la versión que el autor da es puramente fantástica, y todos los hombres están cambiados, mientras la escenografía ha sido reculada a los tiempos del famoso P. Metri. Otra explicación hipotética y plausible del mismo curioso caso apareció poco ha en el Argentine Magazine número de Navidad de 1936.

pueden ser, y por lo mismo que no pueden ser, no son. No me hablen.

—Se trata de un disparo casual —decía acalorado don Carlos Buttini.

Pero el médico allí presente, mi tío Celestino, decía que era absolutamente imposible que un disparo casual taladrase limpias las dos sienes de una persona en pie. Ud., hotelero, se acoge a una imposibilidad psicológica, pero yo me acojo a una imposibilidad mecánica. Un revólver que, por caer al suelo o por cualquier otra causa, se dispara solo, puede dispararse en mil ángulos diferentes, pero no puede absolutamente dispararse en una línea horizontal a la altura de una sien; puede atravesar un cuerpo en todas direcciones, excepto esa sola y vónica dirección del eje de los temporales. Un revólver no puede mantenerse volando en el aire en posición horizontal para darse el gustazo de que se le escape un tiro exactísimo: un pulso tiene que sostenerlo.

Y este es el primer imposible y el más chico y él bastaba: pero hay otro imposible peor, y es que un Colt de policía con seguro automático —he dicho un Colt de po-li-cí-a—, un Colt, lo mismo que un Smith Wesson o cualquier arma decente, ni golpeado con una maza puede dispararse si no se monta el gatillo; es absolutamente imposible que se dispare solo sin que un dedo levante el gatillo —cosa que solo un dedo humano hace— y lo vuelva a dejar caer. «Nadies estamos libres de un minuto de locura —concluía el médico—. Yo no sé por qué se mató la desdichada niña; y más, sé que nadies sabrá nunca por qué se pudo matar; pero sé con certeza física que ella fue quien se mató».

Pero los cuatro sentados a la mesa, y la corona de oyentes confluidos en torno, sabían también que el marido de la muerta, y con él todos los habitantes de la zona, afirmaban con obstinación de obsesos que «a mí nadie me quita que a ella la mataron». ¿Quién pudo matarla? Un fantasma solamente.

En el mismo instante que sonó el fragoroso disparo, don Carlos saltó de la cama y abrió la ventana del primer piso, y el sargento de policía que había acompañado a su marido, volvió corriendo y entró en el portón. Un asesino tendría que haber pasado al huir, no ya delante los ojos, sino aun encima del cuerpo del sargento o bien debajo de los pies del hotelero, si es que quiso lanzarse a la calle o bien lanzarse al hotel. Y si corrió por el abierto jardín ensoleado, peor todavía. No, ese tendría que ser un hombre invisible, y no solo invisible, sino también sin peso, sin ruido, sin cuerpo: era absurdo. Y sin embargo...

—¿Y usted qué piensa, padre Metri?

Había dos hombres silenciosos en la mesa con el médico y el hotelero. El terrible don Gaspar Rotbart, comisario regional, que justamente acababa de alborotar de nuevo el avispero, abriendo el antiguo proceso con una acusación contra un indio vagabundo que él mismo trajera preso; el otro era un fraile corpulento, atezado, de barba entrecana y negrísimos ojos, que contestó con aire vago:

—Hasta hoy pensé que fue una muerte casual.

—¿Y hoy?

—Hoy ya no lo pienso más.

—¿Cree usted que fue el cacique Pablo?

—Estoy seguro que no fue el cacique San Pablo.

—¿Y cómo está seguro que no fue ese toba hediondo? —sonó la voz llena del comisario Rotbart. Sus ojos azules y fríos se alzaron. Los dos se miraron de hito en hito.

—¡Porque no! —contestó rudamente el fraile.

Hubo un silencio embarazoso. No era común contestar de ese modo a Rotbart.

Entonces el hotelero se volvió al comisario:

—¿Y usted, mi comisario? ¿Usted qué piensa?

—Yo no futro en todos los indios —contestó el alemán groseramente— y en los que van a lamerles la roña. Yo no pienso, yo sé. Todo indio es un animal dañino. Y mañana se verá que este cacique engreído, que hace mucho debería estar colgado de un árbol, es el asesino y ningún otro. Primero, porque estaba enamorado brutalmente de la muchacha; segundo, porque odiaba al blanco que se casó con ella, peor que a todos los otros blancos; tercero, porque lo vieron correr desatinado, los ojos virados, pocos minutos después del crimen cerca del lugar del crimen; cuarto, porque días pasados se echó sobre mí como una fiera, para arrebatarme el revólver Colt que fue el útil de esa muerte, pretendiendo que esa arma era suya. ¡Por eso lo tomé! Y por último, por una razón contundente que daré mañana delante del juez de instrucción, lo que tenga la prueba material en la mano.

—¿Y cómo pudo el indio hacer ese tiro y lo que es más, hacerse luego humo de ese modo?

—Como ellos saben malditamente hacerse humo —exclamó Rotbart—. Mi versión es esta y es la única posible: el indio estuvo escondido todo el tiempo en los siempreverdes del seto junto al portón. El indio vio la despedida de Ada y su marido, vio (supongamos) caérsele el revólver del cinto al primer brinco de su brioso tostado, me vio a mí alejarme en dirección opuesta, y dio el golpe: levantó el arma, disparó, la arrojó sobre el cuerpo de su víctima y se acurrucó en su escondite hasta que nos vio a don Carlos y a mí inclinados hipnotizados sobre el cadáver. Entonces huyó, deslizándose a lo comadreja a lo largo del seto. Pero alguien lo vio huir, maula. Y hay otra cosa. Yo oí el tiro de una distancia muy corta. Y bien, mi impresión clavada fue entonces, como lo dije en el sumario, y aun todavía me dura, que el tiro había retumbado no adentro sino ajuera del jardín. Entonces creí en una ilusión. Hoy comprendo.

—Pero ¿Ud. estuvo, comisario? —preguntó mi tío.

—El sargento que don Carlos vio entrar inmediatamente después del crimen soy yo —dijo el comisario—. El inmundo asesino debió creer que yo estaba le-

jos; pero yo me había detenido al lado de mi caballo, tapado por el verdor, a ver un nido de pajaritos.

—¿Cuánto tiempo demoró Ud.? —se oyó la voz pausada del fraile.

—¿Cómo sabe Ud. que el indio inmundo no fue el asesino? —reiteró el comisario sin contestar, flechándolo con los ojos.

—¿Cuánto tiempo demoró Ud., don Carlos —dijo el fraile volviéndose al hotelero sin responder tampoco—, en abrir esa ventana? Yo leí en el diario aquel entonces que era imposible para un asesino haber salido, y creí en una muerte casual; pero ahora que oigo los testigos, me hacen dudar. Dígame, por favor, don Carlos, cómo está seguro usted de que su demora...

—¿Y cómo está seguro usted de que el cacique Pablo no ha sido? —dijo don Carlos con un gesto hostil.

El fraile tragó saliva y dulcificó la voz.

—Óigame, don Carlos, no se me alce. ¿Cómo está seguro usted que su ahijada no se mató sola?

—¡Porque la conocía, nada más!

—Lo mismo le digo. Yo conozco al pobre indio Pablo desde niño. Estoy seguro que la acusación es errónea. Por eso estoy aquí. Pero entonces todo se enreda de una manera espantosa. Y la solución debe de estar en el tiempo. Con medio minuto de diferencia un hombre pudo haber salido...

—Es absolutamente imposible un hombre mortal haber salido —aseveró el hotelero— de mientras yo tardaba en abrir. Si hubo un asesino dentro, cuando yo vi el jardín debía estar dentro. Y no estaba.

—¡Hum! —dijo el fraile—. No es fácil calcular el tiempo a un hombre medio dormido. Usted dormía la siesta...

—¡Falso! —clamó el turinés—. ¡Despiertísimo estaba! Estaba tumbado en la cama de lomo, me acuerdo bien, mirando las manchas del sol en el techo, unas manchas que se movían, no olvidaré jamás aquel momento. El tiro hizo temblar la ventana: Yo me incorporé de un salto. Entonces...

Entonces se interrumpió, y miró al fraile. Este se había quedado inmóvil, con el vaso de bitter a mitad camino de la boca en un gesto de infinito asombro. Sus ojos tenían esa expresión de vueltos hacia adentro que señalaban en él un sobresalto de pensamiento.

—Don Carlos —dijo lentamente para sí mismo, como tropezando en las sílabas—. ¡Manchas que se movían! ¿Será posible? Fíjese bien en lo que dice, don Carlos, no enredemos. Usted vio en el techo de su cuarto, este que está aquí arriba en el primer piso, manchas moviéndose... manchas de sol moviéndose. ¿Usted vio manchas en plural, manchas, más de una mancha y no una mancha sola? ¡Santo Cielo! ¡Oh Dios, que no dejas perecer al inocente! ¡Dame luz para disipar este abismo de tiniebla!

El fraile paró de golpe el vaso, y sus ojos se volvieron chispeando de nuevo al hotelero estupefacto:

—Don Carlos —dijo—, quién sabe si Dios ahora no nos mandó luz. Fíjese bien en lo que voy a preguntarle. ¡No me hable! Concentre toda su atención en aquella mancha que vio hace cinco años en el techo, aquella mancha fija formada por un rayito de sol entrando por un ojuelo de la banderola cerrada. ¡No me diga nada! ¡Solamente conteste con todo ajuste a mis preguntas! ¿Era una doble mancha verde, con una larga mancha amarilla?

—¿Cómo lo sabe usted? ¡Sí, perbacco! La bandera brasilera, como yo la llamaba. Un oblongo verde cortado por una linda diagonal naranjada.

—¿Jura usted por la salvación de su alma que en esa faja amarilla vio manchas moviéndose, y que esas manchas eran más de una? ¿Jura usted que había dos manchas movibles? ¿Que no era una sola, ancha o bien doble?

—Como si lo viera. ¡No por cierto, perbacco! —exclamó don Carlos—. Fíjese si serían dos que eran de distinto color y se movían como persiguiéndose. Fíjese el movimiento que hacían. ¡Cristo! ¿Qué ve usted en esas manchas? ¡Siempre me quedó clavada la impresión inquietante en el alma de aquellas dos manchitas de luz tan lindas como un remordimiento o una pregunta!

El fraile lo detuvo con un gesto y soltó un suspiro.

—Yo sé de qué color era una de ellas —siguió como soñando—, era roja, un redondel colorado. Ahora a usted le toca decirme (pero no se equivoque) de cuál color era la otra. Cierre los ojos y vea el color y la forma de la otra, pero no me vaya a mentir, porque sería fatal.

—No precisa. Las veo ahora clarito. Y ahí está el sumario escrito que no me dejará mentir. No sé qué me dio de contar esta tontería en el proceso. Yo sentía algo allí, aunque sin saber qué. Hay dos manchas redondas que se mueven despacio, una es roja como usted dice, y la otra, que viene detrás y la alcanza (y se separan un momento y se rejuntan) es blanca como la nieve.

—¿Blanca? No puede ser.

—Es blanca como la nieve.

—¿No será blanca con un carozo negro, o marrón, o gris, o color de oro?

—¡Blanca como la nieve!

—¡Cielos!

Otra vez los ojos del fraile se anublaron, se empañaron, se volvieron para adentro mientras sus quijadas se asentaban y el cuerpo se contraía como en un esfuerzo. Los labios se le movían como rezando. Parecía un hechicero en comunicación con los espíritus. De repente sus ojos empezaron a posarse, opacos como ojos de muerto, en cada uno de nosotros. Entonces sufrió un choque, un estremecimiento que le batió las manos. Dio un suspiro y dijo:

—Ya sé. Ya veo. ¡Qué horrible!

Su rostro adquirió una expresión de alarma extrema. Sus ojos se alzaron un

momento y volvieron a bajarse, y así quedaron hasta el fin, como miedosos de que leyéramos su secreto. El murmullo de sus labios se convirtió en palabra inteligible:

—Dos hombres... —musitó—. Dos hombres robustos, terribles. Furiosos como fieras. Dos hombres por lo menos.

Su torso se tornó a mi tío:

—Celestino, ¿tenés tu pistola?

—Sí. ¿Qué pasa?

—¿Fráncil está libre? ¿Y Juan? ¿Podés ir mañana con los dos, y con más hombres mejor, a la sala del juzgado? Lleven armas.

—¿Para qué?

—Creo que habrá que sujetar a dos tigres furiosos, dos toros, dos demonios. ¿Querés acompañarme hasta mi cuarto? Andate allí a la puerta y esperame. Señores, hasta mañana. Don Carlos, yo le ruego por la Virgen Annunziata que rememore exactamente durante esta noche el color de esas manchas y que no vaya a equivocarse; porque si una mancha era roja y la otra blanca, mañana puede ocurrir una catástrofe; pero si usted se equivoca, puede ocurrir una catástrofe peor todavía.

El fraile se alzó toda su estatura, y salió de la sala de la siguiente manera estafalaria: a reculones, de espaldas, sin dejar de mirarnos, tropezando con las sillas y medio encogido, escondida la cabeza, como si se hubiese vuelto loco.

Mi tío llegó la otra mañana con Fráncil y Juan al juzgado de Villa Ana, cuando el comisario Rotbart, erguido y febril, había comenzado su peroración. Notó la presencia de muchos testigos: en torno del juez de instrucción además del torvo cacique San Pablo y el padre Metri a su lado, estaba el hotelero, el cabo y dos soldados, dos o tres desconocidos, y un joven alto, robusto y moreno con una pinta canosa en las sienes, que le designaron como el antiguo comisario Gálvez, el desdichado viudo de la hermosa Ana, hoy algodonista. El nuevo comisario Rotbart tenía en la mano un grueso legajo de papeles, su rostro parecía maldormido, y hablaba con aquella voz inconfundible de caudillo, a la vez imperiosa y dulce.

Su figura alta, flexible y fornida era digna de su extraña fama. Mi tío rememoró los díceres en torno del prepotente alemán. Era el jefe indiscutido de la zona, no solo el caudillo político, pero el señor de horca y cuchillo. Ni el general Obligado ni don Florencio La Llana en todo su auge ni otro alguno que se recordara alcanzó jamás el poder y el nombre de este estanciero bárbaro, arruinado dos veces, que había hecho todos los oficios, ávido de luchas y de aventuras, dominador nato. El hacía en la ruda zona quebrachera, donde las naturas bravas exigían poderes absolutos (¿qué Constitución argentina ni qué ocho cuartos!), una justicia sumaria a lo don Pedro el Cruel, durísima pero rara vez inicu; y

era aceptado como una fuerza de la naturaleza temible y necesaria, como el toro, el zonda o la tormenta. Tenía la manía de aborrecer los indios, los cuales, cuando él era muchacho, habían alanceado su padre y su tío en su presencia. Decía la gente que dondequiera don Gaspar hallase un indio a solas, lo bajaba de un winchestazo sin más contemplaciones, fuese quien fuese, como a una bestia. Otras anécdotas terribles se contaban de su salvaje energía. Bastardos de él había por todo: porque tenía fortuna con las mujeres. Montaba, cazaba, pescaba, tiraba y luchaba maravillosamente. Y leía. Dicen que solía caer en accesos de melancolía, en los cuales se encerraba en un cuarto y leía interminablemente novelas y libros de todas clases.

Eso explica lo bien que hablaba. Cuando entró mi tío estaba explicando por qué retiraba inesperadamente su acuse contra el indio.

—Anoche no dormí —dijo— pensando en este asunto, y he visto que los médicos tienen razón en rechazar la hipótesis del homicidio; y creo haber visto claro también la única solución posible de este horrendo caso. Aquí está el peritaje de los dos médicos que autopsiaron: esto me ha convencido. Un tiro a 15 metros no puede dejar un gollote negro de pólvora en los labios de la herida; y el cadáver de Ada Terry lo tenía. Ella fue muerta pues por un tiro a quemarropa que le quemó la piel. Otra cosa no es posible y es inútil cavilar más. Esto liquida el asunto.

—¿Cree usted en un suicidio entonces, o en una muerte casual? —preguntó don Raúl Loefgren, el juez.

—Las dos cosas a la vez —contestó sonriendo—. Es una teoría extraña que me he formado. Es una teoría extraña, pero la única posible y por tanto la única verdadera. ¿Puedo hacer un poco de novela?

El silencio de todos asintió. El comisario alzó su viril acento como quien recita, y dijo:

—Los médicos dicen también que es físicamente imposible una muerte casual; y don Carlos aquí presente pretende que un suicidio es psicológicamente imposible. Pero es la psicología justamente lo que explica todo; pero no la psicología ordinaria, sino la psicología de lo anormal. Esa niña era entonces anormalmente dichosa; y la dicha en el hombre es una borrachera. Estaba en un estado de éxtasis, de exaltación jubilosa, de arrobo, todos lo saben. Pero la felicidad excesiva es peligrosa en este mundo. ¿Cómo me explicaré? La Biblia dice estas palabras: «Del medio de la plenitud de la vida, bajaré a las puertas de la muerte».

El luterano miró al cura, el cual le sonrió ferozmente.

—Yo creo —prosiguió el comisario— y más que creo, veo, que esa niña se mató jugueteando con esa arma de su marido. No hay otra solución posible. Jugueteando se bracoó el arma a la sien, y por una casualidad de esas que el diablo hace, salió el tiro. Suicidio, pero suicidio casual, por decirlo así.

—Absurdo y estúpido —dijo una voz ronca del fondo de la sala.

—Gracias —dijo el alemán. Sus ojos se hicieron duros y su mandíbula asentó. Había en su rostro ese algo de incompleto, de inacabado o informe, común a muchos rostros teutones. Rostros bellos, pero con algo pesado o empastado, como si la forma no hubiese acabado de asimilar la materia.

—Gracias. ¿Quieren dejarme hablar? ¿Puedo fantasear un momento? ¡Traten de hacerse capaces de imaginar la posibilidad interna de esta hipótesis! Esa niña despide a su esposo, a quien ama desapoderadamente; le quita del cinto el revólver o él se lo deja a guardar; lo lleva colgado del brazo como un niño tímido, va pensando lentamente por el camino oblicuo del jardín en su hombre y en su dicha, va arrobada en su dicha. ¿Quieren tratar de representarse conmigo lo que pudo ser el hilo de su pensamiento? Por ejemplo, digamos así: «Qué hermoso es él. Qué bueno, qué fuerte, qué guapo, qué grande y admirable es él, cómo me quiere. Y es mío, mío para siempre. ¿Cuándo merecí yo ser tan feliz? ¿No será demasiada mi felicidad? ¿Es posible que esto pueda durar? ¿No dicen que no hay cielo en este mundo? ¿Es posible que él deje de quererme algún día? ¡Ay, sin su amor yo no podría vivir!...»... Entonces otra imagen subyugante pasó por su mente —prosiguió el comisario—: la imagen del posible derrumbe de su amor. «¿Cómo hay tantas mujeres que puedan resignarse a perder el amor de sus amados? Yo morir, morir mil veces primero. Pero qué horrible debe ser morir. Cómo es posible que una mujer pueda quitarse la vida a sí propia, una frágil mujer, una horrible arma como esta. Y sin embargo ocurre, lo vi días pasados en el diario. ¡Cómo deberán de haber sufrido! ¡Qué desesperación será esa para tener fuerza de levantar ese horrible instrumento de muerte a sus sienes, para apretar el dedo, para...!».

El comisario se detuvo dudoso. Todos estaban suspensos, de sus gestos, de su actitud concentrada, de su voz que se dulcificaba y feminizaba como si él estuviese viendo, no, como si estuviese *viviendo* el trágico soliloquio. El espíritu de la muerta parecía flotar sobre él, inspirándolo.

—Señores —concluyó de golpe con un gesto cortante—, he aquí una niña aturrida y profundamente enajenada en sus pasionales pensamientos para la cual el mundo entero desaparece. Su mano inconscientemente se ha alzado con el revólver y lo ha posado en su sien. Su índice pesa sobre el celoso gatillo, y ella no sabe nada. En ese momento la Parca, el demonio, el genio de la Fatalidad pasó volando por el jardín, la vio en esa terrible actitud, hermosa y trágica como una estatua de la frágil felicidad humana, se enamoró de ella y la escogió como presa. ¿Qué fue? ¿Una cotorra que lanzó un grito estridente, un perro que ladró, la caída de una rama, un resbalón del menudo pie? Algo pasó que hizo estremecer sus dedos bruscamente, y el tiro partió. La hermosura imperial del Chaco santafecino, adorada desesperadamente por docenas de varones, ya no era de ninguno. Es una ley, señores. Ella era algo no de este mundo, algo demasiado

hermoso para ser de uno solo. Dios no hace esas hermosuras extraordinarias para que sean acaparadas en provecho de una pareja humana. Son de todos o de nadie.

—¡Dios! —gritó otra vez la voz ronca del fondo de la sala—. ¿Dónde está Dios? ¡En el cielo, en la tierra y en todo lugar! ¡En todas partes menos en la boca del mentiroso, del embustero y del impío!

—¡Quieto, comisario! —tronó el juez—. ¿Qué le pasa a usted, fraile? ¿Esa es la manera de hablar en una audiencia?

El fraile se había descompuesto todo.

—¡Tú varías —gritaba— luego no eres la verdad, como dijo el gran obispo de Meaux de la Galia Narbonense! ¡Es mentira que la belleza y la felicidad siempre tengan que traer desgracia! ¡La belleza la hizo Dios, y la hizo para que corriese por su propio cauce, lo mismo que la fuerza, el saber y todo lo que es grande! ¡Pero hay otra ley que no es mentira, y es la ley de que el culpado se enreda siempre en su propio crimen! ¡Casualidad, dicen, o destino, pero se llama providencia!

—¿Qué quiere decir con este escándalo este, fraile? —gritó el juez consternado.

—Las dos manchas, señor juez, las dos manchas que se mueven, una roja y la otra blanca. Toda esa psicología estaría bien y convencería a cualquiera a no ser por las dos manchas. Don Carlos Buttini aquí presente las vio; y si lo que dice es verdad, aquí llegó el momento de la justicia de Dios.

El tío cuenta que el padre Metri estaba tan agitado que no vio un movimiento que pasó a sus espaldas a una seña del juez o del comisario. El cabo de policía, que se mantenía en la puerta, se movió livianito como un felino y se puso sin ruido a sus espaldas, preparado. Era un magnífico mestizo retacón, vestido de brin blanco, con una hermosa cabeza redonda tocada del casco colonial de corcho, que usa por allá la policía. Pero el padre Metri había hecho ya un esfuerzo sobre sí, calmándose.

—Señor juez —dijo—, perdón: me explico al momento. Dio la casualidad que me haya alojado ayer en el cuarto del primer piso donde estaba don Carlos el día del terrible suceso. Dejando el cuarto a oscuras para la siesta, noté una curiosa mancha de luz coloreada, hecha por un rayito de sol en el techo del cuarto. Preguntándome qué sería, suena un ladrido afuera, y veo cruzar rápida por la mancha fija verde y amarilla una manchita redonda color café. Comprendí. Era una cámara aquel cuarto, una tosca cámara fotográfica reflejando todo el jardín y el camino de en frente, las dos bandas verdes cruzadas por la faja naranja, o sea los canteros de césped y el camino. Pero don Carlos vio más que yo: Don Carlos vio el crimen. Usted, don Carlos, vio dos personas moviéndose en forma de tachas coloridas, personas vistas desde arriba, cabezas de personas en forma de medallones confusos. ¿Cuántas manchitas vio, don Carlos?

—Dos manchas distintas —dijo el hotelero.

—Luego la desdichada niña no estaba sola, *no se mató sola*. La manchita roja de su gran champiñón rojo fue alcanzada por otra mancha ¿de qué color, don Carlos?

—Blanca como la nieve.

—¿Seguro, seguro?

—Segurísimo.

—Señor juez, un hombre que visto desde arriba refleja un medallón blanco como la nieve ¿qué es?

—Es un anciano.

—Es un anciano —gritó el fraile— o bien es...

En ese momento ocurrió algo violento. A una señal del comisario, el cabo situado detrás del fraile se arrojó de golpe e intentó sacarlo afuera como se arroja a un loco. Pero no contaba con su corpulencia ni con su furia repentina. Volvióse él como un puma acorralado y después de un terrible envión y zamarreo, rodó el cabo redondo contra unas sillas, volteando su casco blanco.

—¡Aquí está! —aulló el otro levantando el casco del suelo—. ¡Una cabeza blanca o un casco blanco, un casco de policía! ¡Un casco de policía, un revólver de policía, un asesino que debe estar adentro, y un sargento de policía que entra repentinamente en ese instante, *que entra sin jamás haber salido*, que se torna rápidamente y finge entrar en el momento mismo que al abrirse de una ventana lo están por divisar huyendo!

El fraile no acabó su grito, ahogado por otros dos terribles rugidos. El comisario se lanzó sobre él, y en el mismo instante el joven ceñudo y taciturno que señalaran como el marido de Ada Terry cayó sobre el alemán de un salto. Fue como el topetón de dos toros. Un gran revólver Colt calibre 44 se alzó en el aire en una mano crispada; y todos los otros hombres cayeron sobre el montón a gritos. Pero la batahola duró un solo instante. Un tiro retumbó como un trueno, y el montón se desmoronó por sí mismo, y cuando todos se hicieron atrás de un paso, la figura central del comisario se derrumbó sordamente, con una roja flor en las sienas.

—¿Quién ha tirado? —gritó el juez.

La figura yacente movió dos o tres veces la boca, una maldición, un gemido, o un nombre de mujer. Mi tío miró instintivamente su mano armada de una pistola de gran calibre intacta. Pero nadie respondió al juez. Todos los ojos estaban hipnotizados sobre aquel montón lamentable. El traje de seda cruda hacía una gran mancha blanca, de través: una mancha roja ensanchándose brotaba de sus sienas; y en medio, esplendía el níquel de un gran revólver de policía. Lo mismo que en aquella terrible siesta de hace cinco años. Solo que en vez de la mancha roja del champiñón femenino, había la mancha blanquísima del casco de corcho.

¿Homicidio, suicidio, o muerte casual? Nunca se ha sabido, posiblemente nunca se sabrá, y tal vez sea mejor que no se sepa.

ORACIÓN DEL HOMBRE
CON LA MANÍA
DE SENTIRSE CULPABLE

Yo no te veo pero tú me ves,
Padre Invisible; estar en tu presencia
pensando en nada y tonto como tres,
nervioso y bruto es mi más alta ciencia.

Y presentar no con mucha altivez,
del Teratólogum de la conciencia,
piezas de mi nativa estupidez,
locuacidad que tu temor silencia.

Antes ha de olvidar, oh, Primer Padre,
la casadita al bebe que levanta
y que en grito y dolor la selló madre⁵.

Que Tú a la pobre vida que no canta
y que quebrada y fea ante tu faz
te da cuenta de un mundo que no aguanta.

Y te dice que ya no puede más.

5. Isaías, cap. 49 verso 15.

LA MUERTE EN EL MAJESTIC

«Este buen fraile, Hermete Constanzi, capellán de la frontera, nos animó, nos aconsejó, nos dio instrucciones acerca de nuestra nueva vida; nos aseguró de la protección del Superior Gobierno, recomendándonos ser buenos y firmes en nuestra fe en Dios, en el Gobierno y en nuestras mismas fuerzas, asegurándonos como resultado de esto nuestro bienestar».

(Memorias del inmigrante Jorge Cracogna, de los primeros pobladores de Avellaneda, 1875-1912).

I

A principios de este siglo el Majestic Hotel no era el inmenso rascacielos que conocemos; pero sí un amplio caserón de cuatro pisos, palaciego y suntuoso para aquel tiempo. (La increíble transformación de Buenos Aires en estos treinta años hace que no nos formemos idea ahora de lo que parecía entonces aquel rincón de Palermo, frente al lugar donde Rosas tuvo su tienda la víspera de Caseros). Tenía su gran escalera imperial con balaustres dorados, y al lado una gran novedad de aquel entonces, un ascensor eléctrico. Tenía un gran frontón barroco lleno de columnas falsas, capiteles inútiles, guirnaldas innecesarias y cariátides que no sostenían nada, de acuerdo a la cursi fórmula arquitectónica de nuestros padres, que podría resumirse así: «Una casa hermosa es una gran caja chata con muchos adornos afuera». Tenía dinteles de mármol rosa, un hall de alabastro verde y guarniciones de caoba sobre el tubo del ascensor, al cual habían pintado de dorado hasta los alambres.

Justamente delante del dintel principal hubierais visto una escena lo más extraña si hubieseis madrugado bastante aquel día en que la muerte hizo una pequeña incursión inesperada en el dorado Hotel Majestic. Y digo inesperada

porque ¿a quién se le ocurre pensar en la muerte en un baile de Mi-Careme? El baile fue todo un éxito de la gerencia del Hotel. Concurrió toda la crema de Buenos Aires; incluso el presidente de la nación se dignó dejarse ver un rato, tomar parte en una cuadrilla, y catar una copa de Cliquot viejo en el Ambigú. El gran salón central decorado de escarlata y oro parecía todavía un estuche de raso, pero un estuche ensuciado con todos los restos un poco ridículos de un amanecer de fiesta mundana. Serpentinatas, botellas, trapos, colgajos chillones, alfombras a medio retirar hicieron decorado propio al horror de la nueva escena.

Esta escena consistió en un tremendo encontronazo entre dos individuos, uno que pasaba delante del umbral muy recoleto, otro que surgió de allí como disparado por un cañonazo. El choque fue tan tremendo que los dos rodaron; y eso que el chocado era un hombre alto y corpulento, membrudo como un oso, vestido de sayal frailuno demasiado corto. El cual se incorporó velozmente y agarró al otro por el brazo con furia.

—¿Está loco usted para correr de ese modo? —le dijo escudriñándole la cara.

La cara del otro desaparecía del todo entre bufanda, espejuelos y gorra. Se quería desasir cuanto antes, preso de un apuro desesperado. Pero la curiosidad del apresor creció entonces y lo apretó más fuerte. Entonces habló el embozado con una extraña voz, alta y aflautada:

—¡Un sacerdote! —chilló—. ¡Qué feliz azar! ¡Hay un moribundo arriba! Suba inmediatamente mientras yo corro al médico.

—¿Dónde arriba? —dijo el fraile sin soltarlo.

—Tercer piso —tartamudeó el otro con la misma extraña voz de cabeza— pieza 312, muy urgente. Llame al portero.

El fraile se dirigió rápidamente al hall, y asombrado de hallarlo desierto, llamó el portero a gritos. Nadie respondía. Frente suyo vio la puerta abierta del ascensor y se metió adentro antes de pensarlo. Un instante luego llamaba al 312 del tercer piso, herméticamente cerrado, golpeando ruidosamente.

Nadie respondió tampoco. El fraile se sentía desasosegado, en casa ajena, intruso. Pero su instinto había olido algo serio. Golpeó de nuevo con impaciencia y de adentro le respondieron alaridos incomprensibles; pero nadie abría. Un moribundo no se iba a levantar a abrir. Entonces empezó a maniobrar con violencia el picaporte, pensando ya en saltar la cerradura. Los clamores arreciaron, y la puerta se entornó un poquito, apareciendo un arma seguida de un brazo blanco y un gran camisón con un hombre adentro. El del camisón al ver al fraile dejó caer el revólver de puro asombro, mientras de atrás seguía chillando con desesperación una bronca voz femenina:

—¡Maneco, apagá la luz te digo y no abrás antes que te digan quién es, o si no tire un tiro a través de la puerta!

El fraile se dio cuenta que se habían burlado de él y que había perturbado sin querer el sueño conyugal de un burgués asustadizo; y batió retirada a toda

marcha, tan confundido que a lo primero no bajaba el ascensor porque olvidó cerrar la puerta.

—¡Tomá, Metri, por meterte en hoteles! —rezongaba con rabia—. Fraile de ventorro y hostel, no fíes mucho de él. —Maldecía su imprudencia y ya quería verse afuera, cuando sus ojos bajos distinguieron en el encerado blanco del ascensor que se hundía parsimoniosamente una, dos, tres, cuatro manchitas negras, estrelladas. Se arrodilló y las tocó con el dedo: sangre fresca. Se quedó aborto, casi en cuatro patas, pensando intensamente. Y en ese momento, el otro encontronazo.

Un hombre de librea abrió el ascensor y se le vino encima a gritos, golpeándolo con un objeto pesado y hablando en gallego a toda furia. Un solo envión del torso bastó al fraile para enviar al espacio al portero, que era flaco y petizo, trastabillando; pero el hombre seguía chillando como cuarenta loros juntos, y una multitud de mucamos y pasajeros amenazadores, también gritando, acudían de todas partes y cercaban al fraile en su jaula, que parecía un aguará entremedio una perrada. Hay que saber que había llegado ya a la planta y estaba ante el lustroso vestíbulo.

Se dio cuenta que pelear era peor y que hablar era inútil: el portero pregonaba a gritos desde lejos que aquel era un ladrón que lo había «riduzidu a l'imputenzia» de un golpe en la nuca y dejado «aterecidu y asujetu» de pies y manos en el cuarto de los paraguas. El fraile se adelantó tendiendo las muñecas y diciendo: «Pueden atarme». Tres o cuatro hombres le trabaron los brazos. Entonces aprovechó el silencio para decir con la misma voz imperiosa: «Usted déjese de chillar y vaya a buscar la policía». Se volvió a la turba y clamó: «Señores, probablemente acaban de asesinar un hombre en esta casa. Aquí hay sangre, y hay sangre en el dintel, y sangre aquí en mi manga derecha, donde se apoyó el asesino. Dio un encontrón conmigo en la puerta de calle, y me engañó con la verdad, habilísimo. Me dijo que había un moribundo, pero me dio falso el número de la pieza. Mientras yo subía, huyó. ¡Divídanse en dos grupos! ¡Uno salga a perseguir al criminal, que no puede andar lejos, y otro recorra las piezas guiándose por los rastros de sangre! ¡Y a mí suéltlenme! Yo soy fray Hermete Constanzi, misionero del Chaco santafecino».

Hubo un momento de indecisión silenciosa. Entonces se oyó una orden seca como un baquetazo y un hombre rasurado, bien vestido, resuelto, apareció entre la corona que se le abrió saludando respetuosamente. Su mano asestaba al prisionero una pistola ricamente repujada. El fraile sintió que las entrañas se le bajaban a los talones y que se le enfriaban los huesos. Se quedó perfectamente inmóvil. Porque leyó en los de Mr. Lewis Smith Forbes, gerente y copropietario del Hotel Majestic que no solamente era hombre para tirar del gatillo sino que estaba a un pelo de hacerlo. El fraile sostuvo la mirada. «Baje el arma —le dijo bajito—, no soy el ladrón».

El tipo le era conocido, como a todos en Buenos Aires. Cuántas veces los diarios habíanlo retratado como el perfecto gentleman, el gran comerciante y el distinguido clubman. Llevaba el hotel con una rigidez de puritano y un porte de gran señor: era hombre capaz de alternar con un duque, como de knockar a un cocinero. Su corrección era proverbial en Buenos Aires: elevaba el escrúpulo de la respectability a una altura religiosa. De él se dijo que llegaba a las citas a minuto sonado, y pagaba los pagarés con el reloj en la mano; así también los cobraba. Para completar su retrato en estilo propio se podría añadir: deportes: golf, tiro al pichón; clubs: Golf Club, Jockey Club, y Residentes Británicos; vacaciones: Jersey y Mar Del Plata; estado: soltero; religión: presbiteriana unida; diarios: The Times y Buenos Aires Herald; estudios: M. A. Eton; distinciones: Foreign Service's Commander Medal... Mr. Lewis era en Buenos Aires el prototipo vivo de una gran nación amiga.

El fraile en su vida selvática había leído una decisión fatal en el tono de unos ojos o de una voz demasiadas veces, para poder dudar que aquellas claras pupilas de acero impertérrito le prometían la muerte con un furor frío. ¿Y cómo no? ¿Qué cosa podía lastimar más mortalmente la respetabilidad de Mr. Forbes que aquel tremendo batifondo de borrachos a prima madrugada nada menos que en su copetudo hotel, al alba del gran triunfo social de su fiesta aristocrática? Su mano no se movió una línea cuando imperó:

—Hable usted. ¿Qué pasa?

Mas en ese instante otra irrupción interrumpió la escena. El comisario Deza y dos agentes arribaban al remolque de un lacayo enloquecido:

—Desaparecido como el humo —decía el lacayo—. Hacia el bajo hay huellas de sangre en el suelo, hasta la tercera ventana, donde hay una mano sangrienta estampada. A dos cuadras, en la otra bocacalle, hay un guardia. Por ahí no pasó entonces. Entonces dobló la primera bocacalle. Pero si dobló por la izquierda, lo hubiesen visto doña Remedios y sus hijas, que hace rato abrieron la merenguería. Por la derecha tampoco, lo verían en la peluquería de Feliciano... Retrocedió el tipo entonces... —concluyó— o si no, se hizo humo.

—¿Que si ritrudeció? —rugió el portero a quien por lo visto el chichón le escocía aún—. ¡Ciertu que ritrucidió! Comu que lu hallé yo en el ascensor borrandu la sangre. No te vale el disfraz de fraile, asesinu. Comu que ahora mesmitu...

—¿Asesino a quién? —preguntó el preso con ira—. ¡Santo cielo! Están perdiendo tiempo aquí y ¿dónde está el herido entretanto?

La respuesta la dio un hombre que se descolgaba en ese momento a brincos por la escalera imperial, como un mono por una reja. Estaba lívido.

—El dos-uno-tres está muerto —gritó— o poco le falta. Es un mar de sangre.

—¿El dos-uno-tres? —preguntó el fraile poniéndose pálido—. ¿Cómo es eso?... Comisario —exclamó en seguida— exijo que se me permita subir con usted. La víctima puede necesitar de mis auxilios.

—Este hombre es altamente sospechoso, comisario —dijo pausadamente Mr. Lewis—. Nadie sabe qué tenía que hacer en el hotel a estas horas. Exijo que se le arreste.

—Me quejaré al presidente de la república —exclamó el fraile cándidamente.

Entonces se vio intervenir a un nuevo actor, asombroso. Un hombre de pantal y gorro blanco, fornido, moreno, se hizo adelante con resolución y alegó con cerrado tono napolitano:

—Puédeno lárvalo. Lo conozco perfetamente. E lo frate que diche la mesa nel hospedale aquí al lado. Stoy cansado de védelo nela mesa e nel convento ánque. Se yama así come lo ha dicho.

El cocinero Giácomo se ve que hacía fe en el Majestic. El gerente guardó la pistola y seguido del comisario más la inmensa barra de curiosos estorbones con el fraile entre ellos, se precipitaron todos escalera y ascensor arriba al número 213.

Minutos después la pieza 213 les descubría su secreto rojo. Pocas veces había visto el fraile tanta sangre, y desparramada de tal modo, o quizá era el efecto del contraste con las doradas molduras, las albisimas sábanas, las butacas de raso rosa, todo el lujo aparatoso de la alcoba. Y en el medio de aquella paleta de pintor que reveló la cenicienta luz del alba, yacía en medio de un chafarrinón rojísimo un hombre gordo y en camiseta de seda, degollado horriblemente. El cuello parecía una enorme sandía. Parecía que hubiesen asperjado sangre con una jeringa.

—¡Condenación! —dijo el gerente—. ¡El doctor Barreto, justamente! —y salió a contener a la gente que se amontonaba. El comisario levantó del suelo un enorme cuchillo de cocina, nuevo, y se volvió hacia el fraile, impacientemente:

—¡No me toque nada! —le dijo.

Mas el fraile estaba ungiendo con el pulgar la cara rechoncha del degollado, todo concentrado en decir exactamente la fórmula del eventual sacramento de los moribundos:

—Si adhuc est capax... per istam sanctam unctionem et suam piísimam misericordiam, absolvat tibi Deus quidquid... deliquisti. In nómine Patris, et Filii, et Spíritus Sancti. Amen.

Se volvió con la mano toda manchada en sangre, buscando donde limpiarla. El comisario discutía vivamente con el pinche napolitano.

—¡Ma sicuro! E'no cochiyo come lo nostro.

—¿Pertenece a la cocina?

El pinche Giácomo lo empuño tranquilamente, malgrado los horribles cóagulos, y lo examinó a la luz matinal. Si antes su aspecto pareció grotesco, ahora era siniestro. Tenía un facha bruta, mal hecha, con líneas desaparejas y blandía el cuchillo con familiaridad profesional; pero en la base de la frente estrecha le lucían dos claros ojos verdes de niño.

—Eh, me pare —dijo— e propio come lo nostro. A ver. No. Non é de lo nostro. Troppo noevo me pare. ¡No! —exclamó tirando al suelo el cuchillo—, esto no apartiene nada a la cuchina nostra.

—¿Pertenece o no pertenece? —sibiló el comisario.

—¡Eh, qué porcaría me estai armando acá osté! —dijo Giácomo—. ¡Pertenece a la porra maronna! —Y se quiso marchar; pero lo paró el cabo.

El policía se volvió al cuarto y encontró al fraile lavándose tranquilamente las manos en la jofaina. Se puso furioso y empezó a increparle que le estaba embrollando las pistas. El fraile lo oyó respetuosamente y después le dijo:

—Mire, comisario, aquí no hay pistas. Esa cajita chata debajo la almohada debió contener valores; pero juraría que el ladrón la tocó con guantes. Hubo una lucha rabiosa antes del asesinato, la víctima está herida por todo; pero fue una lucha muda, el asesino le atenazó la garganta, era un hombre fuerte... ¡Si lo sabré yo! —exclamó Metri—. Las únicas pistas aquí, las tengo yo, comisario.

—¿Dice que vio al hombre?

—No lo vi; lo sentí, comisario. Era un hombre de talla normal, vigorosísimo. Me voy, comisario.

—¿Y cuáles son sus pistas?

—La misa en el hospital, las hermanitas que me esperan. Más tarde hablaremos, comisario. Pero mire, ya que pregunta; escuche un poco: un hombre que habla con una voz científicamente desfigurada, primero; que desaparece como un humo a la puerta del hotel, segundo; y que me da el número 312 en vez del 213, ¿quién es ese hombre? Piense, comisario.

—¿Lo sabe usted? —prorrumpió el comisario.

—No sé quién es, pero sé dónde está —le susurró el fraile al oído. Y se deslizó como un gato escalera abajo.

Al llegar al hall se encontró en la mesa de entradas con el señor del camión del tercer piso acompañado por una señora gordita que despoticaba como una tarabilla. Había que oírla.

—Sí, señor —decía—, ahora mismo me voy, antes de una hora quiero salir de aquí sépalo, gerente, ¡antes de una hora!, no lo puedo soportar, un asesinato en el Majestic, me voy al Ritz, el pobre doctor Barreto, ya se lo decía yo, jamás se debe llevar dinero encima, hay que dejarlo en el banco en cheques, casi un millón de pesos, María Santísima, y pensar que vino con nosotros desde París, quién iba a pensar esta cosa atroz, justo cuando había redondeado su fortuna, es una abominación, es diabólico, demoníaco, el gobierno debería intervenir, estos crímenes multiplicados, estamos viviendo entre asesinos —chillaba la buena mujer todo seguido como una lección de memoria—, no hay temor de Dios, señor, no hay religión ni nada, no se va a poder vivir más, este país es una porquería, lo mejor que podemos hacer es volver cuanto antes a Francia, te lo decía yo en Boulogne, Maneco... ¡Ay!

Se quedó de golpe con la boca abierta viendo al fraile que se deslizaba sigiloso hacia la puerta.

—¡Allá está! ¡Ese fraile vino a despertarnos a la media noche! ¡Y a lo mejor es otro asesino disfrazado!

El fraile se volvió chiquito, se hundió en el sayal y se hizo humo, viento y polvo impalpable. Ni que fuera un asesino dispararía más fuerte. Porque, tímido a su manera, tenía casi más miedo a un necio que a un asesino.

II

—Me voy pasado mañana, quiera o no quiera usted, comisario —repitió el fraile obstinadamente—. He venido a ver al Presidente, a pedirle auxilio para los Laneros de San Antonio; pero ya que no quiere recibirme, me vuelvo a mi reducción. En este asunto no tengo nada que ver; y allá urjo...

—El famoso misionero del Chaco santafecino está a cubierto de toda sospecha —dijo el comisario—. ¡Naturalmente! Eso no obsta a que su presencia en el lugar de los hechos lo haga sumamente interesante a la pesquisa y sumamente sospechoso, diría, a muchas personas que no tienen obligación de conocerlo, o no curan de evidencias morales. Legalmente yo podría detenerlo, aun por medio de arresto... Su terquedad en negarme los datos que dice poseer...

—Jesús, comisario, no, eso no puede ser exacto —gimió el padre Losada, el prior del convento—. Es imposible que el reverendo padre... Yo no podría obligarlo por santa obediencia, pero yo creo que el reverendo padre... Nuestro deber es servir a la autoridad constituida. Este asunto es muy enojoso, un sacerdote no debe andar mezclado en estas cosas. Yo le suplico, señor comisario, haga todo cuanto pueda por sacar el nombre del reverendo padre Metri inmediatamente de todo este ruido y este revuelo en que se ha mezclado. ¡Señor Dios mío! ¡Qué dirá el señor Arzobispo!

—Yo no me he mezclado, Dios me mezcló, y no tengo datos, comisario —contestó Metri malhumorado—. Este no es mi oficio, yo no soy policía. Este asunto no me interesa para nada. Una desdichada casualidad...

Estaban los tres en el locutorio del convento, tres días después del crimen, una salita extraordinariamente fría y despojada, con viejas sillas de Viena y una estampa del Sagrado Corazón, que tenía aspecto de querer advertir al visitante que debía irse lo más pronto, Dios me perdone la irreverencia, pero así era. El comisario Deza se retorció una guía del bigote mosquetero y prescindiendo del superior replicó al misionero severamente.

—Usted dijo que sabía dónde está el asesino.

—Dónde estaba el asesino —corrigió el fraile.

—¿Y dónde estaba? —inquirió el comisario.

—Escondido entre un centenar de personas.

—¿Pero en qué lugar?

—En un lugar donde ustedes lo echarán a perder todo si se lo digo —dijo el fraile—. Mire, comisario, todo eso fue una broma. Yo no le puedo decir cosas que no estoy seguro, y pueden causar mucho daño si me equivoco.

El comisario pensó con amargura que el fraile mentía. Es evidente que lo que lo cerraba era una especie de envidia profesional. Dos o tres casos misteriosos que el santo varón por azar había develado lo habían vuelto golosísimo de esas adivinanzas truculentas que un crimen propone, por aquello de que las primeras fijaciones de un instinto determinan su desarrollo. El penetrante ingenio a la vez especulativo y práctico del monje misionero se había apegado con fuerza a la solución de esos problemas psicológicos concretos. Eran su deporte. Desde chico recordaba el fraile su manía de preguntarse interminablemente cosas así; por ejemplo: la verdadera razón de un gesto raro en una persona, el significado profundo de una situación. Le ocurrió alguna vez, dos o tres años después de una palabra caer en la cuenta de pronto del oculto motivo o sentido de la misma. Pero tenía rubor de mostrar esa su ciencia un poco esotérica. El comisario decidió sonsacarlo por las buenas.

—Muchos hilos ya están patentes —dijo como al descuido—. El criminal llevaba guantes. La puerta estaba cerrada con llave pero no tenía cerrojo: el cerrojo estaba descompuesto. No parece que viniera decidido a matar: probablemente trajo el cuchillo para asustar a su víctima o extorsionarle el sitio del dinero. Mató porque fue atacado o quizá reconocido. Llevaba plantillas de goma. Atacó de atrás al portero, y lo durmió de un golpe violentísimo, que no parece de puño. Era un hombre fuerte... y un hombre listo... todo el cariz del crimen revela un hombre inteligente... desequilibrado pero de talento... un hombre que discurre... un paranoico —concluyó el comisario con importancia.

—Todo eso no sirve para nada, comisario —interrumpió Metri con cierto fastidio—. No es ese el camino. Ya sabemos que el criminal no es un hombre torpe, lejos de eso. Todos los pormenores están cuidados. Lo que yo quisiera saber es esto: siendo hombre tan listo, ¿por qué salía del hotel? ¿Qué necesidad tenía de correr el riesgo de ser visto y sentido, como de hecho lo fue por mí? Averígueme esto, comisario, si puede.

—Pero ¿qué iba a hacer entonces? ¿Quedarse adentro?

El fraile no contestó y se quedó un momento suspenso. Cuando sus ojos volvieron a mirar, tenían la alegría de un chiquilín consentido.

—¡Pero ya lo sé, comisario! Es sencillo. La sangre... se pringó sin querer... El no había previsto eso... Salía simplemente con el fin de manchar de sangre el ascensor y el frontispicio.

—Reverendo padre —intervino el superior— todo eso que usted dice, no nos da a nosotros mucha luz.

—¿Y para qué quiere usted la luz? —preguntó Metri cándidamente, sin sombra de ironía. El rostro del otro enrojció—. Quisiera tenerla yo la luz —añadió Metri cayendo en su gaffe.

—Sería muy deseable por cierto —dijo el superior con cierto valor—. Yo no sé si usted realiza toda la importancia de este asunto, reverendo padre. El presidente de la república, dice aquí el señor comisario, está interesadísimo en el buen éxito de la pesquisa, y está apremiando al jefe de policía. Un crimen en el principal hotel de Buenos Aires, en el centro de nuestra sociedad más distinguida, y un crimen de esa naturaleza... compromete hasta el nombre de la nación. Y después el doctor Barreto era una persona muy importante para la república —prosiguió obviamente repitiendo palabras ajenas— un apellido prócer, dueño de media provincia de Buenos Aires, miembro de muchos directorios, un gran financista, una de las figuras...

—El doctor Barreto era un chanco —exclamó groseramente el padre Metri, cuyo rostro se había enrojcido paulatinamente.

El otro religioso se quedó como si hubiese visto al diablo o le hubiesen dado un puño en la plácida barriguita. El comisario rió ruidosamente.

—¡Epa amigo! —dijo—. No se enoje, padre.

—Perdón —continuó Metri— pero todo el mundo lo dice, así con esa palabra y yo lo creo. No se debe hablar mal de los finados pero la expresión que la muerte fijó para siempre en la cara de ese hombre era de una animalidad perfecta. Sus últimas palabras fueron: «Socorro, policía. Mi plata». Era un perfecto caballero, un hombre fino, ¿verdad? Yo también lo sería fácilmente si no tuviese que trabajar... hombre fino. Vivía en París de las rentas de sus latifundios, los cuales tuvo el trabajo de heredar de su padre, el cual los heredó de su abuelo, el cual los obtuvo con el trabajo de alambrarlos o escriturarlos. El vivía en París... como ustedes saben, y yo sé cómo vivían acá sus arrendatarios, y los de tantos otros como él: yo he visto el campo argentino. Venía acá a alzar dinero y volvía allá a dejar que sus campos se avalorasen solitos, a costa del trabajo de quienes sacrificándose hacen aquí Argentina. No es justo. El derecho de propiedad jamás autorizó una aberración semejante.

—Bien —dijo el padre Losada con ironía—. Entonces era un chanco, el asesino hizo bien degollarlo, y nosotros los religiosos debemos encubrirlo...

El misionero chaqueño se movió todo en su asiento, como un nadador que se da vuelta. Parecía que iba a levantarse e irse.

—No embrome, padre —gruñó—. Usted sabe que el homicidio es un gran pecado, peor que la fornicación simple y el robo. Es un gran crimen. ¿Pero acaso es el único crimen que hay en el país —exclamó acalorándose— para que se vuelva patas arriba la ciudad y hasta el gobierno, como si se acabara el mundo? ¿Y mis indios del Chaco, explotados y oprimidos como animales, como animales? ¡Ustedes no ven crímenes hasta que no ven sangre! ¡Y la verán la sangre, la

verán pronto, por poco que no me hagan caso, y más sangre que en ese hotel, y sangre de la mejor del país, y no de un panzudo zángano que andaba llamando sobre sí el cuchillo con el insolente exceso de su dinero injusto! ¡Sangre inocente se derramará pronto en San Antonio Obligado! Así se lo puse en la carta al presidente... y no se dignó recibirme... «¡Está muy ocupado!».

El padre Metri, testarudo como una mula, había caído en uno de sus humores excesivos, tan temibles al padre Losada. Por fortuna en ese momento estalló en lo alto, como un volar de pájaros unánimes, la armoniosa campanería del convento llamando a vísperas, mientras el esquilón de la comunidad cascabeleaba con risa de plata. Los dos frailes se alzaron al punto y el comisario se despidió malhumorado. Mas al transitar hacia el coro los claustros profundos, el superior que se sentía terriblemente desazonado, no pudo omitir volver a la carga:

—Reverendo padre —musitó— creo que usted se coloca en una actitud absurda, que puede costarnos cara, y eso por una impaciencia inmotivada. El presidente solo le ha dicho a usted que espere. El señor arzobispo me prometió por su parte...

—Es inútil, no hay nada que hacer con *ustedes* —repuso el tozudo italiano, envolviendo en ese *ustedes* su carácter impaciente de trámites a todo el mundo jerárquico desde el simpático comisario Deza hasta el puntilloso presidente de la nación realmente muy ocupado, incluyendo su viejo condiscípulo el superior Losada, perfectamente arrepentido a estas horas de haberle dado alojamiento en el convento. Fraile comprometedor. «Yo no quiero líos», pensó el padre Losada. Y Metri era el hombre de los eternos líos, o como decía Losada, los eternos revuelos.

El canto de vísperas calmó su humor concitado. Solía decir el padre Metri que el rezo del breviario, que antes de ordenarse temía como una carga, había resultado su más dulce reposo. Decía que era como una devoción inventada por Dios mismo expresamente para él: una hora de oración vocal, para él que muchos días no estaba para mental; una devoción gravemente obligatoria, para él cuya vida tumultuosa le peligraba las devociones libres; y una oración rítmica y poderosa de inflamada y extraña poesía siempre cambiante y nueva. La lectura pausada de los salmos de David le refrescaba el corazón, le polarizaba los pensamientos, le remansaba la meditación. Mas cuando se añadía el canto, el efecto era maravilloso.

—Me zambulle en vino, en cordial y en tila— decía el fraile.

Justamente en este momento salmodiaban los coristas el hermoso «Himno del sueño» de Completas:

«Antes que la luz se extinga,
Oh Señor de lo creado,
cierra en torno tu carlinga,

sé mi fuerte y fiel armado.

Los lascivos sueños mata,
y el fantasma no me alarme,
y a Belial las alas ata,
que no ensucie nuestra carne.

Dánoslo, Padre piísimo,
y Tú, el Hijo, de consuno,
Y Tú, Espíritu Santísimo,
que reináis los tres en uno.

Amén. Aleluya».

Se levantó pausadamente porque le tocaba el turno. Las turbulentas emociones del día estaban en el fondo de su alma remansadas en oración y en pensamiento. Empezó a articular con voz potente el gregoriano de los trozos de Escritura que constituyen el responsorio. De repente su voz se quebró, y su alta figura se quedó inmóvil, en uno de sus súbitos y típicos pasmos. Musitaba entre dientes, todo interlocado. Un corista se movió hacia él sin ruido y le susurró al oído:

—¿Se siente mal, reverendo padre? El extraño fraile volvió hacia el estudiante un rostro tan arrobado como el de un santo.

—El cécidit in fóveam quam fecit —dijo.

—¡Cómo?

—¡Et cécidit in fóveam quam fecit!

Entonces volvió de su distracción y concluyó con voz tonante el versículo que había comenzado:

—Insidiavit peccator justum et cécidit in fóveam quam fecit⁶.

Rato después, mientras la comunidad cenaba Metri estaba otra vez fuera de casa con gran disgusto del superior, encerrado con el comisario Deza en el juzgado en una discusión interminable. Aseguraba que había encontrado el medio de discernir al asesino, y «hacerlo caer en su propia trampa», como dice la Escritura, con tal que el juzgado le facilitase una maniobra que a Deza parecía absurda. Se trataba de comenzar de nuevo los interrogatorios del hotel con presencia del fraile, incluyendo dos preguntas estúpidas que este traía escritas. El caso era que el dueño del Majestic ya se había quejado al ministro del interior del desastre que representaba para su fama y su distinguida clientela la acción interminable de la policía... Sería nunca acabar. Pero al fin aceptó una transacción propuesta por el otro: expurgar la lista de los pasajeros del hotel, supri-

6. Traducción: «uso insidia el pecador al justo y cayó en la trampa que puso».

miendo a todos los que a la hora del crimen evidentemente estaban coartados; y además, a todos los muy altos, los muy petizos, los muy gordos y los muy flacos, ya que el hombre de la voz cantarina era de mediana hechura. (¿Una mujer disfrazada de hombre? Del todo absurdo). Someter a cuestión rigurosamente todos los otros, sin exceptuar ninguno...

III

El comisario Deza sabía mantener al hombre más ducho en vilo y azoramiento bajo una granizada de preguntas divergentes y sardónicas, como un tigre bajo los chasquidos del látigo: era un maestro en cross-examination. Pero el mismo juego repetido docenas de veces era agobiante, aun para los escribientes y oyentes. El escribano sudaba copiosamente y le dolía la mano y la cabeza de estenografiar siempre lo mismo. El sargento se había sentado, manos en las rodillas y cabeceaba. Después de un día de trabajo casi ininterrumpido, la tarde caía inundando los ventanales del oeste con una luz cansada y fría, amarillenta. El comisario quemaba los trámites. Solo el fraile clavaba en los examinados sus ojos sin pestañear, bajándolos solo para anotar algunas palabras en una hoja. Desde el gerente del hotel hasta el último groom, sin exceptuar los viajeros copetudos que habían recibido orden de mantenerse a disposición de la policía, fueron zarandeados de nuevo. El comisario acabó con un suspiro, no sé si de fastidio o de rabia. Se volvió hacia un compañero:

—¿Y? —dijo.

El fraile se incorporó con los puños en la mesa. Sobre ella estaban dispuestos siniestramente, por expresa exigencia suya, el rudo instrumento del crimen, la camiseta del muerto hecha un pegote negruzco, la billetera metálica, el cerrojo estropeado y otras atencias al hecho: alucinante colección de horrores. El fraile los contempló sin verlos. Después se puso a pasear por el ancho living-room sin decir palabra. Parecía terriblemente indeciso, perplejo, improvisando.

De pronto dijo:

—Quiero que me traigan de nuevo al gerente, al lacayo que borró los rastros y al cocinero Giacomo. Ahora los tres juntos.

Enfrentó la ancha mesa. Su frente reflejaba preocupación y duda.

—Comisario —dijo—. Estoy agarrando un hilito tan delgado que un soplo no más me lo rompería. ¿Recuerda las preguntas que le hice incluir en el interrogatorio? El número de la pieza del crimen y el lugar donde cesaban las huellas de sangre. El criminal que al querer darme a mí un número falso, me dio el número bueno invertido, es un hombre que conoce el hotel, que es del hotel, por más que haya atacado al portero para fingir una intrusión y haya salido luego, al notarse chorreando sangre, y eso fue su pérdida, para fingir una salida. No

tuvo calma para quedarse adentro a limpiarse, temeroso quizá del ruido de la lucha. Piensa estupendamente las cosas en frío, pero de golpe le falla la serenidad en caliente. Y bien —continuó reflexivamente—. Todo el hotel ha dado bien el número 213, menos un hombre, fíjese bien, un hombre dio mal el número; y todos han dicho que las huellas sangrientas terminaban en la ventana, menos dos hombres. Ese es el resultado de nuestro experimento.

—¡123! —saltó de golpe el escribano excitadísimo—. ¡Solo un hombre no ha recordado el número, y ha barajado las cifras! ¡Jesucristo! ¿Será posible? Es demasiada casualidad. ¿Pero cómo no reparar en trampa tan burda?

El fraile lo detuvo con un gesto imperioso. Ya volvía el sargento con los tres hombres. Metri se encaró con el napolitano:

—¿Recuerda usted el número de la pieza del crimen?

—¡Un'altra volta! Ma qué... —dijo Giácomo—. Sicuro. Duchento e treche.

—¿Y cómo al preguntarle el comisario se equivocó y dijo ciento veintitrés?

—¡Non e vero!, ¡Maronna! ¡E impossibile! Mene ricordo bene. Tanto lo hanno dicho e ridicho e volta a dirlo...

El fraile se volvió al lacayo, consultando su papel.

—Usted ha declarado que vio huellas de sangre por la acera de la bocacalle...

—Es verdad.

—Es raro. En el momento de crimen usted afirmó que llegaban solo hasta la ventana.

—Las vi después. Volví a mirar.

—¿Cuándo?

—A la tarde.

—¿Cómo se le ocurrió?

El lacayo vaciló.

—Me mandaron a limpiar —dijo—. Había más.

—Ningún otro las vio fuera de usted y el señor gerente —observó el fraile—.

¿Quién lo mandó?

El gerente que escuchaba con visible fastidio intervino con su voz cortante:

—¿Cuándo acabamos? ¿Y a dónde van estos ejercicios de memoria?

El ensayalado juez de instrucción se volvió hacia él lentamente como un buque que vira y lo miró largo. Después dijo:

—El señor gerente tiene muy mala memoria. Pero tiene muy buena vista. Veremos cómo anda de oído.

Tomó de sobre la mesa una rodaja de latón, en forma de lenteja y la introdujo en la boca. Era uno de esos chifles que se usan para mostrar a cantar los canarios. Cuando habló, su voz sonó alta, femenil, metálica, irreconocible.

—La buena vista del gerente se comprueba porque vio las huellas de la bocacalle antes que ninguno, ya por la mañana, según consta ahí.

El inglés hizo un levísimo gesto de supremo desdén, y sin decir una palabra

se volvió hacia la salida. Pero el otro se fue sobre él y lo detuvo:

—Un momento —dijo—. Es preciso que oiga.

Le hablaba con la cara encima. La vocecita aflautada chillaba de modo insoportable.

—¡Mala memoria!... El único que no recuerda el número exacto de la pieza, o al menos el orden de los números. Y en cuanto al oído...

—¡Un sacerdote, qué feliz azar! ¡El cuarto piso, la pieza 312! —chilló el fraile con insolencia.

El inglés saltó de sus quicios. Su puño se alzó como un resorte de acero, y un tremendo upper-cut bamboleó al fraile insolente, que hubiese rodado como una bolsa de papas a no haberse asido de su terrible adversario. Este perdió todo control entonces. Arrebató el revólver al sargento, que había saltado a separarlos y disparó un tiro que descacharró el techo. Era uno de esos viejos revólver Colt, puro ruido y humareda, que parecen trabucos. Cuando se disipó el humo, vieron todos que el inglés dejaba caer el arma, se agarraba la frente y miraba a todos con ojos enloquecidos.

—¡Qué he hecho! —exclamó. Y como presa de súbito ataque de pavor echó a correr hacia la puerta, cruzó el hall, y saltó el dintel y los escalones de mármol. Y en ese instante tropezó violentamente con una persona que entraba y rodaron los dos agarrados. Este otro era un hombre grandote vestido de un sayal oscuro.

El fugitivo dio un verdadero alarido.

—¡Condenación! —clamó—. ¡Otra vez! ¡Otra vez el fraile cortándome el camino! ¡Pero ahora morirás, damned fool! ¡Condenado idiota!

Y lo hubiese estrangulado, si no los separan. Mas el nuevo fraile se levantó como quien duda de si sueña o vive, y exclamó desfavorido.

—Soy el portero de los franciscanos y vengo a preguntar por el padre Metri que falta del convento hace una noche y un día.

IV

El padre Metri fue recibido al fin por el presidente de la nación, que tenía curiosidad de verlo y el deseo de felicitarlo por su feliz actuación en uno de los sucesos más lamentables, etcétera. La confesión del gerente del hotel Majestic como autor de la muerte del doctor Barreto, dos sucesos increíbles, espantosos, inconcebibles, absurdos, cosas de pesadilla, que a él le costaba creer todavía, había puesto otra vez la opinión pública en marejada, etc., etc. Por eso había hecho esperar otra semana a su reverencia, etc., etc., etc. Pero cuando su reverencia intentó exponerle el complicado problema de su querida reducción de San Antonio de Obligado, y convencerlo de su proyecto de solución bastante insólito, el primer magistrado se perdió varias veces y quedó no poco perplejo.

Al fin prometió encargarse del asunto, hablar al ministro de guerra y al del interior, interesar al gobernador de Santa Fe, consultar con el general Obligado y ver si se podía separar al mayor Ojeda y tomar las difíciles medidas propuestas por el fraile para regularizar las relaciones entre indios y colonos. El fraile salió bastante mohíno, y emprendió el regreso a toda velocidad y cortando camino, por haber recibido de su pueblo noticias muy alarmantes. Como había temido, en efecto, las medidas del presidente llegaron tarde, y los Lanceros de San Antonio bruscamente sublevados escribieron con sus lanzas una página luctuosa en la historia de las misiones chaqueñas, a la luz de un pueblo entero incendiado. Pero esto es otra historia.

CANCIÓN DEL ASPIRANTE AL MARTIRIO

En la mitad de la vida
tan-tan, una campanada:
—¿Quién es? —Soy tu prometida
la Muerte... —Oh, pálida amada...

... ¿Tan pronto? ¡No tengo nada!
¡No me gusta dése modo!
—Ajuar, aras y arracada,
la novia corre con todo.

—Soñé un dios de pedrería
y salí estatua de lodo...
—¡Entrégate! La hora es mía
y es el último acomodo.

—Con el placer, la alegría
ganar quise negociante.
¡Perdí!... y con la sangre mía
merco el gozo fulgurante.

—Dios padre quiera los huamos
de tu limo hacer diamante.
—Aladre del Valle, los ramos
mirra y azahar fragante.

La luna por los retamos
vierte su livor cruel.
Yo y la Muerte nos besamos.
Y la luna era de miel.

EL DEGÜELLO DE SAN ANTONIO

«Servía al mismo tiempo la Capilla de vivienda y cocina al Capellán. El altar era una mesa con gradas colocada contra un mojinete; al poniente estaba una especie de fogón donde cocinaba el sufrido franciscano... La batería de cocina consistía en un gran sartén de cabo corto... para que no estorbara mucho a los que entraban en día de fiesta... permanentemente colocado sobre una mesita de carpintero... El confesionario era una tapa de cajón de fusiles, en la pared del Sur... con un rallador de lata agujereada en figura de Cruz mal hecha...».

(De las Memorias de D. Manuel Roselli,
poblador de Reconquista).

Con este relato entramos en materia delicada y debatida. Pero sin aventurar opiniones ni mucho menos censuras, bástenos anotar los hechos con el mayor rigor, sin apartarnos un punto de la verdad, tosa quien tosa.

Aquel domingo amaneció sofocante y bochornoso. El norte soplando tres días seguidos, primero en ráfagas calientes y después en deshecho vendaval pulverulento, calcinaba los sembrados, caldeaba las paredes y abatía los ánimos con la colaboración de un cielo de horno y un sol implacable. Cuando el padre Metri se tumbó del jergón, bien antes del alba, el viento había caído, y todo anunciaba próxima tormenta. El oriente color cárdeno. La pesadez del aire. Su fatigada cabeza. A pesar de haberle el calor desvelado, sentíase como arrancado a un sopor secular, como si hubiese dormido años, y viniese de allá muy lejos, de una región profunda llena de pesadillas irrecordables pero henchidas de es-peluzno y náusea.

Sintió un leve mareo, que atribuyó al poco sueño; pero se despabiló con un

manotón de agua, abombada y oleosa, porque tenía bastante que hacer antes de la solemne misa y bendición de San Antonio; un bautizo, confesiones, arreglar la capilla, anotar un matrimonio...

Sintió un gemido en el cuchitril del lado: el indiecito San Pablo se despertaba o soñaba. Oyó roncar a Cautivo. Se movió sin ruido hasta la iglesia. La pobre iglesia de material con su torre cuadrada que acababa de construirle trabajosamente don Leonardo, la primera casa bien hecha del pueblo, estaba aún en tinieblas: en la lámpara del sacramento chisporreaba el sebo de vaca. Arregló el bautisterio y abrió la puerta. Una figura sombría se alzó a sus pies, en tanto que empezaba un llanto débil, blanco, mansito. «¡Ya estás acá, india terrible, con la pobre criatura, quién sabe de qué horas de la noche!». La Chuca no le respondió nada, fuera de mirarlo largo con sus ojazos negros, insistentes. Le hizo dejar sobre unos cortinados la criaturita con sus piernitas secas y sus extraños ojos, y ocuparse del arreglo del presbiterio, de las andas, y del santo, hasta que viniesen los padrinos. La muchacha toba empezó a moverse sin ruido, como una onza.

Los padrinos eran el sacristán Cautivo y el capitanejo Miguel Baltasar Biguá. El cura creía estar soñando aquel extraño grupo en la semioscuridad, recortado por dos vacilantes hachones: los ojitos grises verdosos, azulinos de la huahua negra que lloraba siempre, ojos mal puestos, como dos florcitas de lino en un sapito, como dos pupilas de cordero en un aguará pichón. En fin, cuando lo hubo hecho cristiano sintió un alivio; pero todos estos mestizos ¿qué clase de cristianos irían a dar?

La luz terrible del sol chaqueño ya estaba inundando la iglesia como una serie de explosiones. Algunos otros indios recelosamente iban cayendo. Un grupo de colonos hablaba en el atrio: conoció la voz del viejo Etwald...

—Ya están los novios, Patriólec⁷ —sonó a su lado la vocecita del monaguillo San Pablo.

Era aquel día el casamiento de la hija del jefe del fortín, el mayor Ojeda, con el suizo Etwald, dueño del aserradero. El fraile se dirigió apresuradamente al cuartucho que le servía a la vez de comedor, despacho, oratorio, biblioteca y sacristía. A la sombra del viejo guayacán cerca de la puerta, le esperaba la gentil pareja tomados de una mano y hablándose cara a cara en amorosa y frutiva absorción de enamorados.

Metri sintió quién sabe por qué una sensación aguda amarga, como sangre en la boca. Irupé era bellísima: un toque de sangre rubia (su madre era hija de alemanes) ponía en su criollez trigueña como una oculta llama, que hacía su cutis transparente como cera, sus labios excesivamente rojos, sus cabellos llamantes a la altura del hombro de su arrogante compañero, los pies pequeñitos en botas polonesas, las manos redondas. «No se puede negar que esto lo hace

7. Patriolec: «padrecito».

Dios —pensó el fraile bajando los ojos— esto no es fabricación de hombres, es la tierra, el sol, y el cielo quienes dan estos frutos. Pero no siendo míos, los debo de respetar»... «Es una chiquilina», pensó Metri. Pero Etwald no era mucho más viejo.

—Y bueno chiquillos ¿qué hay?

—¿Nos casa, padre Metri? —dijo Etwald.

—¿Yo? No puedo.

—¿Cómo no puedo?

—Ustedes dos se casan. Yo no soy el ministro de este sacramento. Lo presencio. Lo bendigo en todo caso.

—Mire qué gracia —dijo ella muy rosada.

—No, m'hijita. Es la doctrina. ¿Te has olvidado ya? ¿Qué clase de madre de familia va a ser esta, Virgen del Carmen! Son los esposos los ministros del sacramento. Al concertarse para consentir de una vez por todas a la tendencia mayor de la divinidad que es dar la vida, se vuelven un poco sacerdotes, y participan de la sacrosantidad de todo lo que es eterno... Pero esto es un pedazo de mi sermón.

Suspiró cansado.

—Son dos chiquillos ustedes —prosiguió—. ¿Quieren casarse? ¿Tanto apuro tienen? ¿No tienen lástima del pobre viejo Metri que hoy no da más de quehacer? ¿No se interesan por toda esta indiada, que todavía no se sabe si serán fieras o cristianos? ¿En tiempos tan peligrosos y tan duros ustedes dos quieren cuanto antes un rinconcito de paraíso terrenal para ustedes dos solos?

Habían entrado y se había sentado al despacho, abriendo el libraco del registro civil. El joven colono se adelantó dos pasos —mientras Irupé fruncía los labios con mimo y se ponía colorada por gusto— volteó el sombrero, se pasó la zurda por la riza melena rubia, derecho y elástico como un junco, y dijo con hombría:

—Padre Metri, no hacemos daño a nadie ni queremos mal a ninguno al contrario ¿verdad, Bitú? Yo soy un hombre de trabajo que no conoce más que su ocupación. El aserradero me rinde. Mi padre me ha dejado todo. He comprado una chacra de caña dulce y voy a levantar también una estancia: ocupación para el indio y progreso para la colonia. Necesito una mujer y Bitú me quiere. Y aunque no la necesitara, yo la quiero. Porque sí, por gusto, por lujo y porque así Dios lo manda. Y aunque no la quisiera, yo mataría al primero que se pusiese entre ella y yo, y le hiciera solamente sombra con la punta del dedo. ¿No es cierto, Bitú? Decíselo al padre Metri.

Los dos se echaron a reír con júbilo. El fraile escribía lentamente fechas, nombres y apellidos.

—Arturo Etwald —dijo—. Aguará blanco, no te fíes demasiado de la vida, guardá un repuesto para los días malos, no te gastés todo.

—La vida es jodida —dijo el otro con orgullo— pero yo sé andar por el monte... Yo creo que Dios protege al hombre que camina derecho. Usté me dijo que

tenía que bautizarme y qué sé yo, y entrar en la religión católica. En Suiza son de otra ley, bastante parecida, pero no creen en el papa. ¿Qué me importa a mí? Bitú quiere que yo sea de esta ley y yo soy como Bitú quiere. De lo demás, ya se lo dije ayer al confesarme. No he hecho mal a nadie, defendiendo lo mío y lo ajeno no toco. Dios es bueno. Si Dios no hace más, debe ser porque no puede.

El fraile se sentía visiblemente molesto sin saber por qué. Había oído el silbato, que conocía de sobra: ya llegó el mayor. En ese momento vio por entre la pareja en frente suyo al cacique Biguá que había abierto la puerta sin el menor ruido y desde ella los estaba cubriendo con su mirada altiva.

—Mbaé yajá icureik boma, Patriólec⁸.

—Iborema iú —respondió el fraile con sequedad—. Estoy ocupado.

—Pobre indio precisa mucho más hablarte que esos dos, padrecito —insistió el capitán de los Lanceros de San Antonio.

—Voy pronto.

El fraile acabó de escribir, felicitó a los prometidos y se dirigió de prisa al atrio de la iglesia, donde el macizo grupo de colonos blancos rodeaba a los novios y a sus familiares: la señora del mayor, grande, rubia, opulenta, de ojos claros sin vida, el viejo Etwald socarrón y dicharachero, don Leonardo siempre sonriente y callado. Pero el mayor a quien buscaba había vuelto a caballo a la casa, a dar una orden. Los indios estaban ya todos dentro de la iglesia. Entonces recordó con recelo al Biguá y su misteriosa interrupción y lo buscó por todo. Había desaparecido también. Sin saber por qué, entró en el segundo cuarto de su palacio, que servía de alcoba, cocina, despensa, guardarropa y depósito, donde había pasado el indio; y abrió la alacena hecha de tablas de cajón. En efecto, allí faltaba algo. ¡Santo cielo! El Remington, la pesada carabina 44 de caballería, que él mismo comprara en Santa Fe para el joven cacique, (allá en los tiempos en que tocaba algún sueldo) cuyo regío don le había valido el reducir toda la tribu; y que después había retirado al indio por orden del mayor, con el pretexto mal acogido de cuidársela, y con la promesa de dársela en cada cacería de yaguaraté, pecarí, o ciervo. El arma faltaba del rincón, como la cartuchera y todas las balas; y ese atrevimiento inaudito de su salvaje amigo no presagiaba nada bueno.

Todos sus recelos de los últimos días llamaron. Los cuchicheos de los lanceros, las bizcas trazas de Cautivo, la anemia del trabajo en el ingenio, las humaredas de Consejo en el monte de tarde; y sobre todo la inmediata dispersión y disimulo del concejo indiano apenas él llegaba. Se hacían humo, santo cielo; encontraba un grupito de tapes muy atareados, cueriando un huasuncho y unas cuantas chinas muy inocentes ellas; pero a él no lo engañaban. Empezó a temer que su ceremonia de aquel día —misa de esponsales de Irupé y bendición del

8. Traducción: «indio precisa hablarte ahora mismo, padrecito».

Tupá Antonio de los lanceros— planeada para conciliar un poco los dos bandos adversos de su difícil grey, resultase un fracaso. Ya era tarde para volver atrás, y así comenzó trepidando la misa. No se engañó. Resurgió otra vez la estúpida idea y eterna cuestión de las precedencias, pero en el fondo era el grave problema social y racial. Cuando iba a llegar a la consagración, un recio altercado, un grito de ira y todo el ámbito atronado de irreverentes clamores. Allí tuvo que sufrir un poco la liturgia romana: el párroco de San Antonio de Obligado interrumpió el sacrificio y revestido de blanco descendió presuroso al comulgatorio, comprendiendo de una ojeada lo que pasaba. El señor cacique Biguá había llegado a mitad de la misa, había cruzado con estolidez arrogante el cuadro de sus lanceros, alineados de a ocho en fondo, y había ido a plantarse tranquilamente al lado del jefe militar del fortín y comandante de las misiones el mayor Ojeda, adelante de Irupé y su novio, el juez de paz y las autoridades. El jefe de los blancos y el jefe de los indios, ¿no es cierto, Patriólec? en la casa de Tupá Guasú, eran iguales: y a él lo había nombrado teniente de línea el coronel Obligado. El mayor Ojeda, blanco de ira, lo había rechazado de un empujón de arrebato; y el indio caía sobre él como un jaguar, cuando intervino don Leonardo, y el grito imperioso del padre Metri desde el presbiterio.

Aquella misa fue un desastre, jamás debió haberla empezado. La indiada se había arremolinado y los colonos formaban cerco, varones afuera, como una tropilla atacada por el puma. Menos mal que el respeto a la iglesia y la energía de Metri, recrecida de indignación, pudo parar el escándalo. En guaraní empezó a increpar a los indios su irrespeto a la casa de Tupá Guasú. Increpó duramente la falta del capitanejo, pero dijo también que el jefe blanco había hecho mal, porque allí no mandaba nadie sino Tupá Guasú solo, que estaba en el altar; y en castigo les anunció que no bendeciría el San Antonio cobrizo de la tribu, hasta que hubiesen dado su reparación. Después se volvió a los blancos y les suplicó con lágrimas en los ojos. Por último dio una orden y los mocetones y los hombres de la cofradía el Pan de San Antonio se desparramaron por la iglesia dispuestos a custodiar el orden. El mayor miraba la escena con fastidiada altanería. Muchos colonos se iban.

Cuando el cura se dio vuelta al dominus después de la comunión, vio algo asombroso: silenciosamente los indios se habían marchado todos y la iglesia estaba casi vacía. La misa acabó sobre los bancos vacíos y dicha a las paredes rojizas, al monaguillo, la india Chuca y su desdichada criatura, y a pocas viejucas más, algún hombre y el prefecto de la cofradía. El padre Metri comprendió que la marcha de los sucesos se escapaba hoy a sus manos. Gimió a Dios desde el fondo de su alma.

Le parecía que estaba dentro de una jaula tratando de impedir una batalla entre un león y un tigre, mano limpia en medio de los dos. Se encerró en la sacristía y trató de ordenar sus pensamientos y vencer la terrible marejada de

tristeza y pánico. Su voluntad se tendía como un resorte de acero, pero no para obrar sino para no obrar, para calmarse primero: mil cosas que hacer se le presentaban tumultuosamente. Al acabar su oración y entrar en la sacristía-comedor, se sintió con un poco de paz. Hasta se rió un poco.

No menos que un medio lechón asado, humeando en su fuente, con dos botellas de Marsala de escolta, resplandecían en su mísera mesa, rumboso obsequio del mayor en nombre de su hija; pero mucho más resplandecían los ojos del monaguillo San Pablo y el sacristán Cautivo, que apoyados en la pared se vigilaban uno al otro, como dos perros sobre un hueso. «¿Qué pasara si hubiese estado uno solo?», sonrió el párroco. En mal día llegaba el buen bocado; Metri recordó «la dura amohosada galleta diaria, que había que romper a martillo, y las piltrafas de carne de la proveeduría, que daba un saldo negro, que para no verlo era mejor tomar de noche»⁹ ...pues bien, peor aún le sabía hoy el regalo. Tragó con esfuerzo dos o tres zoquetes y tomó un vaso entero de añejo; y después entregó el festín a sus dos seides. No se hicieron de rogar. En un santiamén del lechón no quedaron más que los huesitos blanqueando. Del vino no se veía ni la etiqueta. Metri miró con severidad al Cautivo, que había escamoteado las botellas limpiamente; este se desentendió con una ojeada bizca. No le gustaba ese mestizo. Por eso mismo quería tenerlo cerca. Lo conoció en San Javier, donde había sido criado por una familia, que no podía con él. Lo trajo a San Antonio con esperanza de reformarlo. Sin gran resultado. Haragán, rencoroso, solapado; pero ahora algo más serio. La llave de la alacena del Remington ¿quién la había sustraído?

Intentó en vano rezar el breviario, esperando la hora de ver al mayor. El calor que revibraba del techo de zinc era espantoso. Sus dos adláteres roncaban. Se levantó y se fue a la iglesia donde conocía un rincón fresco. La lámpara del Santísimo estaba apagada. La preocupación mental le causaba una molesta agitación física. Su mente estaba obsesa por su entrevista con el militar, su proyecto de componenda, la necesidad absoluta de prever remedio hoy mismo. La indiada no tiraba más y solamente el mayor tenía en su mano el remedio, el remedio heroico pero único. Si lo persuadía, a la tarde, junto con el matrimonio de la señorita princesa Irupé podía convocar la tribu, bendecirles la imagen patronal, comunicarles la buena nueva, salvar la volcánica situación. Volvió sus ojos a San Antonio, su cófrade portugués, musitando oración desesperanzada.

Era una gran imagen de talla del tiempo de los jesuitas, hachada a maravilla por anónimo artífice guaraní y encontrada poco ha misteriosamente en un escondrijo del monte sin duda transmitido por tradición oral: un hermoso hombre de manto y sandalias, con un niño contra el pecho, ambos rostros de indio. Las chinas lo habían bañado en el río, y don Jorge Cracogna, con purpurina y

9. Textual. De una carta de Fr. Hermete Constanzi al prefecto de misiones de San Lorenzo, fecha 4 de julio de 1884.

anilinas al aceite de maní, lo había vestido de chillón como un chino en día de fiesta; pero la terrible carcoma mora, que taladra el quebracho, había trabajado ominosamente el recio bulto de ñandubay. «¡Protégeme en esta hora, franciscano de aquel tiempo!», gimió el fraile alzándole ambos brazos; y como quien se echa en un pozo, salió con un pajizo al lago candente del sol cenital. Al abrir la puerta la luz le explotó en la cara como un chumbo de fusil.

El mediodía lavaba el mundo con su luz clorhídrica, el aire se pegaba al rostro como una compresa, el polvo abrasaba, dormía el pueblo, la lagunita de la plaza ardía como una placa de cromo. El angustiado capellán hablaba en voz alta con el ángel de guarda del mayor. ¡Cómo contarle lo que sabía, sin peligro de un arrebato, a aquel hombre durísimo, del cual lo menos que se contaba era el masacre de cien indios en la frontera del sur por una mera sospecha de motín no confirmada! Llegó a la comandancia haciendo etapas de sombrita en sombrita. El vastísimo local dormía.

Como había previsto, la negrita Adelaida le anunció que el mayor *sestaba*, que si quería esperar, bien; que las amitas estaban acostadas: que podía sentarse *por ahí*. Se recostó en un sillón mimbrero, sofocado. Oyó al lado parloteo de mujeres, la carcajada cristalina de Irupé, vistiéndose. Malició que el mayor quería humillarlo. Curioseó la vasta sala, empapelada color naranja, cargada de adornos y enseres de un lujo no muy fino, biombo de seda, pieles de jaguar y ciervo, armas, porcelanas charras, muchos retratos.

Reclinose en el respaldo con fastidio, se amodorró, dormitó... y según parece, soñó.

Mucho se ha hablado de los extraños sueños présagos del padre Metri. Ellos contribuyeron capitalmente a su extraña fama y también a su inmensa autoridad. Él lo sabía. Lo cierto es que él los narraba sin reparos y hasta con un poco de relamio. Es probable que su talento de narrador embelleciese bastante la realidad, por no decir exagerase. Lo que se puede presumir es que siendo el fraile un tipo visual, un temperamento artístico nato, sus pensamientos profundos se construían durante su sueño en esa forma de cuadros vivísimos y de ese modo se resumían y aclaraban, como es propio de la creación artística, en la cual (según dicen) el artista al ir haciendo va entendiendo. Pero lo que le pasó hoy, que fue el más notable de su leyenda áurea ni fue propiamente sueño, porque no llegó a dormirse; ni fue tampoco visión, porque en suma no vio sino lo que tenía delante, es decir, el retrato de primera comunión de la niña Victoria Regia, deformado por una especie de aberración óptica. He aquí como contó el fraile su caso algún tiempo después al padre Roca. Lo mejor es oírlo a él mismo:

«El retrato representaba una niña de unos doce años en pose de primera comunión, de rodillas ante una Madona, con su corona de azahares, su crucifijo, su rosa y su azucena en las manos, todo en una gran ampliación hecha en Buenos Aires e iluminada después con colores más bien charros.

»Su vista me retrajo el hilo de pensamientos de aquella mañana.

»Cuando vi la joven pareja radiante de felicidad en mi sacristía, tuve un primer pensamiento amargo que usted sabe me ha perseguido mucho, parecido a la envidia o a la tristeza, que me representaba mi vida como un error, todo lo que he hecho como un fracaso, y que hubiese hecho mejor en seguir el camino común de los hombres.

»Reprimí en seguida esa mala idea y pensé que era hermoso también gastar la vida en proteger sin gozarlas las cosas humanas que Dios ha hecho hermosas, como la familia, el hogar, el amor de los hombres. «El matrimonio es un gran sacramento», dijo San Pablo; yo pensé que no es grande si no es sacramento. El amor es una cosa hecha por Dios; pero no acabada. Dios se la da a la pareja humana para que la acaben, colaborando: a ver qué hacen. Se pueden hacer cosas inmensas, preciosidades, maravillas; pero también se pueden hacer toda clase de porquerías, según y conforme. Lo único que no se puede hacer es jugar con eso.

»Pensé que si no es sacramento, es decir, un canal de gracia, no era hermoso. Si se reduce a la unión de dos instintos, de dos intereses, de dos egoísmos, sus frutos no eran dulces. «Para dar hijos a la Iglesia y al cielo», dice la doctrina; no es tan fácil como dar hijos solamente. Recordé el matrimonio Ojeda, esa mujer carnosa, estólida y glotona como una vaca, y aquel jayán de mal genio del mayor, ambos sin religión prácticamente, él iracundo y ambicioso, ella inútil. Si al menos la hija, esta retratada niñita ya entonces pintona de gracia hechicera, hubiese cumplido su misión en la Tierra, si hubiese hecho algo... Idolatrada por su padre ¿no hubiese podido ella humanizarlo?

»¡Cuánto bien hubiera seguido! El fotógrafo había situado hábilmente un espejo al fondo de modo que la esbelta figulina aparecía doble: de perfil y de frente, bellísima. Ya entonces sabía ella que lo era. Coqueteaba desde la primera comunión. Mi maestro de sùmulas tenía una teoría acerca de la belleza en la mujer, y en general, toda belleza: según él no le pertenecía como un bien uti et abuti a ella sola, sino que tenía una función transcendental, o qué sé yo. Algo de eso creo que hay en Platón; pero aquí no viene al caso. El caso es que yo pensé: «la coquetería es el pecado meñique de la mujer, no tiene importancia. Pero (corregí en seguida) no hay pecado tan chico que no pueda traer uno grande». Y con esto se me fue la cabeza y me dormí.

»Le cuento esto para explicar mi sueño, que no fue sueño: simplemente el retrato empezó a crecer, llenó mi vista y cobró vida. Vi como si dijéramos el alma de Irupé: su actitud recogida, sus manos juntas, su mirada de adoración... vi de golpe que su mirada de adoración no adoraba a la Madonna sino adoraba otra cosa. Adoraba su propia figura del espejo. He aquí el misterio de esos ojos bellos y altivos, vueltos hacia ella, ciegos a todo lo que no fuese ella, la criatura asentada firmemente en el incestuoso contento de sí, haciendo a todo el universo girar en su torno, la definición del pecado mortal ¡según San Agustín! ¡He

aquí el pecado grande que el chico enlazó! »¡El primero de los siete capitales, en esa dura estatuita de nieve y rosa más bella que una aurora! ¡La frivolidad incurable, la insensibilidad al dolor ajeno, el constante revoloteo de mariposa irresponsable, el hielo de ese corazón que yo había luchado por trizar, se me apareció visualmente por así decirlo! Mi alma se encogió de aprensión. «Dómine, ab occultis meis munda me, et ab alienis parce servo tuo».

»Entonces reparé en algo horrendo. El crucifijo en las dos manos era un puñal vuelto hacia ella, la azucena sangraba, la rosa parecía un borrón de sangre. Yo no estaba dormido, estaba como absorto, no podía ver más que eso. Hacía enormes y vanos esfuerzos por disipar la estúpida ilusión que era, no más un corrimiento de los colores del retrato, charro. Estaba transido de miedo, horripilado. Me debatía contra un horror absurdo, como esas pesadillas en que uno ve una cosa ordinaria que le causa un miedo como si fuese un demonio. El caso es que hice un esfuerzo enorme, di un grito altísimo y desperté con el mayor Ojeda parado en frente mío, sonriendo zumbonamente»... Hasta aquí los papeles del padre Roca.

Esto narró el fraile. Pero en realidad su grito no fue más que un gemido sordo. El mayor lo chichoneó:

—Padrecito, el lechón y el Marsala hacen milagros. Hace un rato que está usted roncando y hablando solo. No me dejó dormir, canejo.

Metri rompió a hablar con incoherencia:

—Su hija —dijo—. Usté tiene una hija, mayor, que tiene el deber de cuidar a costa de la vida, a costa de cualquier sacrificio. No vengo a reprocharle falta en esto, ciertamente. Pero también tiene usté... tenemos... otros deberes: hijos adoptivos...

El militar lo interrumpió con ceño:

—Padre capellán, hay una idea idiota que le han metido a usté en la cabeza quién sabe qué india chiflada, de lo cual ya le he avisado no quiero tratar con usté, ni con nadie. Y basta. Ni mentarlo. ¿Comprende? Al fin y al cabo dice el refrán: Donde pasó una tropilla, quién va seguir un rastro.

El cura recapitó. Después dijo:

—No, mayor, no me he explicado bien. No es eso. Venía a hablar de la reducción. Son como hijos adoptivos que nos confiaron Dios y el Gobierno nacional a usté y a mí...

—¿Y usté es la mamá, no es cierto? Y quiere caramelos para los nenes. Lindos nenes también los suyos. ¿Qué anda queriendo ese negro jetón de Biguá con rondar por mi casa a la nohecita? Ese va a topar con la viuda, padrecito.

—Mayor, oiga. Olvide un momento los incordios de estos días. Usté es valiente; no le tema a Biguá. Vengo a pedirle colaboración, mayor. Necesito urgentemente su bondad.

—¿Qué más colaboración? Lo que usté pide ahora es imposible. ¿No le dejo

hacer en paz sus gorigoris? ¿No voy a todas sus ceremonias, que no las entiendo ni medio? ¿No le salvé todos sus utensilios de iglesia, y la vida también, cuando el asalto del Salteño? Usted atienda a su tarea, que es meterles un poco de decencia en el mate a estos avestruces, que para eso tiene sueldo de Suboficial.

—¡Mi sueldo! —rió Metri—. ¿Acaso no sabe, jefe, que hace tres años no veo un cobre? Está bien, no lo necesito. Si lo percibiera, lo gastaría en escrituras de propiedad en favor de los indios más capaces, como hice en San Javier, para salvarlos del infierno del trabajo forzado que aquí se les impone. Perdón, mayor, pero hoy debe hablar con máxima claridad.

El otro tensionó lentamente sobre el sofá petizo sus miembros pesados, fornidos, engallando la pilosa cabeza negra como un felino en molestia.

—Apareció la viuda —rezongó—. Ah, y usted cree que me asusta hablar claro, una gran perra. Mire, Metri, conozco sus ideas sobre los indios y conozco también las del Gobierno. No me haga sermones. Sus ideas son buenas para la iglesia, para los libros. En la vida real, el indio debe trabajar y debe trabajar mucho, y trabajar a la fuerza, porque en otro estilo, no hay caso. Y no se le ha de dar dinero, sino vales, a no ser que quiera tenerlo borracho perdido. A la primera sospecha de rebelión, hay que menearle bala, a no ser que quiera ser madrugado a traición. ¡Si los conoceré yo, padrecito! ¿Ve esta cicatriz? Recuerdo de un abipón. ¿Ve esta oreja? La otra mitad... pregúntele a un pampa, si lo encuentra vivo. El indio es un bicho feroz de nacimiento, y no marcha sino a palos. Este es el catecismo del indio, Patriólec. No confunda con el catecismo del cristiano, el cual se hizo para el cristiano.

El misionero hizo una torsión que lo conmovió todo. Después tragó saliva, silencioso. Al fin empezó con voz demasiado mansa para ser buena.

—Mayor, no confunda usted tampoco. El indio debe nacer a la vida cristiana. ¿No me llamó madre agorita? Todo nacimiento requiere esa infinita solicitud, paciencia y complacencia que es una madre. Serán fieras en el monte, pero para la vida civil son niños, mayor, y nada más que niños. ¿Cómo quiere exigirles de golpe todos esos hábitos de trabajo y orden que a nosotros nos dio gratis la sangre heredada de siglos enteros de civilización cristiana? Al indio hay que darle tiempo, mayor, aislarlo primero y después auparlo línea por línea a través de generaciones superándose. Así lo entendieron los antiguos Jesuitas. Créame, mayor, yo también los conozco. No hay otro sistema.

—Y bueno, ¿en qué me opongo yo a todo eso? ¿Acaso voy a contarle al indio que en Dios hay cinco personas, en lugar de tres o dos, como usted dice? ¿Y usted qué caracho va a contarle al Biguá ese que todos somos iguales, cuando es falso que seamos iguales?

El fraile meneó la testa resignadamente y sacó del bolso unos papeles que empezó a desplegar con cachaza. Pero el otro extendió las dos manos en acto de cómica repulsa.

—¡No me venga aquí con reches! —dijo—. Conozco su famoso estatuto: me habló don Leonardo. Desde ya sepa que no informaré al Ejecutivo, no lo recomendaré a Obligado, y estando yo aquí jamás se ensayará esa utopía sin nombre. Separar los indígenas de los blancos, darles tierras pingües en coto cerrado con independencia total bajo la dirección de los misioneros ¡Cristi! ¡Un imperio separado y enemigo, como quisieron hacer los antiguos jesuitas! ¿Y que el Gobierno preste mano fuerte solamente para vindicar la autoridad del misionero y los alcaldes indios o sofocar rebeliones? Y lo más chusco es esto: que se le pague jornal de blanco si se lo contrata, en dinero contante, que irá al fondo común del pueblo dos tercios y un tercio al indio. ¡Qué negocito para los franciscanos! ¿Pero usted no se percata, fuera de broma padre, de los obstáculos de ese proyecto? ¿De dónde quiere que saquemos plata para esos dispendios enormes, con un aserradero incipiente, un ingenio sin utilaje, todo en construcción todavía? ¡Jornal de blanco y en dinero contante! ¡Vamos, padre Metri!

El fraile no lo miraba. Sus ojos estaban fijos más atrás, quizá en el lujoso atalaje de la pieza, quizá en la toldería inmundada del indígena al borde del pueblo, quizá en Santa Fe, en el general Obligado, en el presidente... La ambición maldita, la codicia de dinero, este militar de frontera valiente como un león, cumplidor como un jornalero, manirroto, aguantador, generoso... pero que quería volver a Buenos Aires, entrar en el Círculo Militar, actuar en política y tener coche en Palermo. Y no había nada que hacer, era el hombre de confianza de Obligado, el puño de acero cuyo solo nombre hacía temblar y sosegar de un golpe a todo toba o mocoví de diez fortines a la redonda. El fraile sentía en su corazón las convulsas bascas de la decisión extrema.

—Padre Metri, las mujeres cuando tienen un coche o un caballo lindo y ven que la vecina tiene otro mejor, en seguida el suyo les parece feo. Usted es como las mujeres, padrecito. Usted no tiene mala intención —proseguía Ojeda perezosamente— solo que no ve las realidades. ¿Ha estado en Santa Fe? ¿No ha visto el rancherío que circunda la ciudad, lo mismo que todas las de la zona, y aun Buenos Aires? Ese estilo es el indio, ese es el mestizo, ese es el chino. Es triste, pero es así. Es incapaz de educación, es incapaz de trabajo y progreso. Él prefiere vivir miseria con tal de trabajar poco, tomar mate, dormir siesta, acostarse entre el perrerío y el pulguerío de un rancho tuberculoso. Solo el colono europeo, el ingeniero norteamericano y el maestro normal salvarán la patria. Son las ideas de nuestro gran Sarmiento, yo mismo las he oído de su boca. El indio nuestro tiene incapacidad biológica. Hay que someterlo a una presión violenta para que se asimile a la civilización o reviente. Si el indio rojo del Norte, que tenía más potencial biológico, hubo que exterminarlo para poder levantar una gran nación rica y progresista... el nuestro, figúrese, el Cautivo y el Biguá ese, a quienes usted predica que ante Dios todos somos iguales... ¡Cristi! ¡No les vuelva a decir eso, por favor, padrecito!

El fraile se levantó de su silla lentamente, pidiendo a Dios su asistencia. Temía hablar y temía callar. Si revelaba lo que sabía de una presunta conjura, Ojeda era capaz de una represión atroz; al menos la vida del cacique era cosa más que jugada. Si callaba... Intentó el último esfuerzo:

—Mayor —peroró— Yo no he venido hoy a imponerle mi estatuto. Sé que eso está lejos aún, aunque creo que es lo mejor y lo único. Yo noto a los indios soliviados y venía a pedirle por favor, por caridad, por las llagas de Cristo, por el favor que siempre me ha testimoniado, por el amor de su dulce niña Victoria...

Se atoraba todo.

—Hay que tomar con urgencia dos o tres medidas conciliatorias —dijo—. Escúcheme un minuto no más, mayor —al ver que el otro se alzaba con fastidio—. Hay que pagar hoy mismo, todo o parte, los salarios atrasados del aserradero. Hay que reunirse en la iglesia a bendecirles el Tupá, halagar un poco a esos pobres huaynos, egoístas como niños, quisquillosos como gatos, resentidos como enfermos. Y por último, hay que reparar de algún modo el daño hecho a esa mujer que anda como un demonio y como un tizón ardiendo entre la tribu con su huahua paralítico

—¿Qué mujer?

—La india Chuca.

El militar se puso pálido de ira.

—Hasta la vista, Capellán —bramó volviéndole las espaldas.

—¿Me echa de su casa?

—No. Pero ya se lo previne. No tengo más que decir.

El fraile permaneció un momento cabizbajo. Sus manos golpeaban perláticamente.

—Yo tengo aún algo que decir —balbuceó con ira—. Usté me dijo el catecismo del indio. Yo le diré el catecismo del poblador. El catecismo del poblador es hacerse rico el mayor Ojeda, hacerse rico el suizo Etwald, y hacerse rico el proveedor Morfanti. El catecismo del poblador es hacer trabajar como burros a los abipones y después tirarles una panocha de maíz asado, prometer sueldos a los lanceros que después no llegan nunca, dejar que los soldados abusen de las huaynas sonsas, ofender al indio con sus altanerías, tratarlo sin caridad y sin ley, como a un animal, darle una botella de caña por un kilo de pluma de garza, encadenarlo a una esclavitud peor que la muerte. Y ¡todo se sabe, mayor! —gritó exaltándose de golpe—. ¡No hay plata para pagar los sueldos, pero hay plata para mantener queridas!

Antes de acabar este grito insensato, el fraile ya estaba arrepentido. Chismeríos de la colonia. No estaba cierto de eso. Aunque estuviera cierto, no era el momento de decirlo ni a cincuenta mil leguas. Pero palabra y piedra suelta, no dan vuelta. Ya no había compostura. Creyó que el militar le iba a pegar. Se quedó un instante mirándolo, por aquello de no parecer que le tenía miedo; y

salió de la sala. En este momento estalló la furia del yaguareté Ojeda. Rompió la fusta que tenía en las manos como si fuese un tallo. Se dirigió a la puerta lateral y escuchó un momento. Pateó un almohadón y tropezó con el sofá. En ese momento se entornó de nuevo despacio la puerta, y la cabeza barbuda del fraile hizo capolino.

—¡Mayor! —dijo—. He estado mal... Antes de irme quería... Discúlpeme... He visto... Tengo que avisarle... Veo...

Y bruscamente soltó su brasa, su fatal recelo, dijo otra vez algo que no debió decir, o al menos, no de esa manera.

—¡Veo toda esta casa llena de sangre! —vociferó abrazando con un gesto todo el ámbito, en efecto lleno de luz purpúrea—. ¡Sangre por todo en esta maldita casa!

—¡Ah! —rugió el mayor—. ¡Ahora te comprendí!

Y descolgando febrilmente sus pertrechos, sable, fusta, silbato, botas, y después de una granizada de órdenes a las mujeres que hablaban todas juntas, salió a trancos hacia el fortín.

El fraile había salido en dirección contraria, excitado y alborotado, repitiendo entre dientes esta frase: «Te di el tentetieso, te di el tentetieso». Se recordó de golpe frente a la puerta de cedro de la casa de don Leonardo. Se detuvo un momento y llamó. Abrieron y entró. Respiró hondo delante la familia de su mejor amigo. Don Leonardo Castellani (no sé por qué respetos no lo voy a nombrar por su nombre) era un maestro de obras italiano medio arquitecto y medio agricultor y medio de todo. Prefecto de la cofradía, constructor de la iglesia y el brazo derecho del párroco en sus relaciones con los colonos. Lo encontró en familia, sentado en paz con su pipa sobre la ancha barba entrecana, mientras su mujer doña Magdalena apedazada y adobaba un gran ciervo del monte, que todavía los había por el Chaco, y su único hijo Luis Héctor sostenía muy ufano el magnífico Winchester del padre. Ante esta escena de paz, le atenazó de nuevo su temor de hablar de más, y precipitar alarmas. Acarició al chiquilín para disimular su turbación, diciendo:

—Don Leonardo, arquitecto cazador delante del Eterno, de usted saldrá una raza que sabrá tener a la vez el rifle y la plomada— y después le dijo que había que convocar mañana la junta del pan de San Antonio.

—¿No será mejor ahora mismo? —dijo el italiano, sin preguntar por qué, para indicar que lo sabía.

Hay que saber que esa cofradía de beneficencia que incluía en su seno a todos los colonos prominentes, se ocupaba de hecho de todo el régimen de la colonia: un pequeño cabildo abierto extralegal hablando en italiano, friulano, alemán, guaraní y criollo entreverado, que había enfrentado, moderado y aún doblegado más de una vez la misma rectilínea tozudez del mayor Ojeda.

—Creo que no es necesario y podría ser dañoso —dijo Metri dubitativo—. Tengo que llegarme ahora mismo a la toldería, y ver a mi indiada.

Se dirigió primero hacia la iglesia a buscar al lenguaraz Cautivo, porque sabía el guaraní-abipón, pero no el dialecto mocoví. Halló que tanto Cautivo como el niño San Pablo habían desaparecido sin rastro. Se lanzó otra vez a la calle, cansado, con una puntada nerviosa en el pecho lado izquierdo y atravesó de nuevo el pueblo y la tarde aún sofocante. Cuando llegó jadeando al poblado indígena, situado en la línea de la iglesia al fortín pero como media legua a las afueras, le aguardaba la segunda sorpresa. Toda la indiada se había hecho humo sin ruido, lo mismo que en la misa de la mañana. Reinaba en la toldería un silencio malagüero. Los perros andaban de robo por las chozas. Entonces vio el fraile allá lejos, para el lado de la isleta El Lapacho, alzarse al cielo vespéral otra vez las humaredas del Consejo.

Pegó la vuelta y agarró al trote. Pero enseguida vio que era inútil. Tanto los indios como el mayor lo habían madrugado. A menos de 200 metros vio pasar en una nube de polvo los quince soldados del piquete, refucilando al sol las latas, seguidos del mayor en uniforme de fajina y en su soberbio oscuro cuadrilbo. Apretó el paso hacia el pueblo, con la absurda esperanza en medio de su tremenda aprensión, de que los indios no resistieran y Ojeda se contentase con aprisionar al cacique, y hacerlo moler a huascazos, como había hecho con Corpus Christi Ibarra. Al llegar al pueblo, vio que toda la familia Tomassín, chicos y grandes, salía en procesión de su pajiza choza, hombres y mujeres con armas en las manos, y se entraban en lo de don Leonardo. Comprendió que este también se le había anticipado y había alertado a los vecinos. «¡Siempre llego tarde!», murmuró amargamente. La primera precaución a tomar era abandonar los techos de paja y refugiarse en las casas de ladrillo con troneras y puertas sólidas. El párroco cruzó las calles como una exhalación, subió a la torre y empezó a campanear a rebato, rompiéndose los brazos con su esquilón lamentable.

Por fortuna fue comprendido. Vio cómo los colonos bullían abandonando las casas inermes y concentrándose en las más fuertes con sus armas y enseres. Cuando cesó de repicar agotado, el sol se ahogaba en un gran brasero de púrpura y sangre, torvo ocaso prenunciando tormenta. «Rosso al tramonto, temporale pronto». Ahora no había más que orar que Dios evitase lo peor. Un tiro sonó a lo lejos, al ras del monte, en el horizonte rojo. ¿Una señal? Escudriñó inútilmente la lejanía, esperando ver volver al piquete. Estaba escrito que de él no volverían sino cuatro hombres, dos de ellos gravemente heridos. Entonces, como una quemazón que empieza por diez partes a la vez, ocurrió el desenlace.

La noche se venía con demasiada prisa, apagando en plomo y pluma de paloma las nubes rojas lucientes. En el monte ladró de nuevo, una, dos, tres, cuatro hasta doce veces toda la carga de un rifle automático, seguido de un lejano tiroteo. Como si fuese una horrenda respuesta, resonó entonces por los cuatro extremos del pueblo a la vez la gritería ensordecedora, sañuda, terrorífica del malón. ¡El malón! ¡Dios nos ampare!

Fray Hermete Constanzi agarrose al antepecho de su alto balconaje y presencié desde allí paralizado de horror la ruina definitiva de su vida y de su obra, el incendio de la reducción de San Antonio de Obligado. Vio a la luz diabólica del incendio la equivocación de toda su vida. Tanto había temido esta escena, y ahora que sucedía no quería creerla, pesadilla insoportable pero real. Comprendió el ardid del indio, atraer al piquete con fogatas y retenerlo en el monte por el miedo de la noche y la emboscada; y así caer a mansalva sobre el pueblo inmune. Vio la masa de sombras vociferantes inundar las calles, los lanceros jinetes a la cabeza, relumbrando a la luz de las teas las terribles moharras; la turba detrás, enloquecida. Empezaron a ladrar por todos lados los rifles, en la oscuridad acribillada de relámpagos, de fagonazos, de alaridos. Un momento después las tinieblas eran literalmente barridas por una serie de explosiones inmensas, los ranchos de paja que ardían como pólvora uno tras otro, irremisiblemente. Empezó la carnicería.

La tribu había venido toda: hasta niños veía salir con despojos de los ranchos saqueados. Los guerreros y las mujeres se amontonaban temerariamente en las casas defendidas, que vomitaban mortífero tiroteo. Veía morder el polvo a los asaltantes, retirar las chinas los muertos soleados por la nuca y los garrones, los heridos en brazos, los despojos en las manos. Vio en la casa de los Binaghi ceder la ventana y arder el techo, y salir un indio con una mujer desvanecida, y después otra mujer y muchachos y niños ser amarrados a los caballos por bajo cincha. Su corazón despavorido le parecía abarcar toda la tragedia en una sola mirada, las casas de ladrillo acribilladas a tiros y asaltadas a fuego y ariete las puertas, la gusanera demoníaca en torno, el lancero que surgía de la sombra al galope, el que daba una voltereta limpia y rodaba, la india que huía con una cabeza en la mano. De repente advirtió horrorizado que la casa de don Leonardo, donde la resistencia era más tenaz, iba a ceder, incendiada la puerta. Corrió a atajar, a interponerse, a morir. Pero un súbito incidente lo paró un momento, mirando.

Un hombre de uniforme blanco galopaba hacia la iglesia en un caballo de sombra, lanzando agudos silbidos, y los indios se precipitaban en pos de él abandonando todo. Descendió corriendo el fraile a abrir la iglesia entendiendo salvar al mayor Ojeda. Fue derribado y arrinconado en la oscuridad por la muchedumbre que entró a borbollones; pero después ardió el quinqué del presbiterio, entraron antorchas, vio al sacristán Cautivo encendiendo todos los hachones y velas posibles, contempló la tribu entera amontonándose detrás de los lanceros que, cuento en tierra, se alineaban rápidamente en formación de concejo en torno del uniforme blanco. Este no era el mayor, sino el horrible capitán Biguá, con todas las pertenencias del jefe blanco, caballo, uniforme, silbato, sable; descalzo, desmelenado como una furia, ensangrentado un hombro, pero triunfante.

Venían como dueños. El misterio de su presencia en la iglesia y ese nocturno concejo se disipó pronto. Venían a llevarse el San Antonio negro, y a decidir allí su nuevo rumbo errabundo. El capitanejo imperó al fraile secamente que les bendijese el Tupá indio, que ya cuatro lanceros habían levantado en andas. Parado junto al Santo, el fraile sentía deseos violentos de caer sobre su ex amigo y derribarlo de un solo golpe en el entrecejo. Había que verlo también, la porra greñuda y los pies descalzos con un lujoso uniforme de brin blanco sobre las carnazas desnudas. No hay para qué reproducir su discurso, floreado, rítmico y escandido al uso indio:

«Mbuí embé añi potemoc ara iú
Bahé — tuy — mbaé potemoc ara uí
—La color de los blancos es una —
la color del indio es otra.
La sangre de los blancos es una —
la sangre del indio es otra.
El corazón del blanco es uno — y es malo
el corazón del indio es otro.
El Dios del blanco es uno — ¡Tupá - Guazú!
el Dios del indio es también otro — ¡Tupá Mbaé!
Guazú le dio al blanco el río — ¡que lo guarde!
Mbaé le dio al indio el monte de nuestros padres.
El monte es del indio hasta la noche buena
de echar al blanco de donde nuestros padres.
¡Añangay! Que venga el Tupaí nuestro
Huyamos del cruel Tupá de los blancos».

—¡Añangay! —vociferó la tribu entera, al acabar el recitado.
—Jamás bendeciré el santo ni lo entregaré tampoco —barbotó el fraile con indignación— a esas manos criminales llenas de sangre.
—Cuidado, Patriólec —oyó una voz conocida.

Cautivo el mestizo lo miraba desde allá con ojos bizcos y miraba a la vez una espléndida carabina que levantó haciendo como que miraba la recámara. El fraile leyó en los ojos de su sacristán, ahora francos, el odio más salvaje. Nunca le había hecho sino beneficios, pero jamás había perdonado el salvaje a los blancos su cautividad de niño.

En esas naturas ruines, los beneficios aumentan el odio, al humillar al que los recibe. Pero en este momento, no era eso lo que consideraba el fraile sino la carabina. De repente la conoció. Era la magnífica Armstrong del suizo Etwald.
¿Y Victoria? ¿Y el mayor?

Comprendió que debía parlamentar.

—Mi corazón está sangrando al ver lo que han hecho mis hijos —empezó en guaraní con voz pausada— y quisiera morir. He aquí que mis hijos han arruinado mi labor en el momento que llegaba el remedio. Los que yo llevé en mis brazos me han traicionado, y se han cavado su propia tumba. Han perdido su camino en la tierra, y han ofendido al Dios del cielo. El gran jefe de los blancos se vengará y el Dios del cielo los castigará...

Un murmullo siniestro mostró al fraile que había errado la tecla. Los indios no venían a discutir. Pero Biguá acalló a su gente con un ademán, y contestó de acuerdo al protocolo del Consejo:

—Nosotros no queremos al Dios de los blancos, buscamos nuestro Tupá indio. El Tupá indio tiene un niño en la mano, y el Tupá blanco está enclavado. El Tupá indio cura los enfermos, y el Tupá blanco da armas a los blancos. ¡No queremos el Tupá blanco que le gusta hacer sufrir y tiene el corazón ensangrentado!...

El fraile se sintió horripilado de sacro horror ante la blasfemia. Clamó en la semioscuridad como un profeta, aunque se sentía desfallecer de cansancio.

—Esas son palabras de mentira y el indio sabe que son mentira. El Tupá negro las está dictando al indio Añang, el dios del infierno...

Entonces una sombra de mujer se abrió paso entre dos lanceros, y se encaró al fraile, desafiante. Sobre su hombro derecho se recostaba la criatura tullida, como si estuviera dormida o muerta. La Chuca, la niña morena de los ojos de fuego.

—Si el mayor Ojeda va al cielo —dijo terminantemente— nosotros no queremos ir al cielo. Si los blancos van al cielo... Pobres indios nosotros queremos ir al infierno. ¡Añangay!

—¡Añangay! —sonó en todo el ámbito de la muchedumbre la voz resolutoria—. Así es. Sea así.

El fraile derrotado de nuevo, quiso negociar aún.

—Idos, pues, al monte con vuestro santo —dijo—. Yo lo bendeciré solamente si el indio promete darme lo que yo pida.

Cautivo lanzó un taco de impaciencia. Pero Biguá y los subjeses a su lado asintieron.

—Patriólec no ha hecho daño al pobre indio. Lo que pide es justo. Daremos.

—Quiero la vida del mayor Ojeda, la vida de Irupé y la vida de su madre.

Ni un solo rasgo de los indios del frente se inmutó, pero en sus ojos vio danzar el pobre fraile una chispa diabólica. El cacique contestó lentamente, después de un largo silencio:

—La vida de Irupé y su madre te doy. El jefe blanco no sé si está en mi mano. Te daré lo que pueda. Bendice, pues.

Metri vaciló todavía. Pero vio la carabina de Cautivo enderezarse lentamente. Tomó el hisopo y roció con agua bendita a la alta talla sombría; mas la fórmula de la bendición se le negaba, su garganta estaba llena de las terribles maldiciones de los salmos de David, sus labios despedazaban bramidos inarticulados.

Algo le decía que aún le esperaba lo más horroroso.

Cuando se volvió hacia la asamblea, oyó una voz que decía:

—El jefe indio trata bien a sus mujeres. Irupé es mi mujer, su madre es mi cautiva. Mano a mano las gané, en lucha leal con el Aguará blanco. Aquí están los dientes del Aguará Blanco¹⁰. Pero la vida del Yaguareté blanco, mi tribu la entregó a esta india.

La india Chuca se irguió como un demonio, alzando en los dos brazos su criatura, que agotada de cansancio parecía muerta. Las dos piernas secas, lamentablemente delgadas, pendolaban inertes como dos patas de tuyango muerto. La cabeza colgaba al lado, solo los ojos azulinos vivían en ella. La madre rugió como una bestia.

—El mayor Ojeda me hizo esta criatura. Y después me echó de su casa. Y después yo lo maldije y le predije que este le daría muerte. Y él entonces le mandó hacer mal de ojo ¡Mirá las piernitas, Patriólec! Pero este le dio muerte y este cumplió mi promesa. Patriólec, mirá.

Lentamente se levantó detrás de ella el más siniestro estandarte: la cabeza del mayor Ojeda surgió de la sombra en la punta de una tacuara, revueltos los cabellos, blancas las órbitas, la barba un solo cuajarón de sangre. Las dos filas de dientes blanquísimos brillaban a la lumbre como si rieran.

Entonces ocurrió la catástrofe. El padre Metri tambaleó y su mano se crispó convulsa sobre las andas. La estatua de San Antonio se bamboleó violentamente como para caer, y la cabeza se degolló y rodó al suelo. Simplemente, San Antonio se decapitó limpio. Sea que la carcoma hubiese reducido a aserrín el palo del cuello, sea como parece más probable que la cabeza fuese una pieza separada, como se ha visto en otras tallas guaranícas, el caso es que la testa maciza del santo se inclinó, se desprendió, golpeó las andas y rodó por el suelo lúgubrementemente entre el aullido de los indios espavoridos ante el milagro:

—¡El Tupá nuestro ha muerto! ¡U eí! ¡El Tupá de los blancos ha vencido!

Entonces, como respondiendo al secreto deseo de morir de una vez que había centelleado en su mente, el padre Metri sintió un resplandor vivísimo y un dolor insoportable en la cabeza, barbotó un grito, manoteó en el aire y se fue de espaldas. Una bola arrojada le había herido en mitad de la frente.

De este modo naufragó, la reducción de San Antonio de Obligado. Destacamentos venidos de los fortines cercanos, de Abipones, el Toba, Guaycurú, Nasuhisatí, Olmos, Tres Pozos, las Chilcas y Charrúa intentaron inútilmente dar

10. Todavía se habla en el monte (y ha pasado ya como medio siglo) del combate singular entre el colono Etwald y el cacique Biguá. El suizo mató siete indios a tiros y otro de un culatazo y estaba por rescatar a su novia cuando salió a su encuentro el caudillo, paró el tremendo mazazo del rifle con su Remington que se hizo pedazos, y abalanzándose a él lo derribó en tierra y lo estranguló, recibiendo de él un desesperado mordisco en el hombro.

caza a los alzados. Ningún cautivo se rescató, excepto el niño Juancito Levame, abandonado en el camino por enfermo. El padre Metri, postrado en casa de don Leonardo con altísima fiebre, no pudo (como dijo él) o no quiso (como se malignó) suministrar ningún dato sobre el rumbo probable de los indios. De Irupé no se supo nunca más nada, como si hubiese caído en el mar. El Gobierno decidió tirar más al norte la línea de la frontera, y la Reducción de San Antonio de Obligado prosperó como colonia blanca. El padre Metri no se movió de ella hasta su muerte, excepto un fugaz viaje a Santa Fe. Nunca se recobró del todo de este golpe, quiero decir, de la herida moral insondable que abrió en él la ruina de la obra de su vida. Una parte de los colonos, concitados por sus desgracias, lo incriminaron de culpa en el suceso con verdadera crueldad, y con evidente injusticia por cierto. Aun defendido por el general Obligado y la casi unanimidad pública, esta sospecha le hizo un mal abominable. ¿Un mal o un bien? Desde entonces su vida cruelmente contrachocada vuelve atrás un momento, se repliega, gira sobre sí misma lentamente y se lanza mansa y tristemente por un cauce diverso más sosegado. Pero eso no pertenece a este relato...

CANTO DEL MAR Y CIELO

Dichoso el hombre que tiene un fin imposible,
que lo único que desea no está en su mano;
dichoso el pobre lanzado fuera de lo visible
por un empujón sobrehumano.
Dichoso el hombre que vio la ruta invisible,
cual paloma el rumbo del vuelo,
y si partir para Roma es una cosa concupiscible,
¿qué será zarpar para el cielo?

He aquí la cancha líquida, la inmensa pampa salada,
la limpia línea azul en giro,
movedizo espejo de esta eterna gran llamarada
y este inextinguible zafiro.
¿Qué puede hacer más un hombre en esta soledad soleada,
sino resucitar su anhelo?
Y acordándose de Dios ¿cómo no va a sentir su nada
aplastado entre mar y cielo?

Como un preso que acerca su evasión un micrón por hora,
una cuerda de reloj por lima,
esta gran libertad circular ¿quién no va a sentir ahora la cadena
que lleva encima?
¡Oh, Dios!, no pienses que no te veo detrás de la aurora demasia-
do transparente velo,
ni que vas a dejar de oír mi oración cual la mar sonora
que refleja como puede el cielo.

El que deja su padre y su madre, está escrito que no queda solo:
dejando cien encuentra uno.
Hay un hombre que juró dejarlos, muchas veces juró sin dolo

y espera momento oportuno.
Hay un hombre que dejó su tierra con sus pájaros y sus cánticos
y no se despegó del suelo.
Y en el puerto ya despedido, pierde todos los transatlánticos,
Y fluctúa entre tierra y cielo.

ENVÍO

Oh mortales viajeros todos sin cesar devorando leguas huérfanos
en tierra de duelo:
miren el mar el gran camino, miren el mar y no den treguas,
miren el mar color de cielo.

LA CARA SIN CUERPO

«Era dado a caer en profundas melancolías,
en las cuales se culpaba a sí mismo y se
achacaba toda clase de pecados, que era
imposible que hubiese cometido».

(De las Memorias de D. Manuel Roselli, sénior).

—Una vez me supe asustar fiero en mi vida —dijo bajito el padre Metri— y eso fue cuando vi una cara sin cuerpo. Creo que Dios lo quiso para enseñarme que nunca por nada hay que desatender un moribundo. Y eso que yo miedoso nunca he sido.

Todos callaron. Éramos en la mesa cuatro chicos (de que yo era el mayor), nuestra madre, el tío Celestino, el gringo Stéfano y una vieja solterona andaluza que solía comer en casa y se llamaba doña Catalina Perdigones. Y el padre Metri. Por si no han oído hablar del padre Metri (fray Hermete Constanzi), este fue el fundador de San Antonio de Obligado, un franciscano exclaustro. Por lo que dicen y yo recuerdo este hombre fue extraordinario. Todas las cualidades del hombre de acción de gran estilo (ahora que he leído libros) me aparecen en ese relato de mi niñez, sencillo y heroico. En cuanto a cabeza, había sido en Italia lector de teología de Prima. Su temple de fuego no aguantando el sofoco burgués de una vida profesoral, se largó desde los textos de la Summa en Fiésole a la misión de los indios mocovíes en el Chaco santafecino.

De sus letras quedole una afición a usar términos difíciles y citar a todo propósito un tal don Escoto, que yo al principio creí fuese algún gran amigo de él, después supuse sería un doctor de Buenos Aires, y finalmente supe que (sin haberme equivocado del todo) don Escoto era otra cosa: un santo padre o doctor de la iglesia, de nación inglés, del tiempo de las edades medias, por allá mucho antes del tiempo de Rozas. Por otra parte, poeta lo era, aunque quizás en su vida

escribió un verso. Poeta de acción y de palabra viva. En suma, más que muchos otros merecería el nombre de una calle en Buenos Aires. En Reconquista tiene una placa de mármol en l'Iglesia. Murió bárbaramente asesinado, le cortaron la cabeza con un serrucho al cercén: algún bestial asesino, que nunca se halló. Yo voy a escribir cuando pueda su biografía.

—De lo que voy a decir, no retiro una palabra —prosiguió el recio fraile—, aunque ustedes no van a creer ni medio.

»Vamos a ver. ¿Lo cuento o no lo cuento, Dios mío? —suspiró...

»En el tiempo que fue profesor del Escolasticado 3.º y 4.º, Historia Universal en 2.º, Álgebra, Zoología y Retórica en el Menor, y me dio un surmenage quién sabe por qué. El médico recetó descanso un mes en el campo. El colegio tenía entonces una quinta sobre la barranca del Salado, y allí me instalé en una casa que había, solo. Un quintero con su familia vivía a 100 metros, que era el que me daba de comer. Yo decía misa en unas monjas del vecindario y leía todo el día todos los días (lluviosos, feos, invernales) en Platón, mientras resolvía en el mate la idea de escribir un libro, dudando entre una novela y un libro de metafísica.

»Nunca lo escribí. Ni lo voy a escribir tampoco.

»Una noche pues, después de cenar (había llovido toda la tarde y yo cenaba con el quintero), llegué acompañado hasta la puerta por Miguel (una linda noche de luna como hoy) llegué a mi casa, me tranquilé adentro, atravesé el salón y el pasillo, me cerré en mi cuarto, acabé el breviario y me senté a escribir. La noche estaba en silencio profundo. En esas, escribiendo, me acordé de golpe que había dejado encendidas las luces, la del salón y la del pasillo; y me levanté a apagar. Era un largo pasillo entre dos filas de aposentos y en el fondo un salón-zaguán que daba al jardín. Y así mientras iba yo perezosamente por el pasillo, veía en el fondo por una puerta abierta: primero, el billar que estaba en el medio del salón, y segundo, la ventana de este sobre el jardín, reverberante de luz, que estaba postigos abiertos. Había abierto yo los postigos esa tarde. Y a través de los postigos, el jardín mojado de agua y luna.

»Ustedes saben que a mi padre lo asesinaron de un golpe de pistola a través de un vidrio reverberante postigos abiertos desde lo oscuro de afuera. Desde niño me da aprehensión una ventana así. Y junto con ella, subieron a mi conciencia entonces otras dos aprehensiones: primera, ese mismo día habían asesinado bárbaramente a un pobre siciliano del barrio separándole la testa del cuerpo: vendetta. Y segunda, alrededor de la quinta, había muchos linyeras acampados. Por eso tenía yo un revólver, que había dejado puestamente en una mesita del salón, habiendo estado tirando al blanco a la mañana. Yo no quiero matar a nadie, porque los sacerdotes tenemos prohibido, pero al irme a vivir solito mi alma había aceptado un revólver Smith Wesson 24 que me ofrecieron; simplemente porque no me gusta que nadie me tome por mujer ni tampoco por zonzo. Todo eso pensaba yo al llegar a la mesa del billar, cuando ocurrió lo

espantoso. Como el choque de un golpe en la cabeza.

»Una cara espantosa me miraba por la ventana, estúpidamente pegada al vidrio reverberante.

»Como les digo, fue el susto más grande de mi vida, un susto desproporcionado a la causa. Una cara sobrenaturalmente fea, descompuesta y siniestra.

»La cara me apareció de golpe, como brotada de la nada, al llegar yo a diez varas de la ventana, justo al llegar al billar que está en el centro de la sala, al lado de la mesita con el revólver. Yo me quedé helado, con la muerte en el alma, los miembros rígidos. La cara volteó sus ojos en blanco y se partió en un rictus, como la cara de un hombre que expira, y en el instante mismo, antes que pasara un minuto, desapareció de golpe, al mismo tiempo que mi cuerpo y mi voluntad reaccionaban violentamente. Y aquí, señores, se acabó el cuento. Porque lo que viene es muy por demás difícil de contar.

El fraile calló, sonriendo con malicia. Yo veía a mi hermano Luis al lado de él, con los cabellos todos erizados. Yo me sentía bañado en sudor, atornillado a la silla. Todos los comensales dieron a la negativa de contar una réplica contundente, que fue un silencio inmóvil y perfecto, significativo con persuasividad invencible que nadie se movería hasta escuchar el fin. Porque, si a los otros les pasaba lo que a mí nadie podía moverse. El fraile saboreó un instante su triunfo de artista narrador. Antes dije que ese fraile debió ser poeta.

Era un narrador perfecto; y de toda clase de historias, desde la terrorífica hasta la humorística-estrafalaria, conjunto de cabriolas cuasi incoherentes de una fantasía poderosa lanzada a todo vuelo. Reflexionando hoy día sobre su técnica de narrador, he hallado que ella consistía en tres cosas simples y profundas. La primera, que tenía él enormemente cosas que contar, a causa de que todo lo que pensaba lo pensaba contando. La segunda que, al contar, mi hombre revivía el suceso integral, aunque fuese inventado, fase a fase y frase a frase, el cual iba pasando todo entero a los músculos de su cuerpo, sus ojos y su lengua en cada frase, como un alucinado; pero un alucinado que se dominara y manejara su alucinación a gusto.

La tercera, que el fraile debió ser poeta, pero no en el sentido de saber decir bien, florido, las cosas comunes, sino de saber y ver una cantidad de cosas no comunes. Tenía a modo de todo un sistema poético de él solo, con el cual veía y explicaba todo el universo de un modo extraño coherente y verdadero. Recuerdo la observación que me hizo —o que hizo para sí oyéndolo yo— una mañana de primavera:

—Los árboles —musitó de una voz profunda y convencida— se han vestido pudorosamente hasta los pies. ¿Y en el invierno están desnudos? Ciertamente, porque el invierno es la noche de ellos. El verano es el día de las plantas. En el verano ellas hacen sus cosas, frutos. A la mañana se levantan y se visten y...

No dijo más. Pero yo sabía que interiormente el fraile seguía contándose una

larga historia en que los árboles se movían, se hacían cortesías, discutían entre ellos y con Dios, tenían amores y rencillas, se alegraban, sufrían y morían...

Esto lo pienso yo ahora, en frío, repasando el suceso inolvidable de aquella noche. Pero entonces, otro que hacer análisis de técnicas, literalmente tiritaba yo de miedo en el gran silencio trágico, sin osar siquiera volver la cabeza buscando a mi madre, de miedo de ver a mi izquierda la cara sin cuerpo. Siempre he pensado que es antieducativo contar cuentos de fantasmas delante de niños pequeños. Pero en aquella cena el padre Metri, de costumbre tan prudente, parecía fuera de sí e invadido desde el principio por una oscura fatalidad.

Ella fue, sin duda, la que lo hizo proseguir.

—Voy a tratar de concluir —prosiguió Metri, después de una larga pausa expectante— pero hagan de cuenta que todo lo que sigue es mentira. Todo es pura mentira, invención mía. Lo que pasa en nuestra alma profunda, donde San Buenaventura llama la mente, es una cosa que, sin ser instantánea ni simple está fuera del tiempo. Y nosotros si queremos contarla, es imposible, a no ser desenvolviéndola en una serie de cuadros sucesivos, tan rica es esa experiencia súbita y terrible. Así fue la segunda parte de este caso, si se puede dividir en partes.

»Todo lo que pasó desde la visión infernal de la cara insoportable fue muchísimo, pero estoy seguro que pasó en medio minuto, aunque no fue simultáneo ciertamente, sino subordinado, que no es lo mismo que sucesivo. Hay gente que dice que en el tiempo de morir revive el hombre en un punto toda su vida; ciertamente no simultánea, porque la vida no lo es, pero tampoco sucesiva, porque no hay tiempo. Casi despegada del cuerpo, en una hiperestesia inconcebible, el alma se libraría de los marcos del espacio y el tiempo y se volvería como ángel. «Infinitos ángeles caben en la punta de un alfiler»; esta es una ociosa cuestión de escuela. Yo creía que todo esto eran macanas, pero desde esa noche horrible sé que es todo posible. ¡Santo Cristo de Fiésole!

»Voy a enumerar primero lo que hice entonces exteriormente (con una exactitud y rapidez sonambúlicas), y después explicaré lo que sentí por dentro; porque, como digo, todo eso fue como una gran visión y acción cuasi simultánea, que pasó en el fondo de mi alma.

»Sin pensar ni saber lo que hacía, hice, en una especie de inconsciencia terriblemente lúcida, tres cosas fulminantes, que pensándolas después eran perfectamente razonables y acertadas. Y después de hecha la cosa surgía en mí el raciocinio perfectamente silogístico —aquí empezó el fraile a hablar en difícil—, que explicaba todo, pero que había llegado más tarde que el instinto rapidísimo. Las tres cosas fueron:

»Primera: cerré la luz y empuñé el revólver.

»Segunda: me agaché detrás del billar apuntando, vi el jardín iluminado por la luna, la tierra empapada en lluvia... y grité con espanto una cosa incomprendible, ¿incomprendible?: “Do, siete, cuatro, cache Buyardo”. En el mismo instante comprendí de golpe la frase.

»Tercera: dejé el revólver, me puse de rodillas y empecé a rezar y a llorar.

»Como digo, todo esto lo hacía antes de saber por qué, pero el porqué venía en seguida, porque la mente esencial, puesta brutalmente al vivo por el pavor, dejaba dos pasos atrás al intelecto y la voluntad, las potencias. Las acciones extraordinarias de los grandes hombres, yo sospecho se verifican en esta especie de furor dionisiaco, en el cual el hombre es más que sí mismo y es otro, por lo mismo que es profundamente él mismo. Así se hicieron los grandes poemas, las grandes batallas y la santidad en sus ciegos ímpetus, probablemente. Lo que sé es que aquel día descubrí lo que es el coraje. El coraje es sostenerse el alma a sí misma en brazos, con un esfuerzo sobrehumano, viendo claramente que no puede más, pero también que si se deja caer (y está por dejarse) se convertiría en una porquería. Así he visto yo una vez a un médico tirado desnudo en el suelo y llorando como una nena al haberle anunciado yo de una manera brusca, imprudentemente, que tenía un cáncer al estómago.

»Digo, pues, que todo lo que hice, aunque automático, fue lógico.

»Cerrar la luz era dar a mi enemigo la desventaja del jardín lunarmente iluminado, quedando ya fuera de blanco en las tinieblas.

»Empuñar el revólver era afirmar que no hay fantasma en la tierra que pueda resistir el ojo de un Smith Wesson 24, a no ser... —y aquí tartamudeó el fraile poniéndose palidísimo— a no ser los fantasmas de nuestra conciencia... ¡de nuestra conciencia!

»Dar un grito de horror y dejar caer el arma al ver el limpio suelo del jardín terso como un espejo, era comprobar una cosa espantosa: que la que yo acababa de ver en un relámpago místico era una cara sin cuerpo.

»El espanto venía de allí. Era una cara la peor que he visto (y mire que yo he visto cada indio sapo), de una palidez cérea, ojos desencajados, que me hizo, al punto de huirse, una mueca horrorosa, sin lo cual hubiese creído yo que era la cara de un cadáver. Pero el espanto venía de que esa cara estaba suspendida a la altura de mi cabeza sin cuerpo. Si esa cara tenía pies, ¿dónde estaban las huellas inevitables de pies en el barrito chirle del jardín ensopado? ¡Señor, para llegar a mi ventana era inevitable cruzar el gran vial al frente! ¡Y el gran vial resplandecía inmaculado como este plato a la luz de la luna! ¡Lisito! ¡Lustrado! ¡Sin huellas!

»Pero yo sabía que el monstruo era hombre y era visible. Que estaba ahora a la derecha, entre la ventana del salón y la otra del comedor que yo dominaba con la vista. Que si salía tenía yo que verlo. (Digo que yo sabía todo esto, pero en realidad yo supe después. Entonces hacía primero y sabía después). Me agaché pues, tras el billar bracando mi arma. ¡Pobre del fantasma si llegaba a cruzar la ventana!

»Entonces fue cuando me vino a mientes el sentido de mi exclamación incomprensible, y la horrible relación de esas palabras con todo lo que ellas implicaban. «Do, siete, cuatro, cache Buyardo». Sí, esa era la dirección del siciliano

decapitado. Buchardo 274, decía el diario que había leído distraídamente esa tarde sin acertar a ubicar esa dirección vagamente recordada. Pero ¿por qué al gritarla yo la pronuncié en cocolichi y con voz de mujer? Entonces brutalmente otra escena entera apareció del fondo de mi subconsciencia. Una mujer siciliana haraposa que me aborda al salir yo de la capilla de las monjas de decir misa. Que me empieza a suplicar, entre lágrimas y largas historias, que fuese a convertir a su marido. Hacía unos quince días. Yo la hice a un lado creyendo que trataba de sacarme plata. Había tejido un enmarañado plan de acerque y asedio de su marido, que era furiosamente antirreligioso, en el que entraban partidas de tarocchi que yo debía previamente jugar con él senza rammentargli per niente Iddio; visitas que hacerle, confianza cautelosa que ganarme, mentiras que debitar de un fingido parentesco peninsular. Si yo no hacía todo eso, «¡per Dio, per l'amor di Dio, per la mamma sua bella reverendo!», su marido se iba al infierno porque estaba muy enfermo. Como yo sabía por las monjitas que el marido, jardinero de una vecina rica, estaba del todo sano —y, por otra parte, mi libro me acuciaba y el plan de conversión me pareció grotesco—, rechacé secamente, a pesar de su indiscutible emoción, la charla interminable de la desdichada, dándola ligeramente por una sarta de embustes. Y en eso hice mal, y pequé —dijo enérgicamente el franciscano.

Calló un instante el fraile, todo sudoroso.

—¿Y la cara sin cuerpo? —preguntó doña Catalina, que se perecía por las novelas.

—Era la mía.

—¿Cómo la suya?

—La mía, reflejada en el vidrio bañado en luz.

—¿Cómo nos va querer usted hacer tragar —saltó el primo del fraile, el gringo Stefano, bruscamente indignado; y eso que el franciscano había prevenido antes que todo era mentira— que usted, usted no va a conocer, no va a reconocer y se va a asustar de su propia cara?

Todos nos volvimos al interruptor: el gringo Stefano estaba simplemente horrible. Todo lo que vociferó desde este momento estaba mechado de pavorosas blasfemias, que no repito. Sus manotas boleaban por sobre la mesa. Crujía los dientes.

—Mi cara estaba demudada de terror y horror, y además yo hace 25 años que no uso espejo —retrucó el franciscano derecho.

El primo se había levantado y estaba, quién sabe por qué, literalmente furioso. Dio un puñetazo en la mesa, que despertó a Muñeca y Arnaldo, que se habían dormido. En cambio, el padre Metri, que había empezado a narrar bromeando, era asombroso lo que pasaba por él; su voz se había hecho profunda y sorda como bajo una depresión tremenda.

—Y hay que ver qué fea es —añadió el fraile sañudamente— mi cara por den-

tro. Qué feo soy yo por dentro. Y además no era mi cara la que yo vi; era la cara del otro, la del siciliano decapitado sin confesión por culpa mía.

En este punto fue cuando su primo Stefano, que parecía enloquecido, dio el puñetazo.

—¡Se va a dejar de jo... robar —gritó— con esa cabeza sin cuerpo que es suya y es de otro, que no es de usted y es de usted al mismo tiempo, y que no es su cara de ahora sino su cara futura, la que tendrá usted dentro de poco tiempo, la gran perra que los reventó! —gritó hecho un salvaje. Y la echó redonda.

El franciscano entonces, cuya leonina movilidad ya he ponderado, se levantó espectacularmente con un amplio movimiento que pareció levantar toda la mesa con él, y a nosotros juntamente, a regiones inaccesibles y secretas. Sentimos todos en un instante relampagueante, en un instante horrible de sugestiones y sospechas satánicas, que el fraile había llegado a un desenlace que con su narración había estado a un tiempo buscando y temiendo, y un resultado que solo dos en la mesa (él y su primo Stefano) comprendían; y que la narración pavorosa se había convertido en un diálogo entre ellos solos para todos nosotros hermético, un duelo verbal espantable de contenida violencia.

—¡Sí! —gritó como respondiendo—. ¡Yo he ofertado mi vida a Dios, mi cabeza, en satisfacción de aquel yerro; ahí llorando contra el billar se la ofrecí y sentí que la aceptaba! ¡Pero que nadie se imagine que el destino existe! ¡Dios permite el crimen para castigo del pecador, pero castiga después el criminal! ¡Propterea qui tradidit me tibi majus peccatum habet! ¡No hay destino! Y no me defenderé tampoco. Pero ¡ay de ti, Caín, que Dios solo se reservó tu castigo!

Lo que pasó desde ese momento, tan vivido como fue, lo pienso ahora, y me parece aún hoy mentira y sueño. El fraile sacó un revólver de sus talares y todos dimos por hecho, dada la exaltación formidable y misteriosa de los dos hombres, que iba a matar a su primo. Pero a nuestro asombro inmenso, el padre Metri arrojó en alto, por encima de la mesa, el arma, la cual fue a hundirse justo en el aljibe de casa, situado en el medio mismo del minúsculo patio.

Stefano se puso a reír a carcajadas. El fraile tomó el sombrero y se fue, sin saludar a nadie y encorvado como bajo el peso de una carga infinita. Los invitados desaparecieron como por encargo. Mamá nos llevó esa noche a dormir a su cuarto, pero en realidad nadie durmió esa noche.

El padre Metri, como digo, murió poco tiempo después de esa manera atroz que he dicho. Se dijo que fue venganza política por apoyar el fraile entonces con su inmensa influencia a los radicales, que a la sazón estaban, como decían ellos, «en el llano». Por apoyar la causa. La niñita que encontró su cuerpo degollado limpio en el jardincito del presbiterio, vive todavía, y está aquí en Buenos Aires.

La policía no encontró a los criminales.

CANCIÓN DEL CANSANCIO DE VIVIR

Alma, un poquito más. Esta subida
sube un instante y dejará de serlo.
Después hay otra. Sí. ¿Por qué temerlo?
Así, pobre alma mía ensombrecida.

Así, pobre alma débil, es la vida.
¡No te puedes quejar de no saberlo!
¡Tiempo no te faltó de conocerlo
con tanto golpe y tanta sacudida!

Pues la filosofía y sus razones
calmar intentan tu dolor en vano,
y el que dan los amigos corazones...

es consuelo falaz; al fin, humano.
Y vas cieguita y dando tropezones
sin que nadie te lleve de la mano...

LA CABEZA ENTRE LOS LIRIOS

«Nada más se ha podido averiguar sobre la terrible muerte del párroco de San Antonio de Obligado. Ese hombre tuvo una cantidad de puntos en su vida oscuros. La gente por acá cuenta de él cosas inverosímiles. No falta quienes lo tienen por una especie de santo».

(De una carta del comisario Ramayón al gobernador Iturraspe).

Nada diríamos acerca de la misteriosa muerte del padre Metri, que la policía jamás llegó a develar y cuya mera discusión provoca todavía en el norte santafecino violentas pasiones, a no haber llegado a nuestro poder por tres conductos diversos un conjunto de datos que, armándose y urdiéndose unos contra otros, edifican una conjetura probable, apta a dejar fuera de la infamia del doble y horrendo asesinato a uno de los principales sospechados de la zona. Era hombre de matar a cualquiera frente a frente, aunque fuese un cura; y abrigaba profundo fastidio al ya anciano y fatigado párroco de San Antonio de Obligado, no tanto por creerlo partidario del traidor Iturraspe, «Judas de los radicales», como se murmuraba sin verdad del viejo párroco, cuanto por las firmes filípicas que volcaba con endiablado brío desde el púlpito contra el andar sembrando hijos naturales, vicio chaqueño del que La Llana por desgracia supo dar «extenso y longuirepercutiente» ejemplo, para decirlo con los dos adjetivos del pintoresco franciscano. Pero matar a un hombre de frente es una cosa y matar a un viejito en esa forma de destroncarle la cabeza a filo de cuchillo, eso es otra cosa de las que no están en el ámbito de lo posible con don Florencio el caudillo criollo.

Las policías bravas del norte se embarullaban enormemente con los datos extraños del caso, a saber, el vaso vacío, la mano al ojo, los signos misteriosos del cura y las últimas palabras del tano Stéfano, más misteriosas aún. Si no hubieran espantado a la niña que encontró el cuerpo más de lo que estaba, y la hubiesen escuchado con paciencia, habrían podido columbrar de golpe la verdad,

suponiendo que así lo desearan, como la columbré de golpe yo a cerca de medio siglo de distancia, apenas me contó la niña Chela, hoy respetable matrona, los datos objetivos del suceso, y los pude relacionar con otros escuchados en mi niñez de mi abuelo don Leonardo y más tarde en mi muchachez de mi tío Celestino, gran archivo también él de leyendas y casos del norte. Pero la policía lo que tenía delante era la posibilidad de jorobar fiero al caudillo radical, (y por eso dije «si lo hubiera deseado saber») como de hecho lo reventaron en dos inicuos años de cárcel, en que no le probaron nada de nada, y de donde salió avejentado diez años y quebrado de amargura; porque así eran, señores míos, las policías aquel entonces, no como ahora en Buenos Aires, donde los de la justicia ya no aprietan inocentes, ni detienen o retienen arbitrariamente, ni tratan a lo perro, ni maltratan los detenidos, ni se mueven por política, ni son más terribles que los mismos bandoleros, ni en general hacen la menor injusticia, arbitrariedad ni brutada con los que son del gobierno y tienen buenas cuñas, ni tampoco con los otros. Que algo habemos de progresar de entonces a esta parte.

Basta de prólogo. Doña Celia tenía entonces 12 años, vivía con don Leonardo, iba dos veces al día a llevarle la leche y los miércoles y sábado a barrerle y arreglarle los ornamentos al cura. Lo quería mucho como todos los antoñenses, pero le temía también bastante. Siempre Metri fue imponente, con aquellos ojos imperiosos con un requinte o fugaz destello de loco; pero ahora en la vejez, se le habían ellos como ahondado en una especie de abstracción nocturnal donde brillaban lejanos puntos dorados como estrellas, que un paisano dijo (y creo fue el indio San Pablo) que «el padre Metri anda siempre viendo cosas», y como se rieran diciéndole: «vos también», completó murmurando: «no, cosas que yo no veio ni naides ve». Celia le tenía —miedo no digamos pero— respeto desde el extraño suceso del ataque que creo conté en otra parte, cuando lo halló arrodillado en la iglesia un domingo enteramente tieso y frío como muerto, pero que se recordó en cuanto lo llamó por su nombre, rogándole con fervor no lo contase a nadie (con lo cual le faltó tiempo para contarle a medio mundo) por donde se vino a saber, confirmando con el indio Pablo, que toda la noche la había pasado así, y que muchas otras noches lo mismo. ¿Epilepsia? Por lo demás, se sabía que nunca dormía en la cama, aunque la deshacía con ingenua picardía, y hasta trataba de ensuciarla; y que ayunaba a pura agua días arreo. Esto, con el recuerdo de sus pasadas hazañas, las explosiones de su genio indomable, y su misma sugestiva traza de hombre, nutrían en aquella gente primitiva aunque no zonga, el temor reverencial que en Chela era casi miedo; y el mismo La Llana no era inmune. Psicológicamente imposible que un lugareño soñara matarlo. Tuvo que ser un extranjero. Y el que lo mató era un fanático impío, y evidentemente, cruel y bárbaro.

La mañana del 8 de diciembre de 1897 se encontró el cadáver de Metri sacrílegamente mutilado y en la tarde del mismo día en la purísima reventó como un

tasi o una granada el tano Stéfano en su mísero rancho de las afueras dejando como única herencia y referencia de vida aquella absurda inculpación contra el padre Metri (que en ese momento estaba amortajado en la iglesia) encerrada en las misteriosas y obstinadas palabras que le oyeron al morir entre convulsiones de condenado: «El fraile Metri me ha matado». Parecía hidrófobo. No tenía ninguna herida. En todo el día no había comido nada, testigo de la autopsia. Nunca se supo quién era, pues hasta el nombre debió ser fingido. Tenía unas manos largas de hombre fino. Le encontraron una Divina Comedia, un viejo fraque azul de seda y una vieja pistola riquísima, (de mango marfil labrado con incrustes de plata y las iniciales R. R. di B.) que aunque cargada, al gatillarla no dio fuego de puro vieja. Como no había razón de cargar este cadáver también a La Llana, la gente dijo peritonitis y todos contentos.

La casita parroquial, testigo de este misterio chaqueño, era de un piso, chata, adosada a la iglesia, larga más de media cuadra, un simple ringle de habitaciones enfiladas con un gran patio jardín adentro, que no honra como arquitecto mucho a mi abuelo don Leonardo. El despacho del cura estaba casi en la esquina de la cuadra, y tenía además de la ventana al patio una calle por la cual Celia vio aquella mañana trágica a través de la muselina, las misteriosas señas, al rascarse un ojo y el vaso con cerveza primero lleno y después vacío que a nuestro juicio son las claves de todo. Por desgracia, la niña no entendió el mensaje, y aunque lo hubiera entendido, probablemente estaba de Dios aquel desenlace fatal. La niña vio a Metri de frente, sentado a su mesa con otro hombre que a ella le daba la espalda, hablando animadamente en una lengua críptica, y haciendo en medio de su abundosa gesticulación habitual, unas señas raras que la llenaron de pavor. Corrió en busca de don Leonardo que estaba afuera, y anduvo buscándolo desesperadamente sin hallarlo, hasta que al fin de una hora o algo menos (el intervalo entre primera y segunda misa) volvió azorada a la parroquial, bichó otra vez por la ventana, halló que las dos sombras habían desaparecido, y entonces entró resueltamente movida de la alarma o el miedo mismo. No lo hubiera hecho. ¿Qué será para una chiquilla asustada ver de golpe en un gran cantero de lirios en medio del jardín de adentro, la cabeza del padre Metri saliendo de la tierra como un hongo diabólico de ojos enloquecidos, como si estuviera enterrado hasta el cuello? Con razón hasta hoy no ha olvidado el menor detalle y gracias todavía que no se volvió loca. Cayó redonda al suelo desmayada. Cuando la gente que estaba esperando la segunda misa, que no salía, invadió impaciente la parroquial, allí la hallaron como una muerta frente a la cabeza entre los lirios. El ingente cuerpo del pobre cura yacía escondido en la matorra, el asesino le había segado la cabeza limpia, la había parado cuidadosamente al borde del cantero, y (detalle atroz) le había cortado la lengua.

Don Leonardo casi enloquece de rabia y la gente de espanto; y eso hizo perder varias horas que hubieran sido preciosas. Mi abuelo hizo levantar el cuerpo,

se precipitó a buscar un arma, requirió al sargento Cleto (al cual halló en la comisaría borracho como una uva) envió un chasque a por la policía de Ocampo, corrió al hotel a buscar a Stéfano, donde le dijeron que faltaba el extranjero del hotel y del pueblo más de un mes hacía; dónde resultó que cuando cayeron en la tapera de pescador que tenía el gringo Stéfano a la margen del Amores, era ya anochecido y encontraron al repelente forastero moribundo. Estaba revolviéndose en una cama inmunda, donde parecía hubiera yacido abandonado por meses enteros. De hecho, la vieja bruja que le traía de comer, testimonió haberlo cuidado más de dos semanas, que las pasó con mucha fiebre («mal de hijada» decía ella) y grandísimos dolores; lo que hizo creer en una peritonitis a mi abuelo el doctor González que lo autopsió, vaya una autopsia la que habrá hecho el gallego González, que era de aquellos medicastros españoles antiguos de ruibarbo y lavativa. La misma extraña exclamación con que murió el desconocido: «Metri me ha matado» sirvió a excusarlo, era demasiado absurda. Y la policía con el juez d'estrucción (que así los llamaban por allá) se precipitó contra La Llana, en cuya casa hasta el cuchillo del crimen pretendieron hallar; y qué no encuentra el que quiere. El vaso de cerveza, al rascar del ojo y la pantomima contada por la guayna fueron dejados a un lado —el vaso de cerveza lleno según la niña que la policía encontró vacío— dejados aparte y descartados, excepto de la memoria de mi abuelo el arquitecto que siempre que narraba el caso —y era cada lunes y cada martes— mencionaba los tres detalles y se quedaba meditabundo...

Encontré a doña Celia C. de Báez en París, imagínense. Hablando nos hallamos paisanos y por caso me entero que era la nombrada «Chela del padre Metri», tan mentada de mi pueblo. No me quería contar la muerte del padre Metri, porque la tenía su magín demasiado hincada, y cada vez que hurgaba allí, soñaba por la noche horrorosamente. Pero al fin me relató lo que aquella mañana misteriosa viera, y fue para bien de todos. Esposa de un afamado médico porteño, tenía un pisito alquilado en Campos Elíseos cerca de la Estrella, donde iba yo los días de vacación en busca de mate; y a la vista del bosque de Boloña, podado y peinado como un Corot, me contaba visiones de la fiera jungla chaqueña, que por momentos las veía la viejita más claras que aquel bosque pintado de en frente.

He aquí lo que vio. Llegaba con un litro de leche a la parroquial por el lado de la iglesia, vale decir que antes tenía que pasar la ventana del despacho. La cual estaba abierta, pero con parasol de muselina. La voz del padre Metri discutiendo acaloradamente la paró curiosa, o mejor dicho, otra voz fría, lenta, implacable, «como una serpiente», que se mezclaba incisiva con la rica y borbollante voz del franciscano. Se arrimó a la cortina y miró. Era un día bochornoso del verano chaqueño, la cortina pendía lacia y tiesa, el sol tupidísimo la cribaba como un cristal, se veía clarísima la figura de Metri en el fondo, apartado de

la mesa donde estaba su pipa y un vaso lleno de cerveza, «lleno, lleno, estoy segura»; y aquí mismo, alcance de mano, la espalda de un hombre inmóvil con los brazos sobre el escritorio y alguna cosa grande y brillante en sus manos. La niña no reconoció al hombre de espaldas (por lo demás no conocía a Stéfano) porque su atención se hipnotizó inmediatamente en el extraño aspecto del amado párroco. Tenía el rostro desencajado, hablaba con gran pasión vertiginosamente en un idioma incomprensible; pero lo más sorprendente de todo eran sus manos. Sus manos, que jamás hablando él quedaban quietas (porque Metri, como buen nápoli, si lo atan de pies y manos se queda mudo) hacían ahora un crochet indescriptible, una serie de interminables gestitos que se perseguían unos a otro y retornaban los mismos con regularidad obsesionante, «rascarse el ojo, enjugarse la cara, golpearse la sien» y otros parecidos, y vuelta el mismo juego mientras la lengua no cesaba de bailar como tarabilla. El otro hombre le daba unas como voces de mando, «como serpiente, como un juez que lee una sentencia de muerte», frío, siniestro, imperturbable. La niña se encontró de golpe temblando de miedo. Sentía algo en el aire, era como una pesadilla, dos muñecos manejados por hilos invisibles, una incomprensible maquinaria absurda. Fue a gritar y en ese instante vio que el fraile ponía el dedo en los labios y sus ojos imperiosos la paraban; y esto se repitió cuantas veces abrió la boca para hablar, que serían tres o cuatro, y una vez que extendió la mano para correr la cortina. Entonces el miedo pudo más y alejándose de puntillas huyó como una exhalación a buscar a don Leonardo, tropezando, cayendo, hablando sola. Don Leonardo, doña Magdalena y Luis Héctor, su hijo, habían salido, la casa estaba sola, solamente su hermano el mudito Braulio dormía plácidamente en una mecedora. Chela corrió por los vecinos buscando al arquitecto, sin ocurrírsele en su azoramiento la sencillísima deducción que lo tuviera cerquísima, es decir, en la iglesia esperando la misa. Todo salió mal aquel día. Cuando volvió a la parroquia, el crimen estaba consumado, con rapidez febril, con astucia felina, con misterio impenetrable. La cabeza entre los lirios con los ojos revirados.

Doña Celia me contó esto y empezó a llorar silenciosamente, llevándose la mano a los ojos, pero mirándome entre los dedos, como es costumbre mujeril. Yo la miré también, y de golpe me corrió un frío por el lomo y salté en la silla.

—¡Doña Celia! —le dije—. ¡Rásquese el ojo! ¡Un hermano sordomudo!

—¿Qué? —dijo ella.

—¿Sabe usted hablar por señas a lo mudo?

—¡Es claro que sé! —me dice ella—. Desde chica.

—¿Cómo se hace la e con signo mudo? ¿No es algo como rascarse el ojo? ¿No es de este modo, índice y pulgar rozando párpado y ojera, el ojo en medio?

Hice el signo y ella me miró petrificada. Entonces los ojos se le despalancaron.

—¡Oh, Dios mío! —dijo—. Era eso mismo. ¿Qué quiere decir eso?

—Es sencillísimo —le dije lleno de excitación—, el padre Metri le estaba tras-

mitiendo un mensaje mudo al mismo tiempo que hablaba para ganar tiempo en calabrés o en tano con su asesino, lo cual elimina al criollo La Llana, ¡por Cristo! Vio su cabecita contra la muselina y empezó a hablarle a usted por señas. Probablemente no podía hablar de otro modo. ¡Sí!, ¿no dice usted que el otro tenía algo en las manos... algo brillante? Sí, estaba encañonado por una pistola. De ahí sus gestos de calla, calla, de ahí su vertiginoso lenguaje mudo, que el otro no podía entender, mas tampoco entendió usted por causa del disimulo. ¡El padre Metri le estaba pidiendo auxilio!

Aquí vi como querían al padre Metri: apenas proferí esta imprudente revelación o conjetura, la pobre viejita había caído de bruces sobre un almohadón llorando a mares («¡Oh idiota, oh idiota que fui, me llamaba, yo no entendí, fui la causa de su muerte!») afligida de una manera impresionante, que tuve miedo de algo serio, porque el corazón no lo tenía muy fuerte. Por suerte, Dios me inspiró otra idea, que fue eficaz para consolarla. Conjeturé el mensaje, no era difícil de adivinar más o menos, con la exactísima descripción de los hechos que ella me hiciera, ese doble rasque ojo que volvía obsesionante («en menos de un padrenuestro dos veces»), un mensaje corto con dos e juntas repetidas a poco intervalo...

—Señora —le dije— no se aflija ahora, usted no tuvo la menor culpa, usted sin saberlo cumplió exactamente lo que Metri le pedía.

Levantó la cabeza asombrada.

—Sí, señora —le dije—, instintivamente usted hizo lo que Metri suplicaba, fue la fatalidad lo que impidió salvarlo. ¿Qué es lo que puede haberle dicho? Estoy seguro de adivinarlo. ¿No es una cosa como esta?

Y rememorando mis días de colegial, traduje rapidísimamente en signos de mudo el siguiente mensaje:

—Avisé a don Leonardo urgente. Avisé a don Leonardo urgente. Avisé a don...

El aspecto de la pobre vieja no lo olvidaré nunca. Se quedó tiesa mirándome como hipnotizada, asintiendo que sí con la cabeza, llorando hilo a hilo, mirando con los ojos perdidos más allá de mi cabeza aquella otra barbuda cabeza querida sobre el fondo del presbiterio haciéndole una cadeneta de señales desesperadas e incomprensibles que en este momento adquirirían como un milagro un sentido fulminante y trágico. Pobre doña Chela. Pero fue cosa que Dios quiso.

Me faltó tiempo para contarle todo a mi tío Celestino en la hora de almuerzo. Estaban con él Toto y tía Manuelita, puesto que era huésped mío en la Rue de Grenelle esos días. Le conté mi descubrimiento y mi conjetura, que era la misma de mi abuelo, de que el gringo Stéfano había muerto al fraile en Dios sabe qué diabólica vendetta. Le reporté punto por punto la narración de doña Celia Báez, casi con sus mismas palabras. Y entonces ocurre el segundo descubrimiento. Los ojos flor de lino de mi tío en su cara regordeta y franca llamean de repente, pega un golpe en la mesa y dice todo atorado:

—¡Y ahora sé quién mató al tano Stéfano y por qué dijo al morir que había sido Metri!

—¿Quién lo mató? —pregunté.

—¡La pipa! —dijo mi tío—. ¡La pipa de Metri! ¿Estaba armada o desarmada?

—Sobre eso no me dijo nada —repuse—. Estaba al lado de un vaso de cerveza...

—¡De cerveza! ¡De nicotina quieres decir! ¿No sabes la vieja costumbre del padre Metri? ¿No te la contó nunca el nono? ¡Es clarísimo como el sol naciente!

La vieja costumbre del padre Metri era limpiar su pipa lo menos posible, cuando la nicotina ya tapaba los vericuetos de su cachimba tirolesa enorme, más parecida a un narguilé turco que a cosa de Innsbruck o Trieste. Metri llenaba de alcohol puro un vaso alto, desarmaba su porcelana en diez o doce partes y una por una las iba sumergiendo en el alcohol que las deshollinaba químicamente. ¿Supongamos que había acabado esa operación cuando entró el asesino? El vaso de cerveza era una fuerte disolución cafecha de nicotina. ¿Supongamos que el asesino, sofocado con su terrible tarea, que tuvo que cumplir en media hora, retorna anhelante y sudoroso al despacho a buscar algo, su sombrero, el cuchillo, cualquier cosa, huele el rico alcohol de caña, y borrachón como era, lo confunde con un licor y se echa al coleteo una dosis de ponzoña sobrante para matar a un toro? Cuando se dio cuenta de su mortífero error, achacó perversamente al santo fraile, cuyo remordimiento le traspasaba el alma, la intención de matarlo que había sido en su alma negra el torcedor de quien sabe cuántos años, achacando a intención lo que no fue seguramente sino uno de esos casuales con que juega la ironía terrible y vengadora de la Providencia.

No quiero acabar estos descosidos aunque verídicos relatos sin mentar rápidamente dos secuencias de la muerte de Metri, una ya conocida por todos en Reconquista, la otra de nadie fuera mío conocida hasta ahora.

En la historia y la memoria de las gentes la veneranda figura de Metri no podía desaparecer dejando esa efigie atroz de su cabeza trunca, boca sangrienta, ojos desesperados, porque para Dios eso no era decoroso. «Pretiosa in conspectu Ejus mors sanctorum Ejus». La imagen de la cabeza entre los lirios fue sustituida al poco tiempo por la imagen de Metri arrodillado que vio San Pablo.

El indio San Pablo quiso hacerse sacerdote y dos años antes de morir Metri, ingresó en el Seminario de Itatí. Como pronto se vio que para el latín era demasiado duro de boca, el ex cacique dejó los estudios y quedó allí mismo de votero o sacristán de la Virgen Negra. El día de la Purísima de 1897 el rector de Itatí lo ve de golpe entrar en su despacho muy excitado anunciándole que había llegado el padre Metri, grande amigo suyo. «Es imposible porque hoy no hay vapor y además no me ha avisado nada». Entonces el indio contó que estaba limpiando la iglesia y acababa de ver a Metri rezando delante de la Virgen, y no solamente lo vio sino que lo oyó llamarlo dos veces, pues volvió hacia él la cabeza sonriente.

—Ahí debe estar todavía —decía el indio muy fijo—. Tenía en la mano una cosa como una palma y al cuello un cordón colorao.

El rector salió corriendo a la capilla, y allí no había nadie, por supuesto. El indio se arrodilló en el mismo lugar donde viera a su amado padre adoptivo, cerró los ojos, y dijo:

—No lo veio más, pero oigo que me llama lo mismo, de pó'ayá lejo.

La gente de Itatí que estaba en el atrio juntándose para segunda misa no había visto entrar ni salir a nadie. Cuando al día siguiente se supo la desgracia, la extraña visión del indio corrió por todo el norte como una pólvora. Había tenido lugar exactamente a la hora de la muerte del franciscano.

Yo tenía siete años cuando se la oí a la nona y tenía que hacer esos días, la Purísima justamente, la primera comunión. Estábamos confesándonos por primera vez con una punta de chiquilines, me acuerdo que estaba Celestino Lanteri y Tony Castellani, era el atardecer, yo estaba aburrido de esperar turno y de leer el letrero en negras romanas que grabado en una placa de mármol delante de mí rezaba que:

EL PADRE HERMETE CONSTANZI O. F. M.
MISIONERO APOSTÓLICO
DE SANTA FE Y EL CHACO
EMPEZÓ A CONSTRUIR ESTA IGLESIA
DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN.
DE RECONQUISTA...

cuando de repente vi en la semioscuridad arriba de la placa el retrato barbudo del misionero que estaba en la sala de mi abuelo. Solo que este estaba vivo, y tenía en la mano un lirio. Yo veía que me miraba, y que los ojos se movían y no solamente se movían sino que me llamaban. No tenía el menor miedo, solamente no sabía adónde quería que fuese, y así se lo pregunté en voz alta, con gran regocijo de mi hermano Luis y Celestino, que no sé por qué se pusieron a reír como locos. Después me dijeron que yo me había dormido y que había puesto una cara de pavo, y estaba hablando solo. Entonces vino el padre Olessio y yo le conté todo, y encendió la luz y había un gran cuadro de San José con un nardo y barba blanca.

Pero yo cierro los ojos y veo lo que vi. Era el padre Metri de cuerpo entero con una azucena en la mano entre un montón de azucenas y al fondo el paisaje oscuro y enmarañado de la selva chaqueña, que me causaba un vago miedo. Y la figura me hacía señas de que entrase con él a la selva y yo no quería y él me animaba, y en el entretanto la figura se iba diluyendo y perdiéndose poco a poco, no en la selva, sino para arriba, en una especie de faja de luz que cortaba la iglesia desde el suelo hasta el ventanal de colores, en una luz de cobalto que

los vidrios a manera de falsificados zafiros tendían como escala de Jacob en la pobre y chata iglesia de pueblo como una invasión del crepúsculo divino en ese instante policromando el cielo...

Y esto es lo último que se vio en este mundo del padre Metri.

CANCIÓN DE LA ENTRADA AL CIELO

El muchacho que pasó raspando sudoroso examen,
la sirvienta fea y seca que se casó,
el huérfano que encontró dos almas que lo amen,
no saben lo que yo.

Ni el poeta que atrapó la rima alucinante,
ni el incurable que en Lourdes se curó,
ni el novio que escucha el sí, ni en ese instante,
saben lo que sé yo.

Ni en el Dux que jugó su vida y alzó la banca,
ni en el rey a quien todo el mundo obedeció,
ni en Blanca Flor, ni en la Princesa Blanca,
ni en Barba Azul, ni en Cenicienta, no,
no me trocara yo.

Ni el mariscal que ganó la guerra, ni el ingeniero
que hizo la Torre Eiffel, ni el que inventó
la luz eléctrica y el acero,
no digo que yo soy más que todos, pero...
ninguno es como yo.

Por lo tanto cantemos un canto interminable
que nadie puede más que yo,
el canto de diana del dulzor interminable
reventado en el pecho en surtidor interminable
en verso dedicado a la Vida interminable,
y a la Muerte que para siempre terminó.

CANCIÓN

Estos cuadritos al cromo,
lector, tan coloreados,
son mis soldados de plomo
con que juego a los soldados.

Porque el cansancio no mine
mis secas filosofías
yo, lector, tengo mi cine
para los lluviosos días.

Tomo una filosofícula
y unos fantoches de péndola
y me ruedo mi película,
viéndola a la vez y haciéndola.

Y aunque mi profesoral
crédito mengüe con eso,
¡qué quieres! padezco el mal
de ser de carne y de hueso.

Quien canta su mal espanta,
yo canto en ese motivo,
el abad, si canta, yanta,
yo de lo que escribo, vivo.

Porque ya el aire no sopla
que antaño halagos y estragos
soplaba por esta copla
de por allá por mis pagos.

«Nunca hay cosecha sin siembra,
ni se puede arar sin buey;
cosecha pero no siembra
el cura, porque es su ley».

Los hay y algunos he visto
que lo que no dan cosechan.
Yo soy de los otros, ¡Cristo!,
que siembran y no cosechan.

Tengo escrúpulo, eso sí,
y un tanto, lector, me afrenta
de medio robarte a ti
tus tres pesos y cincuenta.

Pero piden la edición.
Dicen que hace bien. Por ende,
que me valga la intención
y a ti que te coma el duende.

¡Rima maldita! Perdón.
No quise ofender. Por tanto,
que me valga la intención
y a ti te haga Dios un santo.

ÍNDICE

Advertencia	7
Asesinato frustrado	8
Canción del amor patrio	22
Hombre al agua	23
El fusil que tira solo	33
Payada del parangón entre la malicia del hombre y la mujer	45
La mosca de oro	49
El caso Ada Terry	62
Oración del hombre con la manía de sentirse culpable	75
La muerte en el Majestic	76
Canción del aspirante al martirio	91
El degüello de San Antonio	92
Canto del mar y cielo	111
La cara sin cuerpo	113
Canción del cansancio de vivir	120
La cabeza entre los lirios	121
Canción de la entrada al cielo	130
Canción	131

Castellani, Leonardo

Las 9 muertes del Padre Metri. 1a ed. Santa Fe : Espacio Santafesino Ediciones, 2015.

E-Book. - (Relatos clásicos santafesinos)

ISBN 978 -987-3962-03-5

1. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

Fecha de catalogación: 13/07/2015

Edición general del Proyecto Territorio y de esta biblioteca digital:
Secretaría de Producciones, Industrias y Espacios Culturales,
Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe.

© Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe, 2016.

Selección de autores: Jorge Isaías

Coordinación y textos: Agustín Alzari

Investigación bibliográfica: Ernesto Inouye

Diseño: Verónica Franco y Martín Bochicchio

Corrección: María Laura Tubino, Diego Giordano y Carina Zanelli

Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe
San Martín 1642. Santa Fe (S3000FRJ)

ISBN: 978 -987-3962-03-5

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina

Proyecto Territorio / Biblioteca Digital

La colección *Ciudades, campos, pueblos, islas. Relatos Clásicos Santafesinos* está compuesta por una antología homónima en papel y una biblioteca digital con once libros fundamentales, que incluye, además de *Las 9 muertes del Padre Metri*, de Leonardo Castellani, los siguientes títulos: *Cuentos del comité*, de Alcides Greca; *Santa Fe, mi país*, de Mateo Booz; *Abalorios*, de Eduardo Carranza; *Aquerenciada soledad*, de Luis Gudiño Kramer; *La barranca y el río*, de Abel Rodríguez; *El camino de las nutrias*, de Gastón Gori; *Don Frutos Gómez, el comisario*, de Velmiro Ayala Gauna; *El taco de ébano*, de Jorge Riestra; *Los días siguientes y otros relatos*, de Lermo Balbi y *Las aguas turbias*, de Diego Oxley.

Un minucioso trabajo de cotejo con las primeras ediciones permite reencontrarse con los textos de estos autores clásicos tal como salieron a la luz originalmente. La colección traza, de esta manera, un inédito panorama de más de cuarenta años de narrativa santafesina con el foco puesto en las historias y los paisajes propios.